

VALORACIONES

REVISTA BIMESTRAL
DE HUMANIDADES
CRITICA Y POLEMICA



ORGANO DEL GRUPO DE
ESTUDIANTES RENO-
VACION DE LA PLATA

N.º 11 * ENERO * 1927

VALORACIONES

REVISTA BIMESTRAL DE HUMANIDADES, CRÍTICA Y POLÉMICA
ÓRGANO DEL GRUPO DE ESTUDIANTES RENOVACIÓN.

SUMARIO:

- PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA En busca del verso puro (II).
CARLOS MARÍA ONETTI De la novela gaucha: Benito Lynch.
FRANCISCO ROMERO Sobre los problemas.
ALEJANDRO KORN El concepto de ciencia.
C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ Sobre la política religiosa de Méjico.
ANIBAL SÁNCHEZ REULET Poléisis.
RAÚL ANDRADE El estudio de Egas.

TEATRO SINTÉTICO

- ANIBAL SÁNCHEZ REULET Drama roaista con héroe ausente.

LIBROS

- FRANCISCO ROMERO *Introducción filosófica a la teoría de la relatividad*, de Enrique Butty.
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA *Ariel corpóreo*, de Rafael Alberto Arrieta.
" " " " " " *Los matemáticos españoles del siglo XVI*, de Julio Rey Pastor.
JORGE LUIS BORGES *Pausa*, de Alfonso Reyes.
EMILIO SUÁREZ CALIMANO *El violín del diablo*, de Raúl González Tuñón.
CARLOS MARÍA ONETTI *Los deserrados*, de Horacio Quiroga.

COMENTARIOS

- LA REDACCIÓN Bernard Shaw.—Hispanoamericanismo.—
Exámenes.—Maestros de la juventud.—
Antropología y Filología.—Los coros
de Alberto G. del Castillo.—Reminis-
cencias.

CELULOIDE

- A. S. R. *Varieté*.

ILUSTRACIONES Y LÁMINAS

- JUAN SUNYER *El ermitaño.—Retrato.—Payesa.*
CAMILO EGAS *Raza india.—La máscara del sol.—Repos.*
—*Desnudo.—Dibujos.*
ATILIO BOVERI *Linogravados.*

Vínetas de Rodríguez Lozano, Moreno Villa, Korn, Travascio y Castellanos.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN:

ARGENTINA, por año (6 números)	\$ 5,00 ² / ₁₀₀
EXTERIOR, " " " "	" 3,00 ² / ₁₀₀
NÚMERO SUELTO	" 1,00 ² / ₁₀₀

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: 60 N.º 682

LA PLATA (ARGENTINA)

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS

- Canciones mínimas y nocturnos del hogar, por Marcos Fingerit. Editorial tor. Bs. Aires, 1926.
En torno a Debussy, por M. Arconada. Madrid, 1926.
21 Ensayos, por Emilio Suárez Calimano. Ed. "Nosotros". Bs. Aires, 1926.
Días como flechas, por Leopoldo Marchel. Colección "Indios". Bs. Aires 1926.
Vindicación de las Artes, por José Gabriel. Bs. Aires, 1926.
Martorell, por José Gabriel. La Plata, 1926.
Errantes, por Héctor Eandi. J. Sarret, editor. Bs. Aires, 1926.
Cocca, por Mario Chaves. Bs Aires, 1926.
Ariel Corpóreo, por Rafael Alberto Arrieta. Edit. "Buenos Aires". Buenos Aires, 1926.
Rimas de dolor y de ensueño, por Antonio Burich. Bs. Aires, 1926.
La Justicia del Inca, por Tristán Marraf. "La Edición Latino Americana". Bruselas.
Litterae (Ensayos, crítica, comentarios) por José G. Antuña. Prólogo de F. García Calderón. Casa Edit. "Franco-Ibero-Americana". París, 1926.
Rumbo, versos de Eilas Cárpena. Bs. Aires, 1926.
Arbol, por Julio J. Casal. Bib. "Afar". La Coruña, 1926.
El intercambio de publicaciones literarias entre España y América durante los últimos cincuenta años, por Max Henríquez Ureña. Habana, 1926.
Die Jahre des Marxismus, por Pierre Ramus. R. Loewit, editor. Viena-Lepzig, 1926.
El libro atormentado, por Samuel E. de Madrid. Bs. Aires, 1926.
Historia del Movimiento Machnovista, por Pedro Archinoff. Edit. "Argonauta". Bs. Aires, 1926.
Pirópolis. (Reseña del último campamento internacional de estudiantes). Fed. Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo, 1926.
Crepúsculos de Oro, por María Alicia Domínguez. Bs. Aires, 1926.
El juguete rabioso, por Roberto Arlt. Edit. Latina. Bs. Aires, 1926.
Tierra amanecida, por Carlos Mastronardi. Edit. Latina. Bs. Aires, 1926.
Glosario sencille, por Armando Solano. Ediciones Colombia. Bogotá, 1926.
Los poetas de América (Herrera y Reissig, Lugones, Gonzales Martínez). Ediciones Colombia. Bogotá, 1926.
El zarco, por Tomás Carrasquilla. Ediciones Colombia. Bogotá, 1926.
Abandono, Nubes de ocaso, Juventud, por Alejandro Mesa. Nicholls. Ediciones Colombia. Bogotá, 1926.

ORLANDO ERQUIAGA

ABOGADO

11 - 627

U. T. 3827

LA PLATA



Establecimiento Tipográfico

ALBERDI

MARIO SCIOCCO Y Cía.

Especialidad en
impresiones artis-
ticas y de lujo.
Libros, Revistas,
Folletos e impre-
siones comerciales
:: en general. ::

La casa cuenta con
la colaboración de
expertos artistas
para la confección
de dibujos y afix-
ches de toda clase.

Calle 12 N. 1290 - U. T. 12323

LA PLATA

Pianos y Música

MÉTODOS
AUTOPIANOS
ROLLOS etc.

EN LA
CASA MAS ANTIGUA
DE PIANOS Y MUSICA

Gottemoser
Rivadavia 853
Buenos Aires



ACADEMIA POLÍGLOTA
Comercial y Politécnica

DIRECTOS:

NICOMEDES DEL PECHO

47-388 LA PLATA U. T. 2938

CLICHES
Y DIBUJOS

50 NÚM. 688
U. T. 1911
LA PLATA

Pasando el rato, por Tomás Rueda Vargas. Ediciones Colombia. Bogotá. 1926.
El tonel de Diógenes, por Enrique Restrepo. Ediciones Colombia. 1925.

El libro del verano. Ediciones Colombia. Bogotá. 1925.

Ligia Cruz - Rogello, por Tomás Carrasquilla. Ediciones Colombia. Bogotá. 1926.

En las tierras del oro, por Roberto Botero Saldarriaga. Ediciones Colombia. 1926.

La literatura Colombiana, por Antonio Gómez Restrepo. Ediciones Colombia. 1926.
Las conversaciones de Papá Rico. Ediciones Colombia. 1926.

Vasconcelos frente a Chocano y Lugones, por Edwin Elmore. Lima. 1926.
Helenismo y Judaísmo, por Julio Navarro Monzó. Montevideo. 1926.

Antropología Racional, por Manuel Núñez Regueiro. Bs. Aires. 1926.

20 poemas, por Bernardo Greiver. 1.ª Serie. (Se abre sin cortar las hojas). La Plata. 1926.

Las escuelas nocturnas en la Provincia de Bs. Aires, por David Krauseburd. La Plata. 1926.

Macla afuera, por Hernández de Rosano. J. Samet. Editor. 1926.

La danza de la luna, por Córdoba Iturburu. Bs. Aires. 1926.

Variaciones, por Ramón Gómez de la Serna. Publicaciones "Atenea". Madrid.

La Umbría, por Alonso Quesada. Publicaciones "Atenea". Madrid.

Selección de pensamientos de Martí, por A. Hernández Catá. "Atenea". Madrid.

Al borde de mi mismo, por Vicente Moreno. Cuenca. Ecuador. 1921-1926.

El despertar de una nueva sensibilidad, por Sislán Rodríguez. Buenos Aires. 1926.

REVISTAS Y PERIODICOS

Poliedro. Lima.

Atlántica. Buenos Aires.

Evolución. Oaxaca. México.

Revista Ariel. Tegucigalpa. Honduras.

La Linterna. San Juan. Puerto Rico.

Oromaña. Sevilla.

La Vie Latine. París.

Erkenntnis und Befreiung. Viena.

Acción Socialista. Buenos Aires.

Crítica Social. Buenos Aires.

Nosotros. Buenos Aires.

Martín Fierro. Buenos Aires.

Peregrinos. Buenos Aires.

Revista Bimestre Cubana. Habana.

Pacha. Arequipa. Perú.

Clarín. Córdoba.

Babel. Buenos Aires.

La Madre. Periódico femenino de vanguardia. Buenos Aires.

Repertorio Americano. San José. Costa Rica.

Savia. Guayaquil.

Atenea. Concepción. Chile.

El Consultor Bibliográfico. Barcelona.

La Campana de Palo. Buenos Aires.

Gaceta de Bellas Artes. Habana.

Elite. Caracas.

El Mosquetero. México. D. F.

Amauta. Lima.

Social. Habana.

A. B. C. Madrid.

Sagitario. La Plata.

Sagitario. México.

Proteo. La Plata.

Claridad. Buenos Aires.

Acción Cívica. Tegucigalpa. Honduras.

Vida Universitaria. La Plata.

Carteles. Bs. Aires.

Estudiantina. La Plata.

Lca Domingos. Managua.

Perú. Organó del Consolato Generale

del Perú. Génova.

Renovación. Tegucigalpa. Honduras.

La Noticia Ilustrada. Managua.

Mercurio Peruano. Lima.

Revista Municipal. Habana.

l libro del giorno. Milán.

Juventud. Asunción. Paraguay.

Estudio. Montevideo.

El Bisturi. Córdoba.

Patria Grande. Madrid.

La Cruz del Sur. Montevideo.

Antología. Buenos Aires.

Actualidad Escolar. Buenos Aires.

Actividad. Barcelona.

Rassegna di Cultura. Milano.

Cultura Venezolana. Caracas.

Editorial Titicaca. (Boletín). Puno. Pe-

rú.

Nueva Era. La Paz. Bolivia.

La Voz Universitaria. Tucumán.

Labor. La Plata.

Carátula. Bs. Aires.

Juventud. Córdoba.

La Protesta. Bs. Aires.

Mediodía. Sevilla.

Acción Gremial. Bs. Aires.

Tribuna Livre. Bagé. Brasil.

La Fiera Letteraria. Milán.

Revista Universitaria. Lima.

Boletín Bibliográfico. Lima.

Páginas de Arte. Montevideo.

La piqueta. Rosario.

Música crítica. Bs. Aires.

Panorama. Santiago de Chile.

Revista de la Asociación de Maestros

de la Provincia. La Plata.

l libro del giorno. Milán.

Renovación. La Plata.

Teatro. Bs. Aires.

ULTIMAS NOVEDADES EN:

Relojes, Armónicas de boca, Espejos, Juguetes, Flores Artificiales.

★ ★ ★

Se ofrecen en todas las ciudades y precios desde \$ 10



F. H. HEGEVALD
HANAU NUM. 151 - ALEMANIA

TALLERES GRAFICOS
FUNDADOS EN 1892

OLIVIERI & DOMINGUEZ

Premiados con Diploma y Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Artes Gráficas Julio de 1916.

IMPRESION ESMERADA DE TRICOMIAS, FOTOGRAFADOS, FOTOLITOGRAFIAS, TESIS, REVISTAS ESPECIALIDAD EN CATALOGOS, AFICHES, ETC. ETC.

Atendemos pedidos de cualquier punto de la República

Pidanos precio del trabajo que necesite

Calle 4 entre 42 y 43

Teléfono 273

LA PLATA



ESTUDIANTINA

NÚMERO EXTRAORDINARIO DEDICADO A

ROMAIN ROLLAND

Colaboraciones de: Alfredo L. Palacios, Juana de Ibarbourou, Fernando Márquez Miranda, Suárez Calimano, Alberto Palcos, Carlos Sanchez Viamonte, R. Haya de la Torre, Luis E. Heysen, Carlos Bianchi, Andrés Ringuet, Héctor J. Basso, Saúl Silva.

Trozos escogidos de Romain Rolland sobre el Teatro Nuevo, Argumento y escena IX del Amor y de la Muerte, Carta a Haya de la Torre con facsímil, Notas de Albert Einstein, Miguel de Unamuno y un estudio de Jorge Basadre.

Adhesiones de las Revistas, Martín Fierro, Córdoba, Juventas, Valoraciones, Diógenes, Ariel, Acción Cívica, Sagitario, Revista de Filosofía, Nosotros.

Ilustraciones de Luzuriaga y Korn.

Precio del ejemplar 0.50



EN BUSCA DEL VERSO PURO

POR

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

II

RITMO

DESATANDO al verso de la cadena de rigores con que se pretende sujetarlo, todavía se aferra al último eslabón: la ley del ritmo. ¿Es justa, entonces, la familiar definición del verso como *unidad rítmica*?

Sí: la definición es justa siempre que se encierre dentro del círculo exacto de definición mínima, siempre que se recoja estrechamente dentro de la noción limpia y elemental de ritmo, apartando de sí cualquier enredo con la idea de acento, o de tono, o de cantidad, toda exigencia de igualdades, o siquiera de relaciones matemáticas.

El verso, en su esencia invariable a través de todos los idiomas y de todos los tiempos, como grupo de fonemas, como "agrupación de sonidos", obedece sólo a una ley rítmica primaria: la de la repetición. Ritmo, en su fórmula elemental, es repetición. El verso, en sencillez pura, es unidad rítmica porque se repite y forma series.

La unidad aislada carece de valor: la serie le da carácter rítmico y la frecuencia del uso le presta apariencia de entidad. Cuando decimos que frases como "Lo cierto por lo dudoso" o "Amar sin saber a quién" o "En un lugar de la Mancha" son versos octosílabos, es que la abundancia de aquel tipo métrico en la poesía castellana crea costumbre y obliga al oído a reconocerlo

Dr. Juan José Benítez

Abogado

La Plata

Particular 48 927 Estudio 48-944
U. T. 2127 U. T. 824

Dr. Simón Mendy

Médico Cirujano

Calle 7-1082 U. T. 10
La Plata

Vicente Montoro

Abogado

Calle 10-1326 La Plata

suelto o dentro de la prosa. Cualquier tipo de versificación, cuando es nuevo, cuando falta la costumbre de él, desconcierta al oyente: los tradicionalistas sentencian que "no es verso", que "suena mal al oído". Así se dijo del endecasílabo castellano en el siglo XVI; así, a fines del XIX, de la rica versificación de Rubén Darío y los suyos; y todavía se oyen ecos de aquella disputa cuando estalla otra nueva...

VERSO, MÚSICA Y DANZA

La definición mínima, abstracta, como no pide igualdades ni relaciones matemáticas, se contenta con cualquier serie de unidades fluctuantes. Pero la realidad histórica del verso impone limitaciones. El verso nace junto con la música, unido a la danza: nace sujeto al ritmo de la vida, que si con el espíritu aspira a la libertad creadora, con el cuerpo se pliega bajo la necesidad inflexible: sobre el cuerpo pesan todas las leyes de la materia, desde la gravitación. El hombre que habla, como su esfuerzo físico es escaso, puede olvidarlo y gozar la ilusión de la libertad; en su ilusión ningún cauce lo contiene, ningún dique lo detiene. Río inextinguible de la palabra pura, cuyo murmullo trasciende a la plática encendida de Santa Teresa y al cuento de nunca acabar que es el *Quijote*. Pero el hombre que danza no se siente libre: corazón y pulmones le dictan su ritmo breve. La danza está obligada a la conciencia del límite; cada paso de danza tiene su límite. En la historia, el verso nace con la danza: es danza de palabras; todavía mejor, de sílabas. Los nombres arcaicos que designan el verso y la música y la danza son, en su origen, comunes a los tres: *areito* entre los indígenas de Santo Domingo, o *coro* entre los griegos, son nombres indivisibles del baile con canto. Y hasta nuestro día las artes del hombre rústico, y aun las del vulgo en las ciudades populosas (tango en Buenos Aires o jazz en Nueva York), conservan los tres metales en confusión, como en veta nativa.

LIMITACIONES HISTÓRICAS

Así, el verso, al nacer, no se modela sobre la onda inagotable de la charla libre, sino en los giros parcos de la danza (1). La

(1) No existiendo disparidad de *esencia*, sino de *organización*, entre el habla y el canto, la música de la voz — origen de toda música — nace libre, sin vallas, como la plática. ¿Estará olvidada en América la jugosa tradición española de la

primera limitación que padece va contra la longitud: ha de ceñirse a formas breves; no admite prolongación indefinida: de ahí que la conciencia del límite perdure hasta en Whitman o en Claudel o en Apollinaire. El castellano antiguo no se arredra ante diez y ocho sílabas; ni el griego ante veinte y cuatro; ni el árabe ante treinta. Pero tales cifras se alcanzan raras veces con la sílaba como elemento puro; se requieren apoyos rítmicos. En la métrica regular del castellano, el verso llega sin dificultad hasta nueve sílabas: de ahí en adelante, para construir la entidad sonora, pide auxilios, — cortes o cesuras, acentos interiores fijos...

Sobre la unidad fluctuante, elástica, con que se contenta la definición mínima, la realidad histórica impone nuevas limitaciones al verso: el grupo de fonemas que lo constituye, a más de no prolongarse indefinidamente, requiere contornos exactos. Hay que saber dónde empieza y dónde acaba la entidad rítmica. Y siendo la palabra punto en que se unen sonido e idea, el término se fija, o por procedimiento fonético, o por procedimiento intelectual. Entre los procedimientos fonéticos, el más fácil será exigir semejanza, aproximación aritmética entre los versos de cada serie: en su natural desarrollo, esta tendencia llevará a pedir igualdades estrictas. La fluctuación no nace como libertad absoluta. En sus comienzos históricos, el verso fluctúa dentro de márgenes que nunca rebasa: el número de sílabas no crece ni mengua demasiado. Se sabe cuándo el poeta canta en versos largos y cuándo en versos cortos; dominado la fluctuación hay siempre paradigmas inconscientes. Menéndez Pidal ha descubierto la ley matemática que, a hurto de los poetas, gobierna la fluctuación, según la frecuencia del uso, en seis o siete poemas de la Edad Media española. En el verso largo del *Cantar de Mio Cid* (siglo XII) y del *Roncesvalles* (siglo XIII) predominaba la medida de catorce sílabas; le seguía, en orden de frecuencia, la de quince; luego, la de trece; luego, la de diez y

mujer que canta todo el día sobre sus labores? ¡Y el pájaro! El baile es quien dictó a la música el compás, y en él arraiga la profusa vegetación de leyes rítmicas que el Occidente hizo culminar, como en finales, supremas, abrumadoras flores de invernadero, en las rosas centifolias de la sonata, el cuarteto y la sinfonía. Después, la influencia de los ritmos danzantes ha ido declinando: la "melodía infinita" de Wagner es, en su esencia, el ideal contrario a la danza. Separada del baile, la música fluctúa con amplia soltura rítmica: el Occidente la conoce en el canto llano de la Iglesia Católica y en el *cante jondo* de los gitanos, herencias de civilizaciones orientales con largas tradiciones de música libre.

seis... La fórmula aritmética es curiosa: doble corriente de medidas que crecen y de medidas que decrecen:

15 16 17 18
14
13 12 11

Y el verso corto de la cántica de los veladores, en Gonzalo de Berceo, fluctúa en sentido contrario:

10
9
8

La fluctuación inicial, con sus ondulaciones graduales, no permite que conscientemente se hagan alternar versos de longitudes disímiles. La historia nos da como tardía la combinación de versos francamente desiguales, especie de síncope de la versificación. En Grecia, el metro épico, en hexámetros uniformes, precede al metro elegíaco, en dísticos de hexámetro y pentámetro; y todavía son posteriores las combinaciones complejas, como en las odas de Píndaro y los coros de la tragedia. En España, la copla de pie quebrado hace su aparición después de tres siglos de renglones parejos, regulares o irregulares.

El procedimiento intelectual para definir la entidad rítmica será exigir que cada verso termine en el final de una palabra (no a la mitad de ella, como en Sófocles o en Simónides) y lleve sentido completo: frase, por lo menos; si oración, mejor. En los orígenes del verso, y mientras vive como hijo del pueblo, cada *unidad rítmica* es *unidad de sentido*. La alteración de esta ley, cuando ocurre, es fruto de edades cultas. Existen idiomas que nunca se permiten violarlas: el árabe, el finlandés. En español, la ley rigió desde el *Mío Cid* hasta el *Rimado de Palácio*, y el cantar del pueblo la cumple todavía; en la poesía culta, la alteración es normal desde los tiempos de Juan de Ména. El siglo XII nos irá dando tantos conceptos como versos:

Mío Cid fincó el cobdo, en pie se levantó,
el manto trae al cuello, e adeliñó pora'león;
el león cuando lo vío, assi envergonçó,
ante Mío Cid la cabeça premió e el rostro fincó...

El cantar del pueblo, en el siglo XVI:

Morenica me llaman, madre,
desde el día que yo nací;
al galán que me ronda la puerta
blanca y rubia le parecí...

El siglo XVIII, en cambio:

El polvo y telarañas son los gajes
de su vejez. ¿Qué más? Hasta los duros
sillones moscovitas y el chino
escritorio, con ámbar perfumado,
en otro tiempo de marfil y nácar
sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
la ancianidad de su solar pregonan...

El verso libre de idiomas europeos, en nuestros días, tiende espontáneamente a cumplir la vieja ley, porque no necesita romper las unidades de sentido para construir unidades rítmicas:

Inmenso almendro en flor,
blanca la copa en el silencio pleno de la luna,
el tronco negro en la quietud total de la sombra,
cómo, subiendo por la roca agria a ti,
me parece que hundes tu troncón
en las entrañas de mi carne...

Con mi soledad
tu ausencia se torna grande y sencilla
como la noche que baja al arrabal cansado...

¿Qué correspondencia tendrá mi faz con la luna?
¿Qué correspondencia tendrá mi alma con el viento?
Soy el que fui hace siglos y no me conozco...

APOYOS RÍTMICOS

En los largos amaneceres de la poesía, el verso escinde sus caminos: uno, para acompañar a la danza y a la música; otro, para recorrerlo con la música sola, hasta aprender a separarse de ella. Y este verso que sólo se canta — o se canturrea — admite suma simplificación: así se ve en la poesía narrativa de los tiempos heroicos, capaz de crecer y multiplicarse en bosques de epopeyas. Pero el verso de la danza, como la música, tiende al com-

pás preciso. Ante todo, el verso largo se parte en dos, como la célula (el poema épico, en general, no llega a abandonar la norma: las dos porciones serán aproximadamente iguales, como en el *Mío Cid*, o francamente desiguales, como en el *Roland*). Pero la división avanza, y hay entonces, en vez de hemistiquios, pies, o ambas cosas.

Y en vez de la medida fluctuante la danza exige medidas exactas: acentos de intensidad bien marcados, o tonos, o valores de sílabas (cantidad), o, finalmente, hasta número fijo de sílabas. Apoyos rítmicos que definen agudamente la estructura del verso.

O bien el apoyo rítmico se busca en la repetición de sonidos: la rima, — igualdad o semejanza en la terminación de las palabras (a veces, como en el latín eclesiástico, basta la repetición del último fonema, vocal inacentuada, o, como en chino, la equivalencia de los tonos, sin equivalencia de los fonemas); o la aliteración, — rima al revés, rima de los comienzos de las palabras, en que basta la igualdad de sus sonidos iniciales y en ocasiones (como en el inglés antiguo) el regulado contraste entre ellos. Rima y aliteración ocurren en el interior o en los extremos del verso: en el hecho histórico, la aliteración ha sido las más veces interior; la rima, exterior, de verso a verso.

Para ligar verso a verso se acude a la repetición, no ya de simples fonemas o tonos, sino de palabras enteras: el recurso halla su máximo desarrollo en el *encadenamiento*, muy conocido en la poesía trovadoresca de todos los idiomas románicos. La repetición ideológica toma principalmente la forma de *paralelismo*, rima de ideas, típico de la poesía hebrea. Últimos son los recursos convencionales que nacen de la escritura y que el oído no atrapa, como el *acróstico*: desdeñados como juegos pueriles en las literaturas occidentales, reciben mejor acogida en Oriente (así, el acróstico alfabético entre los hebreos) (1).

(1) Los versos, al ligarse entre sí, es natural que produzcan combinaciones diversas. En la literatura arcaica de muchos pueblos se les encuentra en series amorfas, de longitud indefinida, — tipo que representan los poemas homéricos y hesiódicos, el *Roland*, el *Cid*, el *Beowulf* de los anglosajones, el *Cambar de los Nibelungos*; y también en agrupaciones simples, la *sloka* de dos versos en el *Ramayana* y el *Mahabharata*, el distico desigual de la elegía helénica, los disticos y tercetos paralelísticos de los hebreos, de los babilonios, de los egipcios, de los finlandeses, los disticos rimados de *Aucassin et Nicolette* o del *Misterio de los Reyes Magos*, los tercetos monorrimos del *Dies irae*, los cuartetos monorrimos de la *cuaderna vía* de Berceo y el Arcipresté. De ahí nace la estrofa: una vez nacida, toma

FÓRMULAS DE VERSIFICACIÓN

Para desvanecer el prejuicio de que sólo es verso el de nuestro idioma en nuestro tiempo, de que sólo merece el nombre aquella unidad rítmica cuyas leyes nos son familiares, nada mejor que una peregrinación a tierras lejanas. Los pueblos que nos son exóticos hablan lenguas cuyos sistemas gramaticales resultan irónicamente contrarios al nuestro; su música se organiza sobre escalas distintas de las nuestras. ¿No será natural que el verso difiera? Lo es. El verso varía de pueblo a pueblo; de siglo a siglo. Pero varía menos que las armazones lingüísticas o los sistemas tonales, porque trabaja con material uniforme, la sílaba, arcilla sonora sujeta a modulaciones pero intacta en su esencia.

Si representamos con letras los recursos principales del verso, podremos resumir en fórmulas la versificación de todos los idiomas. Sean: A, la unidad fluctuante, de medida elástica; B, la combinación de versos desiguales; C, la cesura; D, el número fijo de sílabas; E, la regulación de la cantidad, el número fijo de valores de sílabas (largas y breves); F, los acentos de intensidad; G, la regulación de los tonos o diferencias de altura musical entre las sílabas; H, la rima; I, la aliteración; J, el encadenamiento; K, el paralelismo; L, el acróstico.

CHINA. La historia de su versificación, a juzgar por las descripciones, da estas fórmulas: A+H; D+F; D+G+H; B+D+H; D+G+K; D+G+H+K. La principal es, según parece, D+G+H+K: número fijo de sílabas y de tonos, con rima y paralelismo. La regulación del tono musical de las sílabas, cuyo cambio altera el sentido de las palabras, tiene formas sutiles: combinada con el paralelismo — que es antiguo de tres mil años — crea complicaciones microscópicas.

JAPÓN. D; B+D (la versificación típica; ejemplo, el Hai Kai, métricamente parecido al final moderno de las seguidillas españolas: tres versos, uno de cinco sílabas, uno de siete, otro de cinco). A veces hay paralelismo: D+K. Versificación cuya sencillez contrasta con los artificiosos enredos de la china. No hay rima en ningún caso.

LOS HEBREOS. A+K; F+K; C+F+K; B+C+F+K; C+F+J+K; C+F+K+L. Después de centurias de discutir y divagar, la

las veredas de la complicación, hasta llegar a la selva de formas, rigurosa y minuciosamente legisladas, de la poesía china, o de la árabe, o de la sánscrita, o de la provenzal.

investigación ha llegado a puerto, gracias al timón de Sievers: la versificación hebraica, en los poemas y cantares de la Biblia, está constituida por pies acentuales, con número variable de sílabas. El paralelismo es usual. El verso más común es el de tres acentos (*Libro de Job*; muchos *Salmos*); es frecuente el de cuatro (*Salmos*); y el de cinco es usual en la *Kina*, la *Lamentación*. Pero en los profetas abunda el verso fluctuante con el solo apoyo del paralelismo (A+K) y a ratos sin él: tal es en el libro que corre bajo el nombre de Isaías, voz de dos vates poderosos, con adición de cosas menores y ajenas. La rima cruza la Biblia muy de tarde en tarde (trozos del *Cantar de los Cantares*; *Salmos VI* y *XVIII*); pero la poesía hebrea de los últimos diez siglos la adopta, bajo el influjo árabe.

ASIRIA Y BABILONIA. C+F; B+C+F; C+F+K (fórmula principal); B+C+F+K. El acento es la norma esencial. El paralelismo, importante. Incidentalmente se usan la rima, la aliteración, el encadenamiento, el acróstico. La interpretación del sistema poético de los asirios y los caldeos ha sido fácil, gracias a la excepcional precisión de las inscripciones, que separan con líneas horizontales y verticales las estrofas (en su mayoría dísticos y trísticos), los versos y los pies acentuales. El verso de cuatro acentos es el de la epopeya.

Fundamento tradicional de la liturgia arcaica de Babilonia, los himnos sumerios, en la lengua de aquel pueblo extinto, con antigüedad hasta de cincuenta siglos, no parecen llevar sino el verso simple, fluctuante: a modo de complemento único añaden conatos de paralelismo, repeticiones verbales, íntegras o con variaciones, y respuestas de letanía.

LOS ÁRABES. A+C+H; C+F+H; B+C+F+H; C+D+F+H; B+C+D+F+H. La rima es esencial en la versificación de los árabes desde épocas remotas, desde el *Saj'*, el "arrullo de paloma", que en su retórica clasifican ellos como prosa rimada (como verso tendría la fórmula A+H). Hay quienes erigen la hipótesis del *Saj'* primitivo, fluctuante y vago, sin rima, pero tal vez paralelístico a la manera hebraica (A+K). Muy peculiar la cesura: cae, en muchos versos, a mitad de palabra. La versificación de la era clásica está llena de artificios laboriosos, de que se han contagiado las literaturas de Turquía, de Persia y de la India.

EGIPTO. En el verso de la antigua literatura egipcia entraban, en medidas diversas, al parecer, el principio del número fijo de sílabas, el de los acentos, el paralelismo, la aliteración, y hasta la rima, en cantares mágicos.

LENGUAS INDOEUROPEAS. Si las lenguas del Extremo Oriente (como China y Japón) construyen su verso sobre el fundamento sonoro de la sílaba pura, y las lenguas semíticas (como el babilonio, el hebreo, el árabe) sobre el acento, las indoeuropeas en su origen lo asentaron sobre la cantidad, el juego de sílabas largas y sílabas breves. A pesar de la importancia que tuvo para la estructura de las palabras, el tono musical, explica Meillet, no ejerció influencia ninguna sobre el ritmo de la frase en la primitiva lengua indoeuropea de donde proceden las nuestras. El acento de intensidad, tampoco. "Pero como toda sílaba del indoeuropeo tenía una cantidad breve o larga fija (salvo, en cierta medida, la final), las oposiciones cuantitativas eran muy perceptibles para el oído y eran constantes. Por lo tanto, sólo en el retorno regular de sílabas largas y sílabas breves en lugares determinados, junto con ciertas reglas sobre los finales de palabra, se funda la métrica de los *Vedas* y del griego antiguo; en otros términos, el ritmo del indoeuropeo era un ritmo puramente cuantitativo, no un ritmo de intensidad". La cesura debió de existir también: "en el verso de más de ocho sílabas, el védico, el avéstico y el griego antiguo llevan generalmente un corte, que consiste en un final de palabra obligado, en lugar definido; igual cosa en el saturnio de los romanos". Después, los nuevos idiomas en que se partió el indoeuropeo trastornaron el equilibrio sonoro de la lengua madre. "El ritmo deja de ser puramente cuantitativo — dice luego Meillet; — la cantidad misma se altera, o desaparece totalmente, como en griego desde el siglo segundo antes de la era cristiana, en latín durante la época imperial, o en armenio".

El griego clásico conservó la cantidad en su versificación (fórmulas: E; C+E; B+C+E) hasta el siglo IV de la era actual: en su última época subsistía artificialmente. Los pies subían desde dos hasta cinco sílabas, y se enlazaban en multitud de formas, con enorme variedad de efectos, desde la solemne monotonía del hexámetro homérico y la llaneza cotidiana del trimetro en los diálogos teatrales hasta el salto y el vuelo de las odas corales y los interludios de la tragedia y la comedia. El latín arcaico, en el *cármén saturnium*, había abandonado el principio indoeuropeo de la cantidad para escribir versificación fluctuante atribuyéndole importancia al acento, y sobre todo a la cesura; pero el influjo helénico restauró el principio cuantitativo, y el latín clásico trató de serle fiel hasta sus últimos días. Bajo el Imperio, el latín vulgar, aceptando descaradamente la realidad fonética, adopta el número fijo de sílabas uniformes, sin distinguir entre largas y breves. El cuento de sílabas persiste a lo largo de

la Edad Media y domina por fin en la poesía de la iglesia cristiana, donde se le incorpora la rima, ignota para griegos y latinos clásicos. Los idiomas célticos, cuando los conocemos (siglo VI), no conservan la cantidad, pero sí la cesura del antiguo indoeuropeo, y poseen acentos fuertes, aliteración, rima, y hasta número fijo de sílabas. Y los idiomas germánicos, en los más antiguos restos sobrevivientes de su poesía, se presentan ya bajo el sistema acentual, abandonado el cuantitativo, y guardando solamente la arcaica cesura: añaden la aliteración, que dura en ellos más de mil años. La rima surge, tardía, y espontánea al parecer, en Alemania, en Islandia y aun en Inglaterra: desde el siglo XI la refuerza el influjo francés; conyive con la aliteración, y acaba por desplazarla.

Porque entre tanto, a lo largo de la Edad Media, de entre los cien dialectos en que se partió el latín, como su progenitor el indoeuropeo, emergían hacia la luz los que iban a imponerse sobre sus rivales y a crear literaturas. La poesía de las lenguas románicas se organiza bajo el principio común de la rima, y tiende a contar números iguales de sílabas, pero no con éxito igual en todas partes: Francia, en el Sur y en el Norte, lo alcanza desde temprano; Italia, muy pronto; Portugal, también; pero Castilla tarda mucho — hasta fines del siglo XIV — en llegar francamente al isosilabismo. La cesura ha persistido en los versos largos; el acento, esencial siempre al final del renglón, se vuelve obligatorio también en el interior del verso largo, con la cesura o sin ella, y en el verso corto sirve de apoyo rítmico variable (1).

La versificación regular de Francia, Provenza e Italia, durante toda su historia desde la Edad Media hasta la aparición del verso libre, se resume fácilmente en fórmulas: $D+H$; $B+D+H$; $D+F+H$; $C+D+F+H$; $B+C+D+F+H$. Hay que agregar el verso blanco de Italia ($B+F$). Pero la versificación española, junto a esas fórmulas, tiene otras suyas. El español ofrece, como pocas lenguas, el espectáculo del mundo que acaba de brotar del caos y ensaya laboriosamente, bajo nuestra mirada, figuras y formas. La versificación irregular de metros cortos, como en *Santa Ma-*

(1) H. Gavel, en su estudio *De coro, decorar* (del *Homenaje a Menéndez Pidal*, tomo I), supone que acaso el verso irregular haya precedido al regular en la epopeya francesa, como en la poesía española, y sugiere como antecedente posible la salmodia litúrgica de la Iglesia Católica; pero las pruebas faltan. En los poemas anglo-normandos de lengua francesa se halla versificación irregular, pero como degeneración de la regular. Y cosa semejante ocurre con poemas franco-italianos.

ra Egipciaca o Elena y María, tiene como recurso único la rima (fórmula: $A+H$):

Qui triste tiene su coraçón
venga oír esta razón;
odrá razón acabada
feita d'amor e bien rimada...

(Razón de amor)

Los poemas épicos y los poemas de clerecía en que no se acertó a aplicar el principio de las "sílabas cuntadas", como el *Libro de buen amor*, vuelven — atávicamente — a partir el verso en dos hemistiquios (fórmula: $A+C+H$): como la cesura cae siempre después de palabra, los exigentes requerirán que se cuente también el acento (fórmula modificada: $A+C+F+H$). El verso de *arte mayor* en el siglo XV: número variable de sílabas, pero cesura y acentos fijos, con rima ($C+F+H$):

Tanto anduvimos el cerco mirando
hasta que topamos con nuestro Macías...

La versificación irregular de los cantares líricos populares entre el siglo XV y el XVII ofrece unas cuantas especies: el cantarcillo ($A+H$):

Guárdame las vacas,
carillejo, y besarte he;
si no, bésame tú a mí,
que yo te las guardaré...

la seguidilla arcaica ($A+B+H$):

Ojos de la mi señora
¿y vos qué avedes?
¿por qué vos abaxades
cuando me veedes?...

los cantares de verso largo, tipo muñeira, cuyo recurso característico es el acento de intensidad, distribuido con escasa regularidad ($A+F+H$):

Molinico ¿por qué no mueles?
Porque me beben el agua los bueyes...

los cantares paralelísticos ($F+H+K$), populares todavía en Asturias; los cantares paralelísticos y encadenados ($F+H+J+K$):

Amigo, el que yo más quería,
venid a la luz del día,
Amigo, el que yo más amaba,
venid a la luz del alba,
Venid a la luz del día,
non traigáis compañía,
Venid a la luz del alba,
non traigáis gran compañía...

Portugal comparte con Castilla, probablemente, todas sus especies de versificación: tal vez una que otra, como la épica, haya de discutírsele; en cambio ejerce señorío sobre el cantar paralelístico y encadenado.

EL VERSO CONTEMPORÁNEO

La excursión a través de unas cuantas literaturas de Asia, Africa y Europa revela cuántos fenómenos distintos reciben el nombre de verso. ¿Qué habrá de común entre el Hai Kai de los japoneses, cuyo único recurso rítmico es la regularidad aritmética de la serie de sílabas, y el poema germánico, con sus incisivos acentos, pausas y aliteraciones, pero de medida silábica vaga? ¿Qué habrá de común entre la estrofa de Safo o de Anacreonte, tejida con delicados filamentos de matices en la duración del sonido, y la profecía hebraica, en versículos de extensión indeterminada, unidos por la duplicación o el contraste de los pensamientos o las imágenes? ¿Qué habrá de común entre las rigurosas runas finlandesas del *Kalevala*, todas de ocho sílabas, con cuatro acentos fijos, con aliteración y paralelismo, y los vagos contornos del cantar-cillo español, ceñidos apenas por el lazo pueril del asonante? De común sólo existe la noción mínima, esencial, de unidad rítmica, — la fórmula A (1).

(1) Se ve ahora por qué yerran definiciones como la del Diccionario de la Academia Española: "Palabra o conjunto de palabras sujetos a medida y cadencia, según reglas fijas y determinadas". Exige demasiado: número estricto de sílabas y distribución regular de acentos. Y yerran teorías como las de Lipps en su *Estética* (1903): su base es el acento, legítima para el verso de lenguas germánicas, pero inaceptable para otras tan diversas entre sí como el japonés y el griego, donde la cantidad silábica iba muchas veces en franco desacuerdo con el *ictus*. Lipps estudia, después de partir del acento, la pausa, el tono musical, el número de sílabas, la rima (consonancia y asonancia solamente) y la aliteración; reconoce las posibles y hasta frecuentes oposiciones entre los apoyos rítmicos; pero permanece incommovible en su base acentual. No es menos rígido — y falso — en su estética de la música, suponiéndola irremediamente atada al compás y asumiendo

A la unidad rítmica, desnuda y clara, se atiende el verso libre a que se consagran hoy, en típica confluencia, poetas jóvenes de las más divergentes naciones occidentales. Si es verdad que nuestro tiempo cava hasta llegar a la semilla de las cosas para echarlas a que germinen de nuevo y crezcan libres; si el empeño de simplificación y de claridad toca a los fundamentos de los valores espirituales, y del valor económico, y de la actividad política, y de la vida familiar ¿por qué no ha de tocar a las formas de expresión? Reducido a su esencia pura, sin apoyos rítmicos accesorios, el verso conserva intacto su poder de expresar, su razón de existir. Los apoyos rítmicos, que a unos les parecen necesarios, a otros les sobran o les estorban. Y tales apoyos tienen vida limitada: recorren ciclos y desaparecen. Desapareció la cantidad en los viejos idiomas indoeuropeos; desapareció la aliteración en los germánicos... El siglo XIX, en Europa, está lleno de quejas contra la rima. ¿Por qué la rima resiste todavía el ataque? Cuando se la expulsa, se va con ella el cuento de sílabas: de otro modo, habríamos creado especies nuevas de verso blanco en medidas exactas. Y el verso blanco está lejos de la "prosa monótona": órgano de sonoridades rotundas o diáfanas bajo las manos de Shakespeare y de Milton, de Keats y de Shelley, de Goethe y de Leopardi, aun hoy, en inglés, busca apoderarse de "los tonos de la voz hablada" en los poemas de Robert Frost; pero su fuerza parece exhausta. No hay formas universales ni eternas.

como escala única la diatónica de Europa, con ligeras incursiones cromáticas. Admite, eso sí, la elasticidad del ritmo (y con ella vagas implicaciones del verso libre). Meumann, a pesar de sus preocupaciones retóricas, admite la elasticidad, en sus célebres *Investigaciones sobre la psicología y la estética del ritmo* (1894), define el ritmo como fenómeno intelectual, y reconoce en el verso dos tendencias, una hacia el orden, otra hacia la libertad. Todo verso necesita elementos de desorden: la regularidad absoluta resulta intolerable. Pero la base, para Meumann, está en el acento. La preocupación germánica de explicar todo verso por los acentos cunde fuera de Alemania, sin otra justificación que la procedencia; empieza a hacer estragos en el estudio del verso francés (p. ej.: Paul Passy, *Les sons du français*) y amenaza invadir nuestro idioma (ha comenzado a ceder a ella Navarro Tomás, *La cantidad silábica en unos versos de Rubén Darío*, en la Revista de Filología Española, 1922). ¿Hay derecho a explicar la versificación de poetas conscientes de su técnica mediante recursos que ellos deliberadamente olvidan? No se necesita estudio especial para descubrir dónde están los acentos fuertes de la *Sonatina*, cuando el cambio de acentuación del alejandrino fué parte del éxito de la composición; y en los eneasílabos de la *Canción de otoño en primavera* o en los octosílabos de *Azul* sólo se descubrirá lo que todos sabemos: que el ritmo acentual es variable. Explicar toda la versificación francesa o española como acentual conduciría a la paradoja de convertir en verso libre (en virtud de la irregularidad de los acentos) muchos renglones que los poetas escribieron como regulares (en virtud de la igualdad del número de sílabas).

Aceptemos la sobriedad máxima del ritmo: el verso puro, la unidad fluctuante, está ensayando vida autónoma. No acepta apoyos rítmicos exteriores: se contenta con el impulso íntimo de su vuelo espiritual (1).

POESÍA Y PROSA

No atribuyo importancia a la romántica discusión — que es significativo encontrar ya en Rousseau — de si la poesía reclama el verso o existe sin él. Mero conflicto verbal. Unos dicen: doy el nombre de poesía a la obra cuyo contenido, en emoción, imagen y concepto, a la vez que en manera expresiva, sea de la calidad que llamamos poética, aunque esté en declarada prosa. Otros dicen: doy el nombre de poesía sólo a las obras escritas en franco verso. Y el problema se reduce a la acepción del vocablo poesía. No hay modo de forzar a los unos ni a los otros para que cambien sus usos.

El problema de definir la poesía — significación espiritual — queda intacto después de definir el verso, fenómeno del orden de los sonidos. Si al verso alcanzamos a encerrarlo dentro del círculo de la noción mínima, es porque existe como entidad sonora en todas las lenguas, y, despojado de sus variaciones, persiste como unidad rítmica que se desarrolla en series. Pero queda el otro problema adyacente, el de los límites entre la prosa y el verso. Y este problema, que muchos pretenden resolver con el tajo brusco entre las dos formas, sólo admite una solución: la separación entre el verso y la prosa no es absoluta; del verso a la prosa hay grados, escalones, etapas descendentes.

Se dice, con la solemnidad del maestro de M. Jourdain, que hablamos en prosa. Distingo. Hay dos acepciones de prosa, una negativa y otra positiva. Si — según el arbitrio popular — decidimos aplicar el nombre de prosa a cualquier uso del lenguaje que no sea verso, podrá tolerársele su explicación al retórico de la comedia. Pero si el nombre se aplica a una forma de expresión literaria, obra de esfuerzo consciente y claro propósito, no hablamos en prosa.

(1) Como el castellano, a diferencia del francés, nunca olvidó las dos especies de rima que conoce, nuestros poetas de verso libre se aprovechan del asonante en ocasiones como puente intermedio entre la tiranía de la consonancia y la libertad entera (Juan Ramón Jiménez, Alfonso Reyes, Moreno Villa, Gerardo Diego, Nora Lange, Borges).

La historia no deja dudas: la prosa no nace como mera proyección del lenguaje hablado; se crea como derivación y a ejemplo del verso. Nuestro "período" es una imitación de la estrofa. El orador clásico se sentía cercano al poeta, al punto de hacer acompañar su declamación con música de flautas. Y las huellas de aquellos orígenes podemos rastrearlas: todavía existen oradores cuya entonación es como de himno exaltado, especie de canto solemne para el público, sin semejanza con la conversación familiar. La prosa del Antiguo Testamento está todavía cortada en trechos que calcan el versículo de los poetas. Y, como en la literatura babilónica, hay pasajes de corte dudoso. La *Gadya*, en sánscrito, es prosa que "guarda el aroma del metro". Y con las *Prosas profanas* de Rubén Darío se ha divulgado entre nosotros la curiosa — pero significativa — circunstancia: nuestra palabra romántica para designar la forma de expresión opuesta al verso representó, en su origen, una especie de versificación suelta, sin medida pero con rima. Esas prosas litúrgicas ejercieron influjo que no conocemos bien. En los comienzos de la prosa castellana, en la *Crónica general* compilada bajo la inspiración de Alfonso el Sabio, tropezamos con barrocas confusiones y vaivenes: los autores prosifican, para convertirlos en historia, los poemas épicos, y en la prosificación dejan rastros de verso; pero en ocasiones trabajan al revés: versifican a medias la prosa que les sirve de fuente.

Con oriental precisión, los persas distinguen cuatro modos de componer: verso, con medida y rima; lenguaje rimado pero no medido; prosa poética, medida y no rimada; prosa pura, sin metro ni rima. Para los árabes hay formas intermedias entre verso y prosa: el *saj'*, el *arrullo de la paloma*, su versificación irregular, rimada, es para ellos la fuente de los dos ríos, y el *Corán* está situado en el punto en que se inicia la divergencia de corrientes. Los chinos poseen el *wun chang*, prosa medida pero no separada en renglones, con frecuentes efectos paralelisticos.

En Occidente, la prosa se nos revela en su desenvolvimiento gradual a través de la historia, desde el dibujo incipiente en que apenas se separa del verso hasta las más complejas arquitecturas. Una de sus formas avanzadas es la exposición sistemática de ideas abstractas. Pero su última conquista es la copia exacta de la conversación real: justamente la más difícil hazaña ha sido parecerse a aquello con que torpemente se la confunde. En castellano, salvo antecedentes excepcionales como el de Moratín, el lenguaje de la conversación no ha penetrado en el drama hasta nuestro siglo: uno de los agudos y certeros reproches que hizo Pé-

rez de Ayala al Benavente de los triunfos populares fué el ridículo artificio de su lenguaje. Hay tipos de prosa como hay tipos de versificación, y en general se alejan del verso en la medida en que los asuntos se alejan de la calidad poética. Se les ha estudiado ampliamente desde el punto de vista del estilo, pero no en su aspecto simple de organización de sonidos en series y grupos. Los trabajos que existen son apenas esbozos cuando no caprichos (como en Saintsbury). Ejemplo: la obra experimental de Patterson, *The rhythm of prose*, fascinadora por su modo de exponer ideas y datos, se queda clavada en el comienzo del camino, sin ir más allá de la diferenciación elemental entre el ritmo del verso, con su tendencia a las repeticiones uniformes, y el de la prosa, con sus ritmos entrelazados y sincopados. Eso no basta. Quedan intactos los puntos intermedios, los grados entre verso y prosa: con presuntuosa ligereza, Patterson los da por indemostrables, sólo porque no cabían en sus ingeniosos experimentos, enderezados hacia fines preconcebidos. Y quedan intactos los tipos de prosa. Hay que estudiar, por ejemplo, la medida. En otra obra experimental, *Pause*, Miss Snell da estos resultados, que sólo atañen al idioma inglés: la unidad de frase, en el verso endecasílabo, lleva solamente seis sílabas como término medio; la unidad, en la prosa "imaginativa", de sabor literario, es de ocho sílabas; en la prosa simple, de tipo periodístico, es de catorce sílabas.

La escala, artística y histórica, baja desde el verso en sus formas estrechas, complicadas y difíciles, como se dan en chino, en árabe, en finlandés, en provenzal, en el castellano de los "siglos de oro"; pasa a través de formas sencillas, como las japonesas y las hebraicas, hasta llegar al límite del "verso puro", de unidades fluctuantes, impulsadas rítmicamente por la serie. Debajo de la terraza del verso simple principian los escalones de formas variadas que tienden hacia la prosa y conservan reliquias de verso (rima, en particular). Después se llega a la prosa de la oratoria clásica, el discurso-oda de Demóstenes y de Cicerón, de Bossuet y de Castelar, y de grada en grada se alcanzan las contemporáneas imitaciones de la conversación. Un paso más, y hemos abandonado la escala de las formas artísticas para descender al llano de la conversación en la vida cotidiana. Existe, sí, todavía, para los inquietos, la galería subterránea donde la prosa de Edouard Dujardin, de James Joyce, de John Dos Passos, de Virginia Woolf, copia el íntimo fluir del pensamiento.



DE LA NOVELA GAUCHA

Benito Lynch

POR

CARLOS MARIA ONETTI

RESUMEN PRELIMINAR

EN otro artículo — *Un poeta uruguayo* — publicado en esta misma revista, tuvimos ocasión de decir que el arte literario americano no es más que un brote del español. La lengua, las costumbres, la religión, las instituciones jurídicas, los aportes raciales que España nos proporcionó son otras tantas líneas de fuerza que nos imponen normas y nos fijan tendencias consiguiéndolo más o menos. Cierto que alguna vez fué América quien llevó a España — es decir: a su idioma y, con ello, a sus escritores — algo de aquel soplo vital que, según cuentan, Jehová ensayó con Adán; pero Rubén Darío no era americano — poéticamente — “a pesar de su sangre de indio chirondega” y de su cara de mascarón azteca. Y nunca nos sintió: su canto a Roosevelt, por ejemplo, tiene de americano el fondo anti-imperialista, o sea: algo nuestro pero aprendido, no nacido y lo menos artístico que pudiera encontrarse; y en el prólogo a *Concheries* del costarricense Aquiles J. Echeverría, tan no entiende el alma popular que se limita a unir párrafos transcritos con cemento verbalístico. Quiere decir que cuando los números le fueron propicios América no pudo cantar en americano porque el chantre sólo sabía latín, digo: europeo.

A nuestro juicio ese retardo en resolver el problema artís-

tico se debe principalmente a dos causas: a nuestro afán europeizante y a que América era— y continúa siéndolo en mucho — simple expresión retórica para uso de oratoria confraternal.

La solución estaba en la aparición de las literaturas regionales.

EN CASA

Concretándonos al Río de la Plata — la geografía literaria no siempre coincide con la política — con la gran capital del Sur como centro, el problema no tuvo más rápida solución. Felizmente si ya no está resuelto, puede asegurarse que lo será en breve; entiendo manifestar que el paisaje, los tipos, el ambiente de la llanura que se acuesta desde el Pilcomayo al Plata y de las sierras pampeanas al Atlántico, han asomado en la literatura.

Más sintético: la *novela gaucha* es una realidad artística y constituye, sin duda alguna, nuestra más cabal expresión, superior al teatro gauchesco, por más completa, y a la poesía gaucha, por más viva. *Martín Fierro* necesita notas para su exacta comprensión; y ya se sabe que la muerte de las palabras sigue a la muerte de su sentido, de los estados de alma que simbolizaban. Cuando la carne del fruto se pierde la cáscara se arruga y se seca. El lenguaje es un fenómeno estético; vive de la emoción que provoca. No por otra razón las cartas de novios les resultan bobas a los simples curiosos.

La novela gaucha, decíamos, constituye una realidad artística. Entendemos por novela gaucha aquella cuyos protagonistas sean habitantes de las llanuras platenses. Poco importa que hayan nacido en ella o provengan de la ciudad o sean *gringos*. *El Inglés de los güesos* como el matrimonio de *El antojo de la patrona* son personajes indiscutibles de novelas gauchas.

Ante todo conviene justificar esa delimitación geográfica coincidente no con el Virreynato del Río de la Plata sino con las gobernaciones de Asunción y de Buenos Aires; delimitación geográfica doblada por una delimitación histórica que quizás falle en algunos puntos de sus límites occidentales. No muchos porque la aorta era el Paraná y todo convergía hacia él gravitando sobre Buenos Aires. Así, Entre Ríos era el puente entre ésta y la Banda Oriental, Corrientes la une al Paraguay y Santa Fe al Tucumán. El lenguaje de los criollos lo atestiguan. Y la manera de ensillar.

APRETANDO

Como fácilmente se comprende no se puede identificar estas dos expresiones: *novela gaucha*, *novela nacional*. Nuestra novela nacional será siempre un mosaico. Ya aparecerá la novela cordillerana con todas sus variantes desde la quíchua o aymará — recordemos *Wuata Wuara* del boliviano Alcides Arguedas — hasta la cuyana cuyos inicios quizás estén en *Recuerdos de Provincias*. Y aparecerán la novela patagónica y la ciudadana y la porteña.

Dada la amplitud que le hemos conferido a la región geográfica de la novela gaucha, el tipo gauchesco no es igual en toda ella. El medio físico influye, modificándolo. Si así no fuera, no hubiera habido razones para que el hijo de españoles no siguiera siéndolo — espiritualmente, se entiende —. El error de Taine — el error del positivismo, al fin y al cabo — fué anular la personalidad humana en el medio, el momento y la raza, dándole a estos tres factores un poder absoluto y absorbente. Vale decir: un poder matemático. (El error hubiera sido menos grave si Taine en vez de explicar por ellos el autor, hubiera explicado los personajes de la obra; por lo menos su teoría hubiera sido la de la novela llamada experimental. Convine no olvidar que el libro favorito del positivismo francés fué *El rojo y el negro* de Stendhal).

No voy aquí — y pienso que en ninguna parte — a definir el gauchesco. Pascal aconseja no intentar definir aquello que por naturaleza nos aparece claro, porque sería contraproducente. Nadie va a equivocarse en calificar de gauchesco o no a cualquier novela.

Tres son los elementos a considerar: el paisaje, los tipos y el ambiente, aunque en realidad este último surge del choque o combinación de los dos primeros. Con la añadidura del lenguaje regional: el habla criolla, rica en vocablos, rica en entonaciones, exacta, metafórica y, por ello, apta para cualquier trabajo artístico sin excluir la estilización que, en literatura como en pintura, consiste en reducir el volumen al plano, a la línea sin aplastamiento; como quien dice: dejándolo oculto, listo para distenderse si la voluntad o la imaginación lo requirieran. Benito Lynch en algunas escenas de *El inglés de los güesos* — la lectura de la carta de Telmo, las conversaciones de las mujeres del "puesto" 2 de La Indiana, la llegada de la curandera a casa de Balbina, la búsqueda del sapo para la liga que Doña María recetó como infalible — y en

casi todo *El antojo de la patrona*, emplea la estilización con rara habilidad.

PAISAJES

De esos tres elementos — tipos, ambiente, paisaje — Lynch se sirve de distinta manera. Más claro: a Lynch le interesa el primero; los otros le prestan ayuda más utilitaria que estética.

—¿Cuántos paisajes hay en la obra de Lynch? Si entendemos por paisaje — así lo entiendo yo — la presentación de la naturaleza considerada en sí misma, por contemplación y no para la acción, no alcanzan la media docena; y, de ellos, tan sólo uno se aúpa en la memoria: el de la página final de *El inglés de los güesos*, diez líneas por todo, donde nos muestra la trágica indiferencia de la naturaleza hacia el hombre, hacia el sujeto en el sentido filosófico.

Dada la índole dramática — dramatismo externo más bien que interno — de la obra de Lynch, tal carencia de paisajes se explica. Su novela es rápida, accionada, movida; sus personajes tienen algo que hacer que les impide el reposo; no pueden, por consiguiente, contemplar. Compárese con *Don Segundo Sombra* y se verá como Güiraldes para darnos el alma de la pampa, la entraña del paisaje, debió imponerse un ritmo lento, cargado de intensidad. De ahí también que en la novela más lenta de Lynch — *El inglés de los güesos* — sea la única donde el paisaje asoma.

Esto no obstante la localización de sus novelas no ofrece dudas: su teatro es la pampa. Sucede con ella lo que, según Flaubert, sucede con el *Quijote*. ¡Cómo se ven, decía, los blancos y polvorientos caminos de España que Cervantes nunca mencionó! Y bien: en la obra de Lynch la llanura

donde la vista se pierde
sin tener en que posar

está ahí, rodeando, cifiendo, apretando, a veces, el drama, como no lo está, por cierto, en los versitos de Domínguez. El arreglo de un alambrado, los surcos grises de una huella vieja, la carnea-da de una res, la parada de un rodeo y mil detalles más que nos la denuncian. En el cuento *Yo una vez, señora* (*La Nación*, 21 de Marzo de 1926) esa latencia casi visible de la pampa surge vigorosamente.

Pero si no el paisaje, la descripción muestra a menudo su faz innumerable. Se explica: la descripción es pragmática; sirve para algo. Y como los personajes de Lynch no son entelequias ni áni-mas en pena, necesitan la tierra para vivir. Son personajes que hacen sombra en el suelo y dejan, en el pasto húmedo, la marca de sus pies. Con gusto transcribiría la descripción del incendio que rojea y achicharra unas páginas de *Raquela*, iluminando el resto de la novela. Léalas quien las desconozca y rememórelas, placen-teramente, quien las haya leído.

MALAS PALABRAS

Lynch, en ocasiones, se ha sentido pueblero; más: se estrenó como pueblero. *Plata dorada*, su primer libro, es de ambiente ciudadano. Y en *Las mal llamadas* más que pueblero es cajetilla. Pero las calles de Buenos Aires no le son amigas; no sabe caminar por ellas; se nota que le duelen los "pieses". Para agotar mi enojo cuanto antes diré que a Lynch debió seducirlo el tema y se olvidó que el tema no es sino un pretexto para la obra artística. Si el mismo tema hubiera sido situado en el campo otro gallo cantarí. Aquí va la prueba: en *Plata dorada*, la acción, mientras se desarrolla en la ciudad va estirándose perezosamente; pero en cuanto se traslada al campo, los mismos flojos personajes de antes, crecen, adquiriendo carácter. *Plata dorada* nos revela, ya, la índole artística de Lynch.

GAUCHOS Y GRINGOS

Índole artística que culmina en la presentación del elemento hombre.

Ya hemos dicho que el dramatismo de su obra es más bien externo que interno; de ahí un arte sintético, que procede por datos, por comprimidos, que no se detiene en psicologías. Los personajes no se lo permitirían, por lo demás. El único que se da el lujo de poseer vida interior es la *patrona del antojo*. Pero la *patroncita* es una inadaptada; ha venido de la ciudad; está gruesa; vive con miedo de que a su marido le hundan un puñal en el cuerpo y, para colmo, su Pepe la deja sola a fuerza de incomprensión, librada al influjo supersticioso y ladino de Florinda, la cocinera gaucha. "El inglés de los güesos" como el "carancho-viejo" de La Florida a ratos esbozan algo parecido a dramatismo interno; pero

no hay tal: el inglés, después que comprueba la magnitud del desastre amoroso que ha provocado, se hamaca en la duda, oscilando como un péndulo loco y pueril; su conflicto es conflicto sólo para él, especie de fósil con corazón; el carancho, luego que tiene la evidencia del amor entre su hijo y la *Señorita*, busca como triunfar, como salvar la *carne* que ha cuidado con tanto esmero; es sensual, fálico, nada más. No el amor sino el cebo lo empuja. Amor hay en Balbina, en "Palo verde"; pero la simplicidad de sus espíritus traba el desarrollo de cualquier complicación psíquica. Balbina aparece como más complicada que "Palo verde"; pero no nos engañemos; más nerviosa, sí; sus ondulaciones provienen de caprichos, no de riqueza interna. La complicación del alma femenina pertenece al médico, no al psicólogo; espiritualmente no existe. "Palo verde" opera por líneas rectas en zigzagues violentos, sin plan conciente; uno se da cuenta que en otro caso análogo haría exactamente lo mismo sin que la experiencia pasada le sirviera en lo más mínimo como no le sirvió al gaucho de *Tengo mi moro...* (*La Nación*, Agosto 22-1926) arquetipo de esas almas lisas y fatalistas. Como se ve, mentalidades simplistas, primitivas — lo que no excluye ni la viveza ni la inteligencia — y dóciles a lo que llaman: el destino. El gaucho de *Tengo mi moro...* dice sencillamente su fatalismo; la curandera de *El inglés de los güesos* lo dice sentenciosamente; Balbina lo siente en el alma, confía en la *liga* que no dejará escapar al hombre y el autor, sabiamente, deja en pie el problema: la liga fracasa porque *Diamela*, la perra, vió el sapo; sus ojos de hembra anulaban la fuerza de la hechicería.

Este problema del fatalismo que Lynch en sus últimas obras emplea como factor individual, le había obsedido, antes, como factor racial. Me explico: *Plata dorada*, *Los caranchos de La Florida* nos plantean esta pregunta: ¿puede la educación modificar el fondo de una raza? La respuesta es negativa; a la larga, cuando el problema pasional urge la solución, el ímpetu criollo — atropellador, prepotente — que no consiente que la mujer elegida sea ni siquiera codiciada por otro, irrumpe haciendo añicos la costra que el contacto con los gringos ingleses o alemanes habíase esforzado por fortificar.

En las otras obras el autor no se formula la pregunta; ya conoce la respuesta. Y toma el fatalismo como es: elemento integrante del alma gaucha. Se diría que Lynch ha ido buscando aclarar la naturaleza de esa alma; por eso, a medida que su conocimiento se hacía más completo, el *gringo* iba perdiendo importancia hasta desaparecer casi por completo. James "el inglés de los

güesos" no alcanza a ser propiamente un *gringo*; es un extranjero que vino a buscar calaveras y que se irá como vino. El *gringo* — el que nos interesa histórica y artísticamente — el que Florencio realizó en *La Gringa*, se queda y da y recibe influencias.

El criollo que Lynch gusta presentarnos, es el criollo bueno, trabajador, sufrido; sólo un compadrito, ni eso: infeliz —: el Telmo de *El inglés de los güesos*; sólo un abandonado o relajado; Eduardito, el pariente de los "caranchos". ¿Y las mujeres? Las conoce bien, Lynch. Desde la apasionada Balbina — hasta la coqueta — La chuñita de *El potrillo roano* — pasando por la autoritaria que gobierna a su familia a estilo antigua (garrote en mano) y la sensual — D.^a Rosa, de *Los caranchos de La Florida* — todas pasan. Algunas son, en verdad poéticas: la rubia de *Palo verde*, la *Señorita*, la *patroncita del antojo*: ingenuas, lindas y, las dos primeras, llevadoras de desgracias en sus ojos suaves.

RESUMEN FINAL

Lynch planteó y resolvió el problema tan nuestro del gaucho; el gaucho aprisionado por el alambrado, obligado a asentarse, a fijarse y que sólo en los rodeos tiene ocasión de sentirse épico. (No hay guitarras, en la obra de Lynch; ni partidas de truco. Sólo el tute, una vez, pone los cuatro reyes sobre los cuatro caballos). Más aún: Desde *Los caranchos* hasta *Palo verde* los tiempos cambian. Lo notamos en los patrones: todavía gritan, a veces pegan; pero ya no son señores feudales como Don Pancho o el Mayor Grumben que no se desprendían del arreador. Lo cual añade nuevos méritos a la obra de Lynch; como siempre el arte va a ser manantial de historia; de la auténtica, la que rebasa los documentos como la vida rebasa la lógica.

Lo cierto es que Lynch, con su estilo escueto — sin imágenes, sin metáforas, casi sin comparaciones —; con su visión realista — no copia: interpretación—; con sus tramas sencillas—vida de campo y de trabajo — fué para la novela argentina lo que el tacito pampa de *El pozo*: sacó a flote algo que estaba hundido.



SOBRE LOS PROBLEMAS

POR

FRANCISCO ROMERO

LLAMA Goethe naturalezas problemáticas a aquellos caracteres a los cuales nada satisface y que van agotándose en una lucha sin provecho. Algo hay de esto; pero hemos de ver en las palabras anteriores, antes que una explicación comprensiva, una definición un poco arbitraria. Es como si Goethe dijera: A un carácter de tal calidad llamo yo problemático. En vez de tomar el adjetivo por su lado peor, se le puede considerar — y me parece más justo — por su aspecto favorable, y llamar problemática a una manera de inteligencia que propenda a plantearse problemas, que sienta enérgicamente como tales cuestiones a resolver no sólo las lagunas de su conocimiento, sino también los puntos poco aclarados, y que — y esto es esencial — experimentando una necesidad de soluciones, tendiendo a ellas y buscándolas con apetito insaciable, tenga sin embargo el heroísmo de no aceptar seudosoluciones con las cuales aflojaría su tensión espiritual y penetraría al instante en una zona de calma, sólo con descuidar un ápice la vigilancia crítica. Así entendidos, son los caracteres problemáticos los creadores de ciencia y de filosofía; porque si la primera condición para ampliar el saber es poseer el sentido de los problemas, la segunda es perseverar en ellos y mantener su pureza teórica libre de todo compromiso de índole práctica, hasta resolverlos. Buscamos respuestas; pero debemos preocuparnos ante todo, para merecer respuestas válidas, de las preguntas. Si la voluntad científica fla-

quea, la pregunta se simplifica y empobrece, como ruego humilde de quien solicita una dádiva. O peor aún, la pregunta va ya determinada por la contestación y se ajusta a ella. Al momento teórico se agrega constantemente, salvaguardándolo, un aspecto ético inseparable, que asegura la legitimidad científica de los resultados. Tal aspecto ético se reitera en cada instante del conocimiento y aun preside desde el comienzo toda tarea científica y artística — y así decimos también “una novela honradísima” — y hasta gobierna o debe gobernar desde arriba toda vida consagrada a obra o función de cultura. Para quien carece de sentido problemático no hay sino cuestiones de hecho; la mente problemática se pone ante cada hecho una cuestión de derecho, — de manera que entre los conservadores a todo trance, justificadores de una realidad social determinada sólo porque existe y les resulta más o menos cómoda, y los que no se preguntan nada ante las cosas y les basta en lo teórico su contemplación pasiva, no existe mayor diferencia.

La sensibilidad para los problemas alcanza grados muy diversos. La muchedumbre ignora el problema científico. El matemático, acostumbrado a las soluciones incontrovertibles, se burla a veces de las teorías con que el biólogo intenta resolver los complejos problemas de su ciencia. El biólogo desconoce acaso carácter científico a los resultados del historiador, y el historiador suele encogerse de hombros ante los problemas del filósofo. Cada uno ve en el de más allá las dificultades crecientes para arribar a soluciones seguras, indudables. Pero no advierte que hay en los problemas una ecuación permanente, *que iguala la importancia de la pregunta con la magnitud del riesgo*. En el juego trascendental del conocer, el peligro de perder está en razón directa de la suma de ganancia posible. Mientras más preguntamos, más aventurada es la respuesta. El conocimiento disminuye en certidumbre a medida que las cuestiones aumentan en amplitud, en complejidad, en trascendencia teórica o humana. Y en el orden práctico sucede igual: El arquitecto resuelve su problema con más exactitud que el médico, y éste dispone de más recursos para acertar que el estratega o el estadista. Y nadie reprochará al hombre de estado no haber ideado o realizado una estructura político-social perfecta, arguyendo en son de censura que tal ingeniero, en cambio, ha sido capaz de proyectar y construir una armadura metálica sin falla para un puente o para una torre. Acaso en el juego del conocimiento, la única ganancia segura la obtenemos cuando nos contentamos con ganar la puesta: En las formas tautológicas o sin contenido de la matemática, en los juicios analíticos. La inducción, uno de los órganos esenciales de la ciencia natural, ya comporta el riesgo, y la ley

estadística no proporciona sino probabilidades. En la ciencia histórica aumenta el peligro de perder porque exigimos mucho más. Y el riesgo supremo está en los problemas últimos y totales de la filosofía. Y si vamos más allá y como Pascal en su famosa apuesta pretendiéramos la eternidad como premio, contra una remota probabilidad de ganarla tendríamos que arriesgar desde luego toda nuestra vida terrena.

"Il faut parier: cela n'est pas volontaire, vous êtes embarqué"... Estas palabras de Pascal al invitarnos a la partida definitiva en la cual se juegan las seguridades de la vida actual contra la posibilidad dudosa de la bienaventuranza eterna, valen también en el juego del saber. "Il faut parier". No depende de nosotros jugar o abstenernos. Cada respuesta se deshace en mil preguntas nuevas, cada época inaugura una nueva problemática, somete lo desconocido a una nueva indagatoria, que se va desarrollando con la fatalidad de las restantes líneas del acontecer histórico.

Filosóficamente, hay una infinidad de preguntas posibles, pero pocas de ellas reciben la carga de electricidad capaz de problematizarlas, de convertir la pregunta inerte en problema vivo y actual. Dos cosas constituyen el problema; es un salto en lo desconocido, y supone, como todo salto, el impulso valiente de quien lo da y la resistencia del suelo donde se apoyan los pies al intentarlo. El impulso inicial es el deseo imperioso de respuesta, la urgencia de saber algo ignorado; la otra condición, el requisito externo, es la convicción de la posibilidad de la respuesta. Hubo problemas filosóficos en la Edad Media que ya no interesan, que ya no son problemas, porque nuestra curiosidad ha echado por otros caminos; y hay problemas como el de los valores, que han existido en latencia a lo largo de casi toda la evolución filosófica, y sólo ahora se han planteado como cuestiones efectivas, se han problematizado. Si la respuesta parece imposible, no hay problema; la cosa en sí, por ejemplo, no es problema teórico para Kant porque no la considera al alcance de nuestros medios cognoscitivos, y el origen del lenguaje ha dejado de ser problema científico cuando se ha visto la imposibilidad de resolverlo en la época actual de la ciencia. Aparece, pues, claro, que la desproblematización *no ocurre sólo por la solución del problema*, sino que hay también problemas abortados por prematuros, o que por no coincidir con el espíritu inquisitivo de la época, se descargan de su potencial de interés antes de ser resueltos.

Se reconoce ante todo el carácter problemático de una inteligencia por el planteo de múltiples cuestiones previas. Desconfiamos de quien en asuntos de saber va derecho al grano y procura

despacharse en forma expeditiva. Casi con seguridad, no llegará a nada utilizable. En los largos tanteos preliminares está la garantía del resultado y la mejor prueba de una genuina vocación científica. Los historiadores alemanes, advertía alguna vez Hegel, a diferencia de los franceses e ingleses, en lugar de escribir la historia se pasan el tiempo dilucidando cómo tienen que escribir-la. Es sorprendente la falta de comprensión del gran filósofo en presencia de este afán problemático, respecto al cual adopta una actitud de reproche. Por una singular ocurrencia, si el idealismo historicista, del cual él representó un momento eminente, ha podido renacer un día renovado, después de eclipsarse ante la invasión del naturalismo, se lo debe a esa persistente búsqueda, más que en la historia, en el umbral de lo histórico.

No tenía, pues, razón Goethe al caracterizar como lo hizo, con algo de fastidio, las naturalezas problemáticas. Aunque apuntaba indudablemente a la exageración morbosa antes que a una activa elaboración de problemas, como su vida misma nos lo fía. Un reflejo de la angustiada exacerbación del conocer se halla en el fragmento memorable de Lessing, héroe y hasta mártir de lo problemático: "Si Dios tuviese en su mano derecha toda la verdad, y en su mano izquierda el instinto siempre despierto que la persigue aun condenándonos con él al error perpetuo, y me dijera: Elije, me precipitaría humildemente hacia su mano izquierda exclamando: Dame, oh Padre; la verdad pura no es sino para ti". Y hoy mismo puede rastrearse una tácita preferencia hacia la investigación del saber en perjuicio del saber logrado. Pero hemos de ver más despacio este punto en otro artículo.

Noviembre de 1926.





EL CONCEPTO DE CIENCIA

POR

ALEJANDRO KORN

I

NOS proponemos conocer la realidad. Real es cuanto intuimos como espacial o temporal. Si concebimos algo fuera del espacio y del tiempo, debemos darle otro calificativo. Emplear un término en dos sentidos distintos es hacer un frívolo juego de palabras. Estas confusiones terminológicas han causado un daño irreparable; han sido la fuente de perpetuos mal entendidos.

Afirmar — como es fuerza hacerlo — algo fuera del espacio y del tiempo, es afirmar un concepto metafísico. Es plantear el problema ontológico o sea el problema del ser. La metafísica no es nada ilusorio; es algo ineludible. La hacen con frecuencia cuantos la niegan, pero es algo distinto al conocimiento empírico de la realidad. El concepto metafísico lo trataremos en otra ocasión.

Analizar las condiciones previas de la realidad — el espacio y el tiempo — también es plantear un problema de otro orden: el problema gnoseológico. Este examen crítico del conocimiento real es necesario pero es distinto del examen de la realidad misma. Será de la mayor importancia cuanto tratemos de valorar la realidad. Hasta tanto lo excluirémos.

II

Real de consiguiente es cuanto nos es dado en la experiencia. El concepto filosófico de la realidad lo abstraemos de la experiencia.

Por hoy no deseo pasar más allá. No discuto ni las condiciones ni el valor de la experiencia. No pongo en duda la necesidad de su examen crítico ni la de su complemento metafísico — lógico o intuitivo. Quiero mantenerme en el plano del conocimiento evidente y positivo. A él me refiero.

Las definiciones son tautologías; las empleo para entenderme con el lector. Con la misma intención uso los conceptos abstractos en el sentido nominalista, sin complicarlos con ninguna hipótesis.

Cuando digo dualismo no me refiero a dos substancias de esencia distinta. Si digo cosa no me refiero a un noumeno, si digo valor no pienso en una entidad ideal. Me remito al proceso psíquico común a la especie humana y cada uno es dueño de comprobar si concuerda o no con su experiencia íntima.

Preveo la objeción: Esto es caer en el fenomenalismo puro. No es esa mi intención. Elijo mi posición; las conclusiones las veremos luego. Fué un error de la época positivista, reducir la filosofía a la síntesis de las verdades científicas. Conceptúo un error de la reacción contemporánea, identificar la filosofía con la metafísica.

III

Nos perturba el peso de la tradición. Filosofía fué para los griegos todo el conjunto de nuestro saber. El proceso progresivo ha consistido en diferenciar dominios distintos: La religión, el arte, la ciencia, la metafísica. La filosofía ha dejado de ser enciclopedia; veremos si todavía le resta un dominio propio.

La unificación de las nociones científicas será ciencia o de no, una concepción especulativa, es decir, metafísica. Toda tentativa de superar la realidad empírica en una concepción universal es metafísica. Llamémosla, pues, por su nombre. La filosofía de la naturaleza es metaempírica.

Esta cuestión terminológica no es nimia. La metafísica confesada importa una posición, aceptable o discutible, pero clara. En cambio, la metafísica clandestina que se disimula, que se disfrazaba de ciencia o de filosofía, es madre de todos los embrollos.

IV

La realidad la conocemos en la forma de un proceso mental. La subordinamos toda ella a la noción de tiempo, es decir, la concebimos como un desarrollo, una evolución, un devenir, una actividad. La actividad misma — la actividad pura — la ignoramos; conocemos sólo su desarrollo concreto.

Nada adelantamos con decir Conciencia en lugar de actividad, Nada hay cognoscible fuera de la conciencia. Existir es estar en una conciencia. Pero no seamos ingenuos. La Conciencia pura es un mito; sólo conocemos los estados sucesivos de la conciencia: el presente por ser actual, el pasado porque lo evoca la memoria.

V

Podemos, pues, puntualizar algo más la definición de la realidad. Es la actividad que se desarrolla en la conciencia sometida a las categorías de tiempo y espacio. Esta actividad se ejerce en dos sentidos, opuestos e inseparables. En el dominio de la experiencia el dualismo de sujeto y objeto es irreductible. Podemos considerar fracasadas las tentativas de llegar a un monismo empírico. No desconozco el histórico esfuerzo hecho en este sentido o mejor dicho en dos sentidos opuestos. Es hora de darlo por terminado. Ni el sujeto se encuadra como un epifenómeno en el determinismo mecánico de la evolución física, ni el mundo objetivo se plasma como una concepción ideal.

Función el uno del otro, inconcebibles aisladamente, el Yo y el No-yo, son dos actividades opuestas. ¿Acaso dos aspectos de una misma realidad? ¿Acaso dos integrantes de una síntesis? ¿Tal vez este desdoblamiento de una unidad intrínseca no sea sino una operación mental? No interesa por el momento.

La distinción entre sujeto y objeto es un hecho tan cierto como su mutua conexión. Ni lo uno ni lo otro exigen una prueba. Ha perdido su tiempo la metafísica arcaica al querer demostrar la relación recíproca, y la metafísica pseudo científica al negar la oposición fundamental. Lo evidente ni se prueba ni se desmiente. Existe el cosmos y existe el hombre.

VI

Este dualismo es un límite. Más allá está la región metafísica, más acá la plenitud del mundo real, dividido en dos mitades: yo y el resto.

Hay instantes en los cuales esta división se desvanece: en la acción, en la emoción, en el arrobamiento. Conforme reflexionamos aparece nítida e insalvable. Nuestro propósito es reflexionar, no especular, ni entregarnos a la contemplación mística. De consiguiente, bien delimitado su alcance, elegimos esta oposición de punto de partida.

VII

La aversión al dualismo es común a las dos posiciones filosóficas más extremas. La metafísica idealista como la metafísica naturalista, temen caer de nuevo en la dualidad cartesiana de substancia pensante y substancia extensa. A ambas hostiga la obsesión monista. Pero no se trata ahora del problema ontológico de la substancia. Sea ésta una como les place a los metafísicos de uno y otro bando, empeñados en poner motes numéricos al ente ideal: monismo empírico no existe ninguno. Toda unidad es compleja.

Por otra parte la misma unidad metafísica — trascendente o inmanente — si no se ha de encerrar en un limbo esférico como el Ser de los Eleatas, por fuerza se divide y se subdivide. Decimos uni-verso, tan sólo para diversificarlo. La historia de la metafísica ha girado siempre en torno de binomios: *Deus sive natura*, espíritu y cuerpo, fuerza y materia, lo pensante y lo pensado, lo absoluto y lo relativo, la totalidad y el fragmente, el fenómeno y el noumeno, lo universal y lo concreto, etc.

Y este dualismo gnoseológico no debe sorprendernos. Es inevitable. Nada conocemos sino en cuanto lo pensamos; pensar es relacionar; para relacionar necesitamos dos términos.

El principio de la razón suficiente nos obliga; con un término único no podemos pensar; sólo podemos entregarnos al éxtasis.

VIII

En la esfera, por nuestra definición bien circunscripta, de la realidad, desde luego el dualismo es base y condición del conocimiento.

La órbita de los astros, para nosotros, es el equilibrio de fuerzas centrípetas y centrífugas y el electrón, la última creación hipotéticas de los físicos, la concordancia de los iones negativos en torno del núcleo positivo. Potencia y resistencia, atracción y repulsión, asimilación y desasimilación, intuición y abstracción, individuo y colectividad, y tantos otros son los conceptos con los cuales dualizamos las múltiples facetas de los procesos empíricos.

Qué extraño, pues, que al abarcar la totalidad de lo real tropecemos con un último dualismo: sujeto y objeto. No hay otro más universal. Superarlo equivale a superar la experiencia. No contamos en último término con una realidad, sino con el desdoblamiento de la realidad.

IX

Distingamos, pues, un orden objetivo y un orden subjetivo. Para abreviar diremos objeto o No-yo, y sujeto o Yo. No hablamos de entidades; empleamos conceptos que unifican complejos distintos.

¿Cómo los distinguimos? Ante todo inmediata y eficazmente: Yo no me confundo con la mesa en que escribo, ni con la mano que traza los rasgos, ni con la palabra que estampo, ni con el aparato anátomo-fisiológico que empleo, ni tampoco con la erudición acumulada en mi memoria. Todo eso me es extraño. Mío es el juicio que voy a emitir, mío es el estado de ánimo que me embarga, mío el fin que me propongo, mía la actitud que adopto y de la que me siento responsable.

Pero al analizar los dos conceptos descubrimos otras características: el objeto es el mismo para todos; no es mi representación, es nuestra representación. El sujeto es único; mi juicio, mis afectos, mis propósitos, mi actitud, no son las del vecino.

Ahondemos aún más: el objeto me es dado; no soy dueño de afirmar o de negarlo; solamente puedo comprobarlo. Mi actitud es personal; coincide o no coincide con los otros, es mi reacción propia.

Terminemos: el objeto lo ubicamos en el espacio. El Yo no ocupa espacio; se desenvuelve exclusivamente en el tiempo. Es duración, diría Bergson.

X

El objeto es espacial. Como tal lo intuimos y por ser extenso lo medimos. Cuando lo proyectamos en el tiempo lo conceptuamos sujeto a sus antecedentes por la categoría de la causalidad. En uno y otro caso reviste el carácter de necesario.

La acepción que damos al término es clara y específica. No nos seduce el último producto de la filosofía de la cátedra que se titula fenomenología, dice no hacer metafísica, pero armada de la lógica pura se entrega a juegos malabares con el vocablo Objeto y con sutileza escolástica descubre la esencia de toda una serie de objetos irreales.

Por objeto entendemos el objeto real. Establecemos esta sinonimia: objetivo = espacial = extenso = mensurable.

Al conjunto objetivo lo llamamos naturaleza o cosmos.



CAMULO EGAR: Raza india.



CAMILO EGAS: *La máscara del Sol.*

XI

El sujeto, como el objeto, es un integrante de los estados de conciencia. Intentemos teóricamente aislarlo, delimitarlo, reducirlo: un residuo irreductible ha de quedar. Es la personalidad humana. Suprimir al sujeto es suprimir la existencia. Con el sujeto se desvanece también el objeto, y viceversa.

Conocemos los estados subjetivos por intuición inmediata, los unificamos por la memoria y abstraemos de ellos el concepto del Yo.

La actividad en cuanto subjetiva es espontánea, esto es, no está determinada por la causalidad. No está sujeta tampoco a relaciones aritméticas. Obedece al motivo, es decir, al propósito que en el futuro intenta realizar. Los propósitos son expresión de la voluntad. La voluntad es la reacción subjetiva ante el objeto: lo afirma o lo niega, lo aprecia o desprecia; lo valora; fija, ordena, crea valores: pragmáticos, sociales, éticos, estéticos, lógicos, místicos. Cada valoración responde a una finalidad. Todas en conjunto también.

Cada sujeto, en un momento dado, es la síntesis de su historia individual. La obra histórica de la especie se llama cultura: es la expresión de los valores que ha afirmado. Oponemos la cultura como creación de la voluntad humana a la naturaleza, creación de una energía extraña a nuestra voluntad.

XII

Existe el cosmos y existe el hombre. Si la realidad se polariza en dos órdenes opuestos, bien definidos y bien delimitados, no es posible sistematizar su conocimiento con los mismos medios. La unidad de la ciencia es una superstición, sugerida por el afán de la unidad ontológica. Explicable en quienes presumen conocer la unidad metafísica, absurda en quienes dicen atenerse exclusivamente a la experiencia.

Llamar ciencia a la sistematización de los hechos, y ciencia también a la sistematización de los valores, es designar con el mismo vocablo dos series de conocimientos radicalmente distintos. Es necesario terminar con esta homonimia y, más urgente aún, terminar con la confusión mental que implica. La química, ciencia de hechos y la estética, teoría de valores, no forman una yunta unida al mismo yugo.

La ambigüedad subsistente proviene del lento proceso histórico de la diferenciación. En los siglos de la Edad moderna crecen a la par de las renovadas especulaciones filosóficas, las ciencias exactas y naturales. En el discurso sobre el método, Descartes trata de fenómenos ópticos. Los ingleses por mucho tiempo han llamado tratados filosóficos a las investigaciones físicas. En las universidades alemanas, todavía las ciencias exactas son del dominio de la Facultad de filosofía. Por cierto, el culpable de esto es Aristóteles; ¿pero acaso todavía estamos en la edad media? Es increíble lo que se ha llamado y se sigue llamando ciencia. Ciencia ha sido la teología, la metafísica, la quiromancia y ciencia luego la termodinámica y la filatelia.

Conviene aclarar un poco este bodrio. No hemos de modificar el léxico del vulgo ni el de la Real Academia. Pese a Copérnico, el sol sale y se pone. Pero en filosofía los términos han de tener una sola acepción. No han de servir a los juegos ingeniosos de sofistas más o menos conscientes.

XIII

¿Si decimos ciencia, cuál es la acepción que ha de prevalecer? Es indiferente; lo que importa es no llamar dos cosas distintas por el mismo nombre. Nosotros, quiero decir los argentinos, supeitados a las doctrinas positivas arraigadas en nuestro ambiente, discípulos apenas emancipados de Comte y de Spencer, cuando decimos ciencia, pensamos en la astronomía o en la física, y cuando oímos decir sociología o ética, creemos que se trata de algo análogo.

Entre tanto se nos ha anunciado que "la ciencia ha hecho bancarrota", hemos aprendido a leer a Croce que llama ciencia a la metafísica del concepto universal concreto y descalifica las ciencias positivas como construcciones esquemáticas de pseudo-conceptos, hemos escuchado a Bergson, empeñado en persuadirnos que nuestro conocimiento fragmentario es absoluto.

Todos hablan de ciencia, pero entienden algo distinto. Es necesario terminar con estos malentendidos, aunque sea con alguna arbitrariedad. Nosotros, a quienes no agobia ninguna tradición, llamaremos ciencia a las ciencias exactas y a las que aspiran a serlo. A las disciplinas que no se hallan en este caso las llamaremos teorías, sin hacer hincapié en el sentido etimológico de la palabra. Lo que importa es acentuar bien la dualidad del conocimiento real.

Las tentativas de superar el conocimiento basado en la experiencia, no son ciencia ni teoría; son alegatos metafísicos, expresión de una fe que no se atreve a afirmarse por sí misma y requiere las muletas lógicas.

XIV

Fuente de todo conocimiento, del subjetivo como del objetivo, es la intuición o sea la evidencia. De ella abstraemos conceptos. La jerarquía de los conceptos es compleja, se subordinan y se coordinan. Al fin todos se encuadran en las categorías a las cuales atribuimos el carácter de universales y necesarias. Con auxilio de estos elementos discursivos sistematizamos los datos empíricos, construimos esquemas racionales, semejantes a redes de mallas más o menos tupidas, destinadas a aprisionar la realidad. La fantasía luego nos sugiere complementos hipotéticos. Así hacemos ciencia o forjamos teorías. Los conceptos mismos son vacíos, formas huecas; sólo aplicados a la realidad empírica despliegan su maravillosa eficacia.

Habitados al manejo de los conceptos, en ocasiones olvidamos su humilde origen y su modesto destino y les atribuimos virtudes extrañas. El análisis abstracto de los medios discursivos — la lógica — nos esclarece el proceso del conocimiento, fundamenta la volaración del conocimiento, pero no nos proporciona un conocimiento nuevo. La sutileza no remedía su impotencia. La silogística, la dialéctica, la logística contemporánea, en el dominio — circunscripto — de la realidad, por sí solas, no resuelven problema alguno. Con la misma lógica los escolásticos demostraban que Adán tenía o no tenía ombligo. La pueril controversia caracteriza la esterilidad de las disquisiciones y la adaptabilidad de la lógica a todos los menesteres. No hay absurdo que no se haya probado con rigor lógico; la historia de la filosofía lo comprueba. En esfera más alta — la más alta posible — Kant demostró que la razón humana se estrecha ante antinomias insalvables.

La lógica es soberana sólo cuando se apoya sobre el hecho intuído y dispone de la contraprueba del experimento.

XV

¿Si la lógica, condición implícita del pensar, obliga al orden subjetivo y al objetivo, en qué difiere la sistematización abstracta

de uno y otro? La respuesta no es difícil. Hemos dicho que lo objetivo es lo espacial, lo extensivo, lo mensurable. Lo medimos pues. Para eso disponemos de las matemáticas. De contar nuestros dedos hemos hecho la aritmética. De medir nuestro terruño la geometría. A fuerza de abstracción hemos hecho la ciencia del número y de la cantidad. Y hemos logrado un éxito no despreciable. ¡Cómo nos envanece la exactitud y el rigor de nuestro cálculo! Hasta el punto de trascordar cuanto nos cuesta construir un instrumento de precisión.

Acontece sin embargo que ahora tenemos un surtido de matemáticas distintas, euclidianas y aneuclidianas. ¿Cuál es la matemática verdadera? Poincaré contesta desdeñosamente: Eso es tan absurdo como preguntar cuál es la medida verdadera, la yarda o el metro. La medida es convencional; elegimos la más práctica. Empleamos la matemática que mejor se adapta a los hechos, porque no podemos esperar que los hechos se adapten a nuestros medios. La corrección formal de un cálculo aritmético no despeja ninguna incógnita real. Esto ocurre con las cuatro operaciones fundamentales y no se altera con el portentoso desarrollo de las matemáticas superiores.

Bien lo saben los grandes. Pero los adocenados suelen olvidar verdades tan simples. Llegan a creer que las matemáticas puras pueden resolver una cuestión de hecho. Comparten esta ilusión con todas las ménas de logistas. Hay gentes para quienes no se ha escrito la *Crítica de la razón pura*. Son las mismas que protestan contra un pretendido retorno a Kant. ¡Qué van a retornar, si nunca han llegado!

No faltan hombres del oficio de envidiable audacia; ante un público absorto citan el descubrimiento de Neptuno por Leverrière como una hazaña del cálculo puro. Callan que Leverrière partió de la base de perturbaciones observadas y medidas, y del conocimiento de leyes, derivadas ha tiempo de una experiencia secular. Asimismo callan que el mismo Leverrière determinó por el cálculo la existencia posible de un planeta de órbita menor a la de Mercurio. Este planeta nunca fué hallado. La misma teoría de Einstein aunque emplea una matemática no euclidiana, depende en gran parte de la rectificación o ratificación de un experimento físico.

Prescindiendo de divagaciones, las matemáticas son la ciencia de la medida. Sólo pueden aplicarse a lo mensurable. No pueden darnos más que relaciones cuantitativas. Imprimen es cierto, a esas relaciones su propia exactitud y rigor; nos permiten promulgar la ley necesaria que no tolera claudicación alguna, y se reviste

del prestigio de la necesidad absoluta. La ley es la expresión abstracta de la verdad científica. La ley es siempre una fórmula matemática. Toda fórmula matemática fija una magnitud, es decir, es cuantitativa.

Merced a las matemáticas el conocimiento se eleva a ciencia. Aquello que no puede matematizarse nunca será ciencia. Si todo fuera susceptible de ser matematizado, la realidad sería un enorme mecanismo en el cual la más diminuta célula, vibraría sometida al sortilegio pitagórico del número. Y ese es efectivamente el ideal de la ciencia, realizable si todo fuera objeto y se suprimiera el molesto obstáculo subjetivo.

XVI

He aquí pues la anhelada definición: *La Ciencia es la interpretación cuantitativa de la realidad*. Ni más ni menos. En sus relaciones cuantitativas no se agota la realidad. La ciencia no capta la totalidad, sino un aspecto, de lo real. Los otros aspectos — el ontológico y el axiológico — se le escapan. La ciencia se limita a lo espacial que es lo único mensurable. La exploración de la naturaleza le ofrece el cúmulo de sus datos materiales, la aritmética la posibilidad de medirlos, la lógica la capacidad de unificarlos en conceptos abstractos. La unificación puede llevarse hasta un límite ideal, hasta unificar el universo por una ley mecánica. La visión final de la ciencia es la concepción de una cosmología.

Esta cosmología será un poema científico: es el único legítimo. Otrora todo dogmatismo religioso disponía de un génesis y de una concepción cosmogónica; este derecho sólo subsiste en Kentuky y sus aledaños. También la metafísica especulativa se ha entrometido en esta materia; conviene que se retraiga. Si los teólogos han desistido de resolver problemas cósmicos, los filósofos pueden imitar tan plausible modestia. Posiblemente los hombres de ciencia — geólogos, físicos, embriólogos, etc. — retribuyan esta atención y renuncien a inmiscuirse en asuntos ajenos. El problema cosmológico es del fuero exclusivo de la ciencia.

Bien. Sepa la ciencia, o, más bien dicho, sus representantes: la solución hipotética del problema cosmológico no es la única que nos interesa. Quedan otras.

XVII

Son de preveer algunas objeciones ingenuas. Por si acaso conviene considerarlas.

Se dirá que la ciencia no mide solamente la extensión espacial, que mide también el movimiento, la energía, el tiempo y la intensidad de los fenómenos psíquicos. Hagamos un pequeño esfuerzo para recordar que la ciencia no mide el movimiento sino su trayecto espacial, que no mide el calor sino la dilatación de una columna de hidrargirio, que no mide la fuerza sino la desviación de la aguja en el dinamómetro, que no mide el tiempo sino los granos de arena que pasan de una ampolla a la otra, que no mide el hecho psíquico, sino apenas su reacción física.

Todo problema para la ciencia es un problema numérico. Preguntadle por la capacidad intelectual de la especie humana: acto continuo se pondrá a examinar las condiciones aparentes de la actividad mental. Se dispondrá a pesar el cerebro, a buscar la proporción entre la masa de los centros nerviosos y la del cuerpo, a medir el cráneo del niño, de la mujer, del adulto, del idiota y del genio, a establecer índices cefálicos, a compilar cuadros estadísticos. Todavía en el empeño de hallar una relación cuantitativa constante. Satisfactorio o no el resultado de la craneometría: la ciencia no posee otro método; nos ofrece lo que dan sus medios. Su último afán sería construir el intelectómetro, de jocosa memoria.

¿Qué es lo que se escurre, que no puede ser encerrado en las fórmulas matemáticas de la ciencia? ¿Cuál es el factor rebelde que no se encuadra en el mecanismo universal? El Yo, el sujeto, la personalidad humana.

XVIII

Las ciencias exactas son el mejor caudal de la humanidad. Están muy lejos de haber hecho bancarrota. Ha fracasado únicamente la filosofía positivista y pseudo-cientificista, al usurpar el nombre de la ciencia, para aplicarlo fuera de su dominio legítimo a lucubraciones que nunca han tenido nada de exactas. Tampoco es la ciencia una mera combinación de frágiles pseudo-conceptos abstractos. Sus conceptos reposan sobre el sólido fundamento de la experiencia; por intermedio de la técnica se afirman; no se disipan en el vacío; ejercen sobre la naturaleza una acción algo más eficaz que el proceso dialéctico del concepto absoluto.

Dejemos a la ciencia en su lugar. Le abandonamos sin restricción alguna la naturaleza íntegra, hasta el último milonésimo de milímetro mensurable. Le rendimos nuestro homenaje, por cuanto representa de imperio sobre las fuerzas mecánicas. Cele-

bramos la coerción de sus guarismos y hasta sentimos, emocionados, la poesía de sus creaciones hipotéticas, siempre renovadas. Y no nos deja impasibles el sino trágico que la condena a sentirse eternamente trunca.

XIX

Ahora reclamamos lo nuestro. *Homo sum*. Hombre, es decir, heredero soy de infinitas generaciones cuyo dolor y cuyo esfuerzo se condensan en mí, para transmitirlo a las infinitas generaciones del porvenir. Soy un puente: puedo evocar la visión del superhombre, aunque todavía me perturben los instintos del simio.

Nos distinguimos del animal por habernos sublevado, por no haber tolerado con pasiva resignación el dominio de poderes extraños. Cuando la intemperie del invierno les constreñía, nuestros antepasados la desafiaron encendiendo la primer hoguera. Opusieron a las energías físicas las energías de su voluntad consciente. Trabaron el gran conflicto; la historia nos refiere sus peripecias. La obra humana es la creación de la Cultura frente al proceso indiferente de la Naturaleza.

El saber de los hechos naturales y el saber de los hechos históricos se refieren ambos a hechos, pero esencialmente distintos. En el primero sistematizamos en conceptos abstractos el proceso físico de la naturaleza, en el segundo el proceso histórico de la cultura. Distinguimos entre lo que la naturaleza hace y lo que el hombre quiere. Empleamos en un caso los conceptos de causa y efecto, en el otro los conceptos de fines y de valor. Así a la ciencia oponemos la axiología.

XX

El sujeto reacciona ante su contorno objetivo, teatro de su acción, con interés teórico o práctico; aprecia las cosas, estima los hechos, valoriza. Semejante actitud supone una personalidad autónoma. La valoración afirmativa o negativa, tácita o expresa, traduce el impulso espontáneo de la voluntad enderezado a un fin. El estudio y el análisis de esta actividad subjetiva a la luz de los antecedentes psicológicos e históricos, obliga a clasificarla, a distinguir manifestaciones típicas, a intentar una coordinación jerárquica de los valores y un examen de sus trasmutaciones. Es preciso circunscribir la esfera más o menos amplia de los valores

individuales, colectivos o universales. Hallar quizá, un valor absoluto.

Esta es la tarea de la Filosofía. De hecho, las que hoy llamamos disciplinas axiológicas, han sido siempre las filosóficas por excelencia: la economía, el derecho, la lógica, la ética, la estética. A objeto de unificar la multiplicidad de los valores concretos nos referimos a fines en lugar de causas. Abstraemos una serie de conceptos, símbolos ideales de las aspiraciones que han movido el proceso real de la cultura y les atribuimos el carácter de valores constantes y universales: el bienestar, la justicia, la verdad, la belleza, la bondad, la santidad. En su aplicación a la realidad, estos conceptos abstractos señalan un fin, no los medios de realizarlos. Todos queremos la justicia o la belleza; sobre lo que en cada caso es justo o bello nunca estamos de acuerdo. Los filósofos tampoco. El carácter subjetivo de los valores excluye la coerción. El factor humano no puede eliminarse; su acción no se mide ni se prevé. La axiología no puede ser ciencia. Las ciencias acrecen por el descubrimiento de nuevos hechos, las teorías de los valores se renuevan de continuo, porque cada generación forja los suyos.

XXI

Con frecuencia se nos habla de leyes históricas, sociales, económicas u otras que no son leyes exactas. También semejante confusión terminológica ha ocasionado más de una confusión mental. Leyes que se cumplen forzosamente y leyes que han de cumplirse eventualmente suponen una acepción distinta del mismo vocablo.

En las ciencias la ley es la expresión de una relación cuantitativa, constante y necesaria. La ley jurídica es la norma ideal de las relaciones sociales y su aplicación depende de una circunstancia extraña: que el poder esté de parte de la ley. La ley histórica depende de la interpretación del historiador y, según algunos, hemos debido esperar a que Spengler la descubra. Con ser tan nueva, quizá, a la fecha, ya esté en su ocaso; esperamos ansiosos el próximo descubrimiento para agregarlo a la larga serie de sus antecesores.

El positivismo intentó crear una ciencia exacta: la sociología, o sea la física social, como pensó denominarla su inventor. Deben de existir una docena de sociologías científicas, pero bastará recordar las tres clásicas: la de Comte, la de Spencer y la de Marx. La sociocracia del primero, el individualismo burgués

del otro y el materialismo histórico del tercero, reflejan las valoraciones más antagónicas; llega a ser ridículo llamar ciencia a una disciplina que las consiente. El más acertado ha sido, sin duda, Tarde al señalar la persistencia del instinto simiesco de la imitación; olvidóse solamente de señalar también su volubilidad. Las leyes sociológicas son simples ficciones.

En cuanto a las leyes psíquicas descubiertas por la psicofisiología más vale callar. Desvanecidas las primeras ilusiones, no sería justo desconocer cuánto empeño, y no estéril, se ha puesto en esclarecer las relaciones del fenómeno psíquico y del somático. Pero si no careciera de vocación satírica, la emplearía contra los rezagados que todavía persisten en la empresa fracasada.

XXII

Las teorías axiológicas no son ciencia. No les interesa la evolución física sino la evolución histórica, no interpretan la naturaleza sino la cultura, en vez de medir y en lugar de la ley inmutable, nos dan valores transitorios al servicio de finalidades ideales. Frente al cosmos colocan al hombre, reacio a la servidumbre. A través de su emancipación heroica, lo vemos imponerse a las fuerzas brutas que lo acosan por fuera y a los instintos del animal que lleva en las entrañas. También le vemos sucumbir. El genio poético en todos los tiempos ha tenido la intuición de la titánica contienda y la ha evocado en sus grandes creaciones: Luzbel, Prometeo, Fausto. A la filosofía le incumbe racionalizarla; le toca examinarla en su exaltación más ideal y en sus intereses más pedestres.

Ha de buscar por fin el concepto último, la finalidad suprema a la cual se subordinan todos los valores en sus distintas categorías. Del fondo íntimo de la personalidad humana emergen. ¿Qué expresan al fin? La voluntad de vivir, diría Schopenhauer, la afirmación — pecaminosa — de la existencia. Así es, si se considera al hombre como un animal y si empleamos el vocablo vida, en su acepción estricta, sin recargarle con los sentidos figurados a que tienden los pragmatistas, deseosos de disfrazar la inopia de sus divagaciones. El ser humano empero — cuando merece el epíteto — reduce la vida a un medio para realizar fines más altos; en eso precisamente se distingue del animal.

No es la voluntad de vivir, diría Nietzsche, es la voluntad de poder, la que mueve al hombre, es el anhelo de la expansión máxica de la personalidad. En efecto, mucho antes que la ator-

mentada mente de Nietzsche lo había comprendido el juicio sereno de Espinosa.

Pero la palabra Poder ofende el delicado oído de la plebe intelectual. Se imagina que es un equivalente de violencia, de atropello, de brutalidad; ignora que es ante todo el concepto estoico de la autarquía. Confunde a Zaratustra con cualquier energúmeno.

Hagámosle el obsequio de cambiar de terminología. Dentro del imperio adusto de la necesidad el hombre intenta libertarse. La libertad es la ausencia de coacción; no es un hecho, es una finalidad. Remota. Se realiza en la medida de nuestro saber y de nuestro poder. A efectos de alcanzarla afirmamos valores y los trasmutamos. Expresan la protesta contra toda coacción y se sintetizan en el concepto de libertad. Ese impulso ingénito ha creado la cultura humana, llamémosle pues la Libertad creadora.

(De *Humanidades*)

La Plata, noviembre de 1926.



SOBRE LA POLÍTICA RELIGIOSA DE MÉJICO

POR

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ

EL mayor pecado de los liberales, desde hace medio siglo, consiste en que no han sabido ser bastante liberales. Dejaron caer en olvido los principios básicos del liberalismo, al punto de que muy pocos los tenemos bien presentes, y de ahí procede el transitorio desprestigio a que ha llegado la idea liberal, aun cuando, felizmente, comienza a rehabilitarse. Es indudable que casi todos los hombres de pensamiento, empezando por los políticos liberales-ingleses, cediendo a la moda colectivista, han olvidado lo que en el fondo significa el liberalismo, según lo he dicho varias veces y he de repetirlo algunas más. Se han olvidado a menudo cosas bien sabidas y experimentadas, y no se ha proseguido suficientemente el estudio para sacar de los principios liberales todas las inmensas consecuencias nuevas de que son susceptibles, particularmente en el orden económico.

De esa negligente ignorancia procede el que vemos calificar como obra liberal la política que sigue el actual gobierno mejicano con respecto a las instituciones religiosas, cuando por el contrario, dicha política es violentamente antiliberal y regresiva.

De las numerosas y brillantes conquistas realizadas por el liberalismo — y cuya implantación más o menos incompleta en los países más civilizados constituye la gloria del siglo XIX — ninguna más fundamental e indiscutible que el principio del libre pensamiento. A él se debe la liberación de las inteligencias, pues sin él no habría sido posible la ciencia moderna. Enterró definitivamente la Edad Media, la Teología y la Inquisición; creó la Soberanía popular, sustituyendo a la de los monarcas, y dejó abierto un camino indefinido a la dignificación individual.

Casi todas las consecuencias importantes de ese principio quedaron consignadas, como normas de él deducidas, en la *impecedera Declaración de los Derechos del Hombre*: igualdad política y social de todos los ciudadanos; derecho de propiedad; libertad de entrar y salir del territorio; inviolabilidad del domicilio; libertad de cambiar y contratar; admisibilidad de todos los ciudadanos a los empleos públicos; libertad de trabajo; obligación de todos a obedecer la ley; libertad de reunión y asociación; libertad de palabra, de prensa y de enseñanza; libertad de conciencia y de culto, respetando todas las opiniones y creencias,

Varios de estos postulados de la vida democrática están siendo violentamente profanados por la política religiosa del gobierno mejicano. Lo está muy especialmente la libertad de enseñar y aprender que, como el de la libertad de palabra y de prensa, está directamente implícito en el gran principio de la libertad de pensar.

No va en concreto contra el Poder Ejecutivo mejicano mi censura, pues bien sé que él se limita a aplicar las disposiciones contenidas en la Constitución vigente desde 1917. Mi crítica va dirigida contra la Constitución misma, la cual significa un lamentable retroceso con relación a la de 1857.

La de 1857, aun cuando imperfecta, como todas, era una constitución liberal. La nueva, en lo que no es copia de aquella, se halla impregnada de un espíritu retrógrado y tiránico; un espíritu destructor de las libertades individuales. En ella lo nuevo y morboso se contradice con lo viejo y sano.

Los reformadores de 1917 tuvieron indudablemente cierta intuición de que hacían obra discordante con los derechos primarios del hombre, pues desde el primer artículo se abstienen de reconocerlos. Han de haber percibido que tal reconocimiento habría sido una valla para todas las modificaciones que pensaban introducir, e introdujeron, en la vieja Constitución. Dice, en efecto, la de 1857 en su artículo 1.º:

"El pueblo mejicano reconoce que *los derechos del hombre* son la base y el objeto de las instituciones sociales. En consecuencia, declara que todas las leyes y todas las autoridades del país deben respetar y sostener las garantías que otorga la presente Constitución.

En cambio la Constitución vigente, la de 1917, dice así:

Art. 1.º — En los Estados Unidos Mejicanos todo individuo gozará de las garantías que otorga esta Constitución, las cuales no podrán restringirse ni suspenderse sino en los casos y con las condiciones que ella misma establece".

La falta de principismo en la nueva Constitución es evidente. La vieja ponía como cimiento de su doctrina los derechos del hombre, y al enunciar sus garantías, las presenta como expresiones concretas deducidas de tales derechos, superiores a ellas, y a cuyo control podían ser en cualquier caso subordinadas, para su interpretación. La nueva Constitución no reconoce principios filosóficos. Considera la Ley como arbitrio ocasional del legislador. No como la especificación de un Derecho preexistente, sino como creadora empírica o antojadiza del Derecho.

No es mi tema, en este ensayo, hacer un estudio general comparativo de ambas constituciones, sino que me limitaré a las partes causantes del presente conflicto político-religioso. Y aun cuando poco importa el carácter objetivo de mi estudio, no es ocioso advertir que no está mi crítica inspirada en tendencias favorables al clero, pues soy ateo incommovible y, por lo tanto, enemigo fundamental de la religión cristiana y de todas las posibles basadas en la suposición de la sobrevivencia del alma y en la existencia de un supremo hacedor... mientras no se demuestre científicamente la existencia de tales factores, con lo cual queda dicho que mi incommovilidad tiene para rato.

No defiendiendo a la Iglesia; definiendo la Libertad.

Los principales motivos del presente conflicto entre el Estado mejicano y la Iglesia, son cuatro: la prohibición de enseñanza religiosa en las escuelas, la prohibición de propiedades raíces eclesiásticas, y la prohibición a los sacerdotes extranjeros para ejercer su ministerio o profesión, además de la supresión total a los eclesiásticos de los derechos políticos y otros elementales que, como hombres, deben disfrutar.

LA RELIGIÓN Y LA ESCUELA.

Es un error suponer, como se suele afirmar, que en Méjico está la Iglesia separada del Estado. Lo estuvo en la vieja Constitución, desde las reformas de 1873. El artículo 1.º de ellas dice que "el Estado y la Iglesia son independientes entre sí"; pero no hay tal prescindencia estatal en la de 1917, pues, según ésta, el Estado tiene grandes intervenciones en las cuestiones de religión, mediante diversos reglamentos, controles y prohibiciones. De hecho la religión es hoy en Méjico una de las funciones del gobierno. Es dueño de las iglesias, determina quienes han de officiar o no en ellas, y con qué facultades, determinando también dónde y cómo se puede enseñar o no la religión, y qué cosas se pueden o no pu-

blicar en los periódicos religiosos o predicar en los púlpitos. La nueva Constitución ha convertido al gobierno en administrador de las opiniones religiosas de la población, cosas que están muy lejos de suceder aun en países, como la Argentina, donde la separación no ha sido aún efectuada en ningún momento.

En la Argentina, como en los demás países civilizados, la enseñanza es libre. También lo fué en Méjico hasta la Constitución de 1917, que ahora se pone en efectividad sobre el particular. La de 1857 decía simplemente que "la enseñanza es libre". La de 1917 dice, por el contrario, lo siguiente:

"Art. 3.º — La enseñanza es libre; pero será laica la que se dé en los establecimientos oficiales de educación, lo mismo que la enseñanza primaria, elemental y superior que se imparta en los establecimientos particulares. Ninguna corporación religiosa, ni ministro de algún culto, podrán establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria".

Este artículo, como varios otros, es claramente retrógrado e inquisitorial, además de contradictorio consigo mismo. Atenta contra la libertad de enseñanza, en sus importantes restricciones. La libertad de pensar, enseñar y aprender es un derecho fundamental que debe ser aceptado sin restricción alguna y con todas sus consecuencias. El Estado no puede, en justicia, entrometerse a juzgar cuáles ideas son verdaderas o falsas, buenas o malas. Las ideas no delinquen y no se debe castigar ni coartar a nadie en el derecho de profesar las que tenga por conveniente. Hacer lo contrario es característico de los tiranos. Los gobernantes de Méjico pueden pensar, como lo pienso yo mismo, que las ideas religiosas son erróneas y nocivas para la mente, pero no tenemos el derecho de perseguir policialmente a quienes las sustenten, porque sustentarias y enseñarlas no significa un daño *compulsivamente* hecho a terceros. También podemos opinar que es nocivo vivir de noche y dormir de día, (como lo practican voluntariamente muchas personas adineradas, y otras por necesidad) pero esa opinión no nos da derecho para enmendarlas por fuerza. Este respeto a la autonomía y responsabilidad individual lo quiere, para bien social, (aunque a algunos no se lo parezca) la verdadera ciencia política y, desde luego, el liberalismo.

Enseñar ideas religiosas puede ser más o menos acertado que enseñar ideas socialistas, anarquistas o liberales. Bien está que, mientras haya escuelas oficiales, se prescindan en éstas de unas y otras ideas; pero es inaceptable que el gobierno favorezca o persiga a tales o cuales de ellas si particularmente alguien quiere

enseñarlas y los padres pagar por que les sean enseñadas a sus hijos. Tan intolerancia fué perseguir a Ferrer por tener una escuela anarquista en Barcelona, como perseguir a quien desee tener una escuela católica en Méjico. ¿Es más perniciosa una escuela católica que una anarquista? Puede pensarse, como yo lo pienso, que ambas lo son; pero eso no es motivo para que los gobiernos intervengan en el asunto, a no ser para garantizar a los partidarios de esas ideas la libertad de enseñarlas y aprenderlas, en el caso de que alguien quisiera violentamente impedirlo. Si esas enseñanzas quisieran ser impuestas por la fuerza, ya sería otro cantar.

No es misión de los gobiernos ejercer tutela sobre lo que aprendan los ciudadanos y sus hijos. Tal vez la teoría de la Relatividad sea perturbadora para el progreso de las Matemáticas. ¿Ha de meterse el gobierno a impedir su enseñanza? En el mundo de las ideas las más verdaderas desalojan, tal vez lenta pero seguramente, a las menos convincentes. No es la policía y los jueces quienes están destruyendo las creencias religiosas, sino los paleontólogos, astrónomos y físicos. Esa lucha ideológica es un proceso que se cumple normalmente dentro de la amplia libertad. Si algunos o muchos hemos llegado a comprender que las ideas religiosas son erróneas (y tanto mejor si estamos en lo cierto) otros y todos al fin llegarán a comprenderlo. Opinando que son un error, lógico es que procuremos extirparlas, porque todo error es nocivo, y para eso tenemos a nuestra disposición el arma de la publicidad y persuasión; pero no podemos permitirnos la violencia. ¿Y si estuviésemos equivocados? ¿Acaso los inquisidores no creían de buena fe estar en lo cierto y hacer un gran servicio a los herejes quemando sus cuerpos para salvar sus almas y librar a otros del contagio?

La absoluta libertad de pensamiento es un axioma de la civilización, eficazmente comprobado por la experiencia; y es execrable cualquier atentado que sea llevado contra esa fundamental libertad, porque tal atentado es infinitamente más dañoso y fecundo en males directos e indirectos que consentir la propagación de las ideas que nos parezcan erróneas pues, al fin, si lo son, acabarán por extinguirse bastante pronto, si no les damos pábulos artificiales.

El Señor Ministro de Méjico en la Argentina ha informado inexactamente al público argentino sobre el alcance de la Constitución mejicana en ese punto.

"La instrucción primaria — dice —, las escuelas primarias no son establecimientos de investigación científica sino centros de

educación básica en los que se plasma el alma nacional y ciudadana de los niños.

"Si en la escuela no debe primar ningún culto, tampoco conviene a los fines nacionales de la revolución que los sacerdotes extranjeros de cualquier culto dirijan ninguna. Y de acuerdo con ese excelente principio, la Constitución prohíbe el ejercicio de la enseñanza primaria a los extranjeros. No significa eso un acto de intolerancia o de persecución religiosa, dado que los clérigos extranjeros pueden constitucionalmente intervenir sin limitaciones en todas las escuelas de instrucción superior, pues éstas sí son planteles de investigación científica". (Reportaje en "La Vanguardia", agosto 2 de 1926).

Hay evidente error en esta información, pues el citado art. 3.º establece que la enseñanza religiosa está prohibida en absoluto, fuera impartida por extranjeros o nativos, lo mismo en el orden primario que en el secundario o superior. La distinción entre sacerdotes nativos y extranjeros se refiere al ejercicio del ministerio de cualquier culto, pues, para ello, se requiere *ser mejicano por nacimiento* (art. 130).

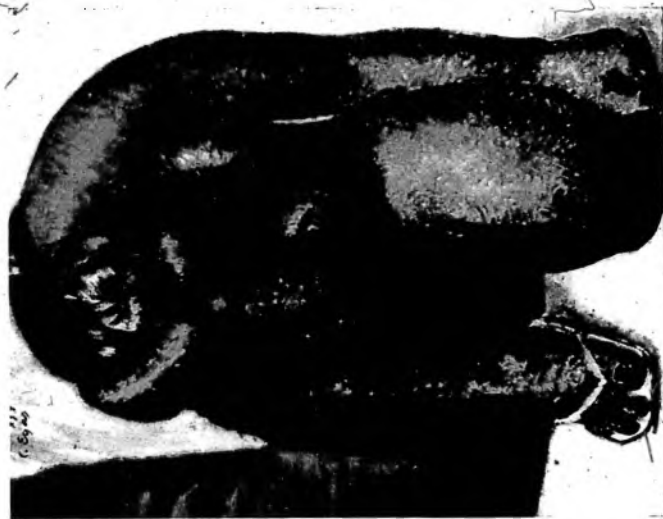
Estas disposiciones constitucionales están textualmente repetidas en los arts. 2.º y 1.º de la "Ley que reforma el Código Penal", dictada el 14 de julio de 1926 por el presidente Calles, según facultades que le concede (sic) el decreto del 7 de enero del mismo año. (Transcripta en "La Vanguardia", Bs. Aires, ag. 15 de 1926).

Un proyecto de ley presentado el 7 de noviembre último por el presidente Calles al Congreso, faculta, durante seis años, para practicar y tener ministros de su culto a las colectividades extranjeras que *no sean de habla castellana*; contradicción oportunista que obedece, sin duda, al propósito de agradar a las iglesias protestantes norteamericanas.

De modo, pues, que aunque puedan los religiosos establecer y dirigir escuelas secundarias o superiores, *también en ellas está prohibido dictar enseñanza religiosa*.

Pero aunque fuera libre la enseñanza religiosa en los institutos superiores oficiales o particulares, el principio de libertad estaría igualmente infringido. Si, por acaso, se lograra en tales institutos demostrar a sus alumnos la razón y conveniencia de las creencias religiosas, ¿cómo podrían llegar al pueblo eficazmente, estando absolutamente prohibida su enseñanza en las escuelas elementales y secundarias?

Tampoco podría justificarse el *chauvinismo*, (más extraño en una república que se dice socialista y, por lo tanto, de filiación internacionalista) que pretendiera calificar las capacidades docentes por el lugar de nacimiento de los maestros.



Canto Eras Desnudo.



Canto Eras Inoposo.

La imposición de la enseñanza oficial en ese punto, y nada más que de ella, está consignada en el art. 31 de la nueva Constitución. Al tratar el correlativo de la antigua sobre los deberes de los mejicanos, establecía los de defender la Patria y pagar los impuestos. La nueva en cambio establece antes de ellos la obligación de "hacer que sus hijos o pupilos menores de quince años *concurran a las escuelas públicas o privadas*, para obtener la educación primaria elemental *y militar*, durante el tiempo que marque la ley de Instrucción Pública en cada Estado".

De modo pues que a los padres creyentes en la religión se les impide para sus hijos la enseñanza que quieren y se les impone la que no quieren. ¡Y viva la libertad! Méjico ha vuelto a la Edad Media en la que se prohibía el arrianismo y se imponía el catecismo. Mussolini no há retrocedido tanto, pues impone el crucifijo y el catecismo solamente en las escuelas oficiales.

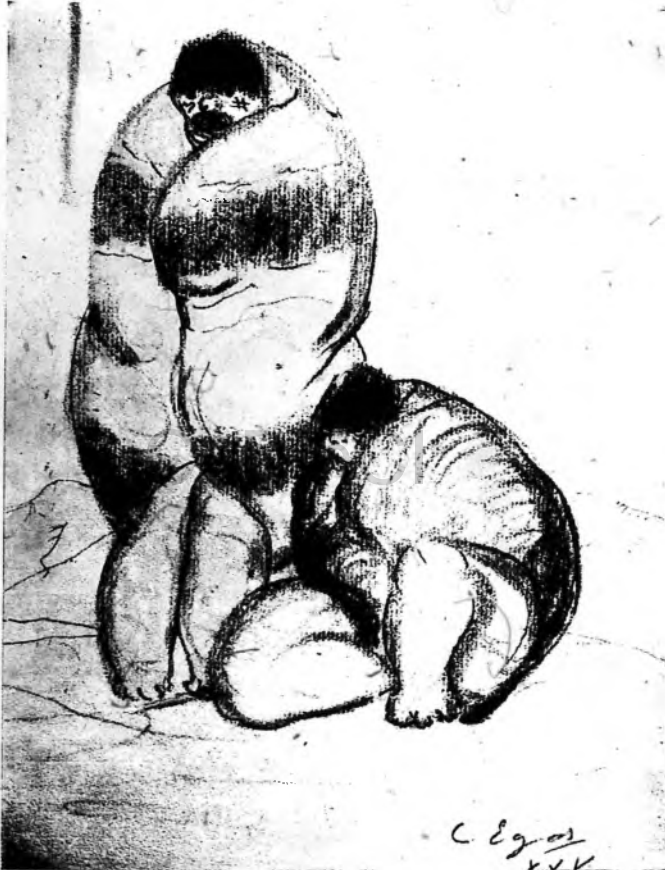
LAS PROPIEDADES ECLESIASTICAS.

Dentro del atraso usual en aquel tiempo sobre los pricipios de ciencia económica referentes a la propiedad de la tierra (aun cuando ya Spencer, en 1850, había publicado su "*Estática Social*") los congresales mejicanos que reformaron la Constitución en 1873, resolvieron pasablemente, y con criterio liberal, el asunto de las propiedades eclesiásticas. Comprendieron que la acumulación de "manos muertas" en una institución permanente como la Iglesia, que no da lugar a particiones hereditarias, llevaba a la absorción de todo el territorio del país, lo cual es evidentemente intolerable y absurdo.

Faltaba a los congresales el conocimiento de la esencial distinción que cabe hacer entre la *tierra* y la *riqueza*, o sea entre la tierra y lo que se asienta *producido* sobre ella, y no podían fácilmente atisbar que el peligro de las "manos muertas" consiste en la apropiación de la tierra y no en la de templos u otros edificios. No disociando uno y otro concepto económico, los englobaban en el de "propiedad raíz", como, según los códigos civiles vigentes, salvo el ruso, los engloba hoy la gente no enterada de los progresos de la ciencia económica.

Dentro, pues, de tal limitación de conocimientos, la reforma de 1873 decía:

Art. 3.º — Ninguna institución religiosa puede adquirir bienes raíces ni capitales impuestos sobre éstos, con la sola excepción establecida en el art. 27 (edificios destinados inmediata y directamente al servicio u objeto de la institución).



CAMILO EGAN: Dibujo.

Se eliminaba así, por lo menos, el gran peligro del acapamiento de campos y edificios de renta que, con su acumulación y valorización, debida al trabajo del pueblo, constituía un privilegio que, si es monstruoso en manos de particulares, mucho más lo es en las de una institución que indefinidamente podía adquirir propiedades y no acostumbra desprenderse de ellas.

No sabiendo que la solución precisa consiste en quitar a todos los individuos e instituciones particulares la propiedad de la tierra y hacerles pagar renta al Estado por las porciones que ocupen, sin por ello cercenar el derecho de propiedad sobre edificios u otras mejoras, la solución dada en ese artículo era relativamente aceptable por el momento.

Por el contrario, la nueva Constitución es también en eso extremada e incongruente, en el afán de poner bajo leyes de excepción a los religiosos.

"Las asociaciones religiosas — dice el art. 27, ap. II — denominadas iglesias, cualquiera que sea su credo, no podrán en ningún caso tener capacidad para adquirir, poseer o administrar bienes raíces, ni capitales impuestos sobre ellos; los que tuvieran actualmente, por sí o por interpósita persona, entrarán al dominio de la Nación, concediéndose acción popular para denunciar los bienes que se hallaren en tal caso. La prueba de presunciones será bastante para declarar fundada la denuncia. Los templos destinados al culto público son de propiedad de la Nación, representada por el Gobierno Federal, quien determinará los que deben continuar destinados a su objeto. Los obispados, seminarios, asilos o colegios de asociaciones religiosas, conventos o cualquier otro edificio que hubiere sido construido o destinado a la administración, propaganda o enseñanza de un culto religioso, pasarán desde luego, de pleno derecho, al dominio directo de la Nación, para destinarse exclusivamente a servicios públicos...

...Los templos que en lo sucesivo se erigieren para el culto público serán propiedad de la Nación".

Esto significa que no sólo todos los edificios existentes le han sido confiscados al clero sino que si un particular construye a sus expensas una capilla y quiere donársela a la Iglesia, no podrá ésta recibirla. En cambio si quiere construir y donar un templo masónico, como no es "culto público", puede hacerlo. ¿Por qué razón? A gentes que no reconocen los derechos del hombre, les bastará contestar que porque así se les antoja.

LA EXCLUSIÓN DE SACERDOTES EXTRANJEROS.

El carácter *chauvinista* de la nueva Constitución mejicana se ceba en los religiosos extranjeros más aún que en los nativos,

pero no vaya a creerse que sólo persigue a los extranjeros portadores de hábitos.

La Constitución de 1857 estatúa para los extranjeros en general, en su artículo 33, que tienen derechos a las garantías constitucionales, "salva, en todo caso, la facultad que el gobierno tiene para expeler al extranjero pernicioso". Esto dejaba lugar, naturalmente, a la defensa en proceso judicial.

Pero la Constitución de 1917 no se anda con miramientos. Dice que los extranjeros tienen derecho a las garantías (no muchas) que otorga la Constitución,

"pero el Ejecutivo de la Unión tendrá la facultad de hacer abandonar el territorio nacional, inmediatamente y sin necesidad de juicio previo, a todo extranjero cuya permanencia juzgue inconveniente".

El dictatorialismo de esta disposición no necesita comentario. Aquí, en la Argentina, hubo una semejante Ley de residencia, dictada a despecho de toda ciencia política y de la Constitución nacional, pero ya ha sido derogada. La Constitución argentina, al menos, en ningún momento fué profanada con tal clase de odiosas disposiciones. Pero sepan los liberales y socialistas argentinos que la ley de residencia figura incorporada en la "hermosa constitución mejicana".

En este punto, como en tantos otros, la nueva constitución es atentatoria a los derechos esenciales del hombre, pues ninguna constitución verdaderamente liberal cercena los derechos civiles de los habitantes, por motivo de su lugar de nacimiento. Aquella en cambio, en su artículo 27 excluye a los extranjeros del derecho de adquirir tierras en Méjico, mientras lo consiente a los mejicanos. La buena doctrina sería prohibirlo a unos y a otros pero, de todos modos, la peor es hacer excepciones en favor de los unos y en perjuicio de los otros. Exceptúa también a los extranjeros para obtener concesiones de explotación de minas, aguas o combustibles minerales, cuando hasta en Rusia se va prescindiendo de tal exclusión.

Para los sacerdotes extranjeros la exclusión es terminante en el artículo 130, según he dicho:

"Para ejercer en Méjico el ministerio de cualquier culto, se necesita ser mejicano por nacimiento".

RESTRICCIÓN DE DERECHOS INDIVIDUALES A LOS RELIGIOSOS EN GENERAL.

Deseo intercalar que hay en Méjico dos disposiciones constitucionales, referentes al clero, que considero dignas de plena aprobación. Una de ellas es la que ya figuraba en la Constitución antigua, diciendo:

Art. 5.º — ...El Estado no puede permitir que se lleve a efecto ningún contrato o convenio que tenga por objeto el menoscabo, la pérdida o el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre, ya sea por causa de trabajo, de educación o de voto religioso. La ley, en consecuencia, no reconoce órdenes monásticas ni puede permitir su establecimiento, cualquiera que sea la denominación u objeto con que pretendan erigirse. Tampoco puede admitirse convenio en que el hombre pacte su proscripción o su destierro".

Es una sabia y bien liberal disposición, destinada a evitar que, por imprudencia, enajene el hombre perpetuamente su inalienable derecho a la libertad.

Otra acertada disposición, introducida en la nueva Constitución, es la siguiente:

"Los ministros de los cultos serán considerados como personas que ejercen una profesión".

Pero la inadvertencia de los autores de esta innovación se revela en no haber comprendido que esa situación de profesionales señalada a los clérigos, implica contradicción con las abundantes y especiales restricciones a que se les somete, pues no debieran ser sujetos, como se añade en el artículo "a las leyes que sobre la materia se dicten", porque ninguna corresponde dictar que no encuadre en las amplias facultades inherentes al ejercicio de cualquier otra profesión no delictuosa. Siempre sale que la Constitución vigente en Méjico, además de equivocada y abusiva, es contradictoria consigo misma. ¿O es que puede declararse profesión delictuosa la de impartir pacíficamente una enseñanza o realizar inofensivas ceremonias?

Dice en su art. 6.º, conservado de la antigua:

"La manifestación de ideas no será objeto de ninguna inquisición judicial o administrativa, sino en el caso de que ataque la moral, los derechos de tercero, provoque algún delito, o perturbe el orden público".

Sin embargo, el artículo 130 establece:

"Los ministros de los cultos nunca podrán en reunión pública o privada constituida en junta, ni en actos del culto o de propaganda religiosa, hacer críticas de las leyes fundamentales del país, o en general del Gobierno; no tendrán voto activo ni pasivo, ni derecho para asociarse con fines políticos..." Las publicaciones periódicas de carácter confesional, ya sea por su programa, por su título o simplemente por sus tendencias ordinarias, no podrán comentar asuntos políticos nacionales ni informar sobre actos de las autoridades del país o de particulares que se relacionen directamente con el funcionamiento de las instituciones públicas. Queda estrictamente prohibida la formación de toda clase de agrupaciones políticas cuyo título tenga alguna palabra o indicación cualquiera que se relacione con alguna confesión religiosa".

Toda esta sectaria persecución, abierta a innumerables arbitrariedades del poder, significa sencillamente que ella es un capítulo más de la abominable ola de tiranía que ha caído sobre las naciones civilizadas, de la que algunas, como la Argentina más que cualquiera otra, han sabido permanecer indemnes, como ejemplo bien visible de que la antorcha de la Libertad no será apagada, por más que los charlatanescos Mussolinis se jacten de haber pisoteado su "cuerpo putrefacto".

Así vemos con dolor, pero no con desesperanza, el oscuro fangal de retroceso en que Méjico, como Italia, España, Rusia y otros pueblos se hallan más o menos sumergidos, siquiera temporalmente.

¿Qué diferencia hay entre las opresoras normas constitucionales que acabo de copiar y las arbitrariedades efectivas de que en estos tiempos recibimos frecuente información, como éstas que a continuación transcribo:?

VALENCIA, 30 de junio. — ...el presidente del Consejo, general Primo de Rivera, pronunció un discurso en el Teatro Principal, con motivo del reparto de premios a los alumnos de las escuelas fundadas por la Unión Patriótica.

El marqués de Estella dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

"En adelante, quienes expongan ideas opuestas a las por fortuna imperantes y dificulten la obra de reconstrucción a que nos dedicamos, serán castigados en su persona y en sus bienes".

Afirmó luego que han sido declarados cesantes once funcionarios del Estado y que lo serán otros, hasta mil si fuese necesario, por no ser afectos al Gobierno.

REVAL, 5. — Informaciones recibidas de Moscú dan cuenta de que los comisarios de los soviets se sienten alarmados por el espíritu y efervescencia que reina entre los elementos del ejército y la marina.

Agregan las informaciones que las autoridades soviéticas procedieron a la detención del director y del personal de un órgano de publicidad por haber publicado artículos en los que se critica al Comité ejecutivo de los soviets... El Consejo dispone de plenos poderes para detener a todo comunista, cualquiera sea su situación dentro del actual régimen, *que demuestre tendencias a la crítica o rebelión contra el gobierno*". — ("La Vanguardia", agosto 6).

BERLIN, 5. — Los monárquicos alemanes proyectan la impresión de una película cinematográfica de propaganda, cuyo argumento tendrá por base la figura de la Kaiserina, exponiendo el pasado del Reich... Si bien no ha sido impresa aún la primera escena de la película, la prensa republicana declara que debe ser considerada *lo mismo que las películas cinematográficas comunistas de propaganda* y, en tal carácter, como *peligrosa para la República* y, por consiguiente, suprimida".

MEJICO, agosto 15. — El señor Ortega anunció que el Ministerio de Justicia espera aceptar en breve la renuncia de cualquier funcionario que no estuviese de acuerdo con la política de cultos que sigue el Gobierno.

Recientemente envió el señor Ortega una circular a todos los empleados pidiéndoles una declaración acerca de su actitud con respecto a dicha política y con la indicación de que su renuncia debe acompañar a la respuesta si no estuviesen de acuerdo con el Gobierno. En los casos en que las apreciaciones apoyen al Gobierno la renuncia no será aceptada, siéndolo, en cambio, cuando la respuesta sea adversa".

Tódo eso es la misma extorsiva tiranía, igual a la que nuestro país sufrió durante la época de Rosas; todo es el mismo temor a la libre expresión de las opiniones. Sea en nombre de la Monarquía, de la Patria, del Soviet o de la República, se agarrota el más indispensable y elemental derecho de opinar y publicar las opiniones.

No se diga que hablo en nombre de una utópica abstracción, incompatible con legítimas realidades. Defiendo un principio positivo y práctico. Donde quiera que las instituciones se consideran en peligro ante la libertad de pensar, es porque dichas instituciones son falsas y anacrónicas. Me basta oponer como ejemplo experimental las de la República Argentina, a la que Méjico y muchas otras naciones deben, para su bien y su progreso, tomar como modelo. Aquí la libertad de pensamiento es absoluta para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino. Aquí las instituciones, aunque imperfectas y perfectibles, son lo suficientemente exactas en sus esenciales bases científicas como para sobrellevar fácilmente cualquier género de críticas, y para aprovecharlas con fines de mayor perfeccionamiento. Los hombres que mejor sabemos comprender la real solidez de los princi-

pios que informan nuestra Constitución, no nos inquietamos por la diversidad o perturbación de las ideas que conmueven y alarman a otros pueblos menos bien constituídos. Nuestra organización política se ha demostrado ampliamente capaz de digerirlas, de asimilar lo verdadero y útil y eliminar lo erróneo y perjudicial.

Estamos para aprender en los libros y la experiencia, pero apenas en situación de tomar ejemplo de otras naciones, desgraciadamente para ellas. Son ellas, y muy particularmente Méjico las que habrán de tomar ejemplos de nosotros, enmendándose sus hombres directivos de la ofuscación que actualmente padecen.

Me explico que el Sr. Ministro de Méjico en la Argentina haya manifestado que "la revolución triunfante tiene en su base un programa de realizaciones socialistas". Pero afirmo que es un diametral error considerarlas como *realizaciones liberales*, y que han incurrido en él impremeditadamente algunos intelectuales argentinos que, creyendo hacerlo desde un punto de vista liberal, se solidarizaron con los actos persecutorios del gobierno mejicano.

Buenos Aires, octubre de 1926.

CeDInCI





POIESIS

POR

ANÍBAL SÁNCHEZ REULET

ARTE Y TÉCNICA

La realidad del artista es creada por su yo. Fuera de él sólo existen trozos dispersos de sensaciones. La vida se elabora sobre datos externos, huéspedes de la conciencia; pero hay un trabajo interior, oculto detrás de los sentidos. Nace la intuición y se escapa por las miradas, cómplices de la nueva existencia. Se transforma en expresión. Así aparece el arte.

El vehículo de la expresión es la técnica. El arte se crucifica dentro de la técnica, como los paisajes en los cuadros.

La técnica no es arte. Afirmación definidora y negación eterna. En el artista, obedece a dos impulsos vitales: inteligencia e intuición. La inteligencia inventa el mecanismo y la intuición acomoda al arte en las cuatro paredes de la técnica. Se consigue un ajuste perfecto, un arte viviente que pertenece a todas las conciencias. Hasta entonces, era del artista.

Con el esfuerzo intelectual, sin necesidad de la intuición, se puede fabricar la técnica, aislada del arte. Ahí están, plantados en la historia Boileau que regala reglas y Boscán divulgando endecasílabos castellanos. Ni Boileau hizo tragedias con sus tres unidades, ni Boscán poesía. Fueron esteticistas de segunda mano, creadores de técnicas. Luego vienen Racine y Garcilaso que se sirven de aquellos instrumentos como de perchas para colgar sus intuiciones.

Pero, toda gran obra de arte, todo artista verdadero, habla un lenguaje único, el idioma propio.

MATEMÁTICA DE LA TÉCNICA

La técnica se simplifica y llega a su enunciación matemática. Toda técnica se expresa por una fórmula. La fórmula es relación de cantidad y al establecer cantidad tenemos la primera noción de las cosas.

La técnica del verso, regular o irregular, obedece a funciones matemáticas fijas o variables. Ese es el secreto del ritmo. La escultura y la arquitectura son artes del volumen. Se han afirmado en el espacio para alegría de los hombres y están sujetas a proporciones fijas.

La música es relación de sonidos y cada sonido es un número. La fórmula de Beethoven no es de Debussy, no es de Mussorgski, no es de Stravinski. Los rusos plantearon por primera vez el problema, cansados de un arte ruso a la alemana. Su armonía tiene la base matemática de su melodía. Las matemáticas nos dicen que crear nuevos sonidos no es milagro del otro barrio.

En particular, la perspectiva pictórica occidental obedece a la geometría. ¡Pero las fórmulas se descubren a posteriori!

El arte, en cambio, no se somete a la cantidad. Huye de ella y de las leyes biológicas. Por eso no hay arte que progresa, arte cerebral, arte aprendido. Nace de procesos que ignoramos. Vive en un plano superior a donde no llegan nuestras miradas.

DEFINICIÓN DE LA ARQUITECTURA.

Sin pretensiones retóricas afirmo que hay artes puras desinteresadas y artes prácticas, utilitarias. Al decir, artes prácticas, pienso en la pobreza ideológica de los diccionarios que confunden artista con artesano.

La arquitectura es un arte práctica situada entre dos centros: lo útil y lo bello. Lo útil no es, como se cree, condición de belleza; es cálculo frío, adaptación a fines. Entra por la inteligencia. Lo bello, es dognático, se nos cuela por todas partes.

En el cálculo no hay concepción artística. No hay arte, no hay arquitectura. Se necesita un elemento unificador y la expresión se hace esencial.

La matemática rige. El artista, en cambio, construye.

Los egipcios y los aztecas eran de una misma estirpe intelectual. Medían las imágenes con la unidad de la intuición. Por eso hay grandiosidad en sus piedras.

El problema de las artes prácticas está planteado. La arquitectura es el equilibrio de lo útil y lo bello.

BARROQUISMO.

El rebuscamiento de la belleza termina en el barroquismo; en el adorno de hojas de acanto y volutas jónicas; en el Renacimiento, la gran catástrofe, que descubre lo romano, nunca lo griego, y en tierra los ideales de la Edad Media. El barroquismo nos aparta de las formas puras. La técnica se hace compleja, deja de ser manuable. Nos lanzamos en el ingeniosismo y en la pesadez infinita del adorno.

Cierta arquitectura, muy siglo XX, ha inventado un barroquismo de volúmenes. Muros cortados y cubos en situación apurada de derrumbe. Conjuntos confusos. ¿Y el cálculo? Forma parte de las grandes teorías

LA CRISIS DEL ESPÍRITU.

En mi afán admirativo he descubierto que Paul Valéry es el único ejemplo de claridad espiritual. Simboliza el pensamiento francés. Es el hombre donde las ideas caen de un solo modo: el verdadero. Basta de Apollinaire, Morand, Giraudoux y los otros.

Paul Valéry anuncia la crisis del espíritu. El arte occidental deja de ser preocupación trascendente. Vaga por espacios inventados, nunca sentidos. Junto con el arte desaparece todo lo trascendente. Para desgracia de Borges no habrá ni arte, ni metafísica, ni religión criolla. Alabo sus esperanzas. Arte de minorías es arte asexual. Nos sumimos en la trivialidad proustiana.

Una civilización sin preocupaciones trascendentales, sin curiosidad filosófica, sin arte, es una matemática sin cantidades.

La cultura se considera un juego inútil, porque la cultura explica, no fabrica como la máquina.

No interesa el *porqué*. ¿Es o no es útil?

La decadencia es una adivinanza. Esta crisis es un síntoma de la decadencia.



EL ESTUDIO DE EGAS

FOR

RAÚL ANDRADE

EL estudio de Egas es un haz de naturalezas muertas. Mi sombrero, mis guantes, mi bastón, una baraja de poker, un cenicero lleno de colillas y el cráneo disecado de un mico de la floresta oriental.

Cuatro tomos de Shakespeare empastados en rojo, una porcelana de procedencia desconocida, un mate jíbaro esmaltado y el retrato de Gonzalo Zaldumbide. Más allá, un tablero de ajedrez y ocho manos alrededor, un cigarrillo de *boute doré*, humeando en cada mano izquierda. Luego unos zuecos holandeses comprados en una quincallería de las Islas Azores, una pistola de culata labrada y cañón sexagonal — una de esas pistolas que sirvieron para que

Larra se pegue un tiro y que hoy sólo se ven en las utilerías de ópera — y una bandeja llena de frutas tropicales.

Se respira un cosmopolitismo de álbum de estampillas.

Poco a poco, sobre la rápida visión de las naturalezas muertas, surgen: el rostro descolorido y gris de Egas — el mechón de la genialidad cuelga como un ahorcado sobre las cejas — la belleza hierática y dorada de la *femme de peintre* — y lo escribo en francés porque la *esposa del pintor* sonaría a crónica social — y el perfil de lechuza, agrio y huraño del caricaturista Latorre.

Todo adquiere en el taller de Egas apariencia de croquis de obra maestra por hacer. Al pie de cada rincón podría ponerse título.

Con su sabor árido de vida cavernaria y bestial, se inclinan sobre nuestra cabeza "Tres indios ante la máscara del Sol". Hundiendo sus zarpas en la arena, arañando el camino se aleja la "Caravana de Otavalo" y en un rincón acecha, parapetada en el nirvana de su idiotéz, la ráfaga vengadora y odiosa de una *Cabeza de Indio*.

CeDInCI*

La estufa del estudio de Egas, es un amigo al que no se puede olvidar. Una estufa en el trópico...

En el estudio oscuro, la luz de la fogata tiende lazos. Evoco los descansos de Sherlock Holmes, su gorro a cuadros, su bata de casa, sus pantuflas. También las trágicas madrugadas, sin otro abrigo que los hombros flacos.

Noches de la Rotonda. Foujita, con kimono rosado, ceremonioso y japonés como una estampa de Okusai, toma una taza de manzanilla. Le Scouezec con botas de montar pide órdenes para Tombocú, mientras Ismael de la Serna tamborilea un aire sevillano. Las quenas de tres tocadores peruanos, trazan en el silencio nieves de lejanos picachos andinos, llamas altivas y aristocráticas, ponchos de indios que soplan el rondador y hacen llorar a la Noche, como a una provinciana conmovida.

Sopla una ráfaga del Sena, en tanto, camino de las fortificaciones, se alejan los pañuelos rojos de una pareja de apaches,



CAMILO EGAS: Danza jibara (dibujo)

reproduciendo los dibujos que publicaban las revistas americanas antes de la guerra.

*

—No valía la pena de que hagas tanto viaje a Europa, para que sigas pintando indios...

Habla un muchacho *bien*, que vivió en París algún día y se hizo inteligente y culto a fuerza de leer libros de Pablo Bourget. Exclamación sincera de mundano elegante, que ha preguntado en vano por los cabarets más célebres de la ribera izquierda: *El Gato Negro, La Rata Muerta y El Libertino*; a quien las sensaciones más fuertes de París se la dieron el proceso Landrú y la tragedia de la Mata-Hari, inteligente de salón, que adorna las paredes de la *garçonière* con reproducciones en tamaño postal de los cráneos de Beltrán Masses y estampas recortadas de la "Vie Parisienne".

Quizás también guarda otro reproche para Egas, por no haber traído los últimos modelos en ropa de calle, en vicios exóticos y en ademanes de decadencia bizantina.

CeDInCI

*

El estudio — sobre una plazoleta urbana —, la estufa, Egas, Mme. Egas, Latorre, las naturalezas muertas y yo, damos una sensación de *estar en otra parte*. De una taberna próxima, sale el rumor de una fiesta india, mientras una gangosa voz de ciego, canta melancólicamente este aire simbólico y popular:

"Imbabura de mi vida
tierra donde yo nací,
tú eres madre para otros
y madrastra para mí."

Quito, mayo de 1926.



TEATRO SINTÉTICO

DRAMA ROSISTA CON HÉROE AUSENTE

FOR

ANÍBAL SANCHEZ REULET

ESCENA I. — Cocina ahumada. Fogón iluminado de rojo. En un banco, el sargento. Un negro soldado sirve mates. Detrás de las ventanas y colándose por la puerta, una noche con pocas estrellas.

SARGENTO (*viendo Mejor al comandante, alegre*). — Salú, comandante.

COMANDANTE (*entrando, pensativo*). — ¿Qué tal, sargento?

SARGENTO. — ¿Hay nuevas?

(El comandante camina despacio; se sienta cerca del sargento; toma el mate).

COMANDANTE. — Pocas.

SARGENTO. — ¿Cayeron en la pialada?

(El comandante tiene pocos deseos de hablar).

COMANDANTE. — Era adentrada la noche cuando hicieron la recorrida.

SARGENTO. — Ajá. ¿Y qué?

COMANDANTE. — Agarraron a uno.

SARGENTO. — Así lo esperaba.

COMANDANTE. — ¿Qué dice?

SARGENTO (*dudando*). — Nada. Pero... no me explico lo de Don Pancho. ¿Pa qué escondía el unitario?

COMANDANTE (*con embarazo*). — Hay cosas que no se dicen, sargento.

SARGENTO (*en tono amistoso*). — ¿Entre nosotros, secretos, amigo?

(El soldado negro va hacia la puerta y se sienta bajo la noche).

COMANDANTE (*mirando a su alrededor acerca el banco hacia el sargento*). — (*Con reserva*). Dicen que Don Pancho era novio de Inés. (*Bajando la voz*). Doña Manuélita no lo sabe...

SARGENTO. — ¡Aura!

COMANDANTE. — Tenía una deuda con el unitario. Iban a ser parientes.

SARGENTO. — Ajá.

COMANDANTE (*arrepentido*). — No chismosee, amigo. La vida... (*Entra el soldado negro*).

SARGENTO (*con tristeza*). — Quién dijera. Lo qu'es el distinto.

COMANDANTE (*queriendo explicar*). — Cuando uno cae en desgracia.

SARGENTO (*bajando la voz, mientras sirve el mate*). — Y su esclensia ¿qué dice?

COMANDANTE. — Mañana... a la tardecita.

(El negro, después de dar el mate al sargento, vuelve a ocupar su lugar en la noche. El sargento va hacia la puerta).

COMANDANTE (*murmurando, como con miedo*). — ¡Maldita suerte!

Telón

ESCENA II. — Habitación con rojo en las paredes y en la alfombra. Manuelita cose en un sillón, cerca de una gran mesa. Entra un ama negra.

EL AMA. — Niña, Inesita la quiere ver.

MANUELITA (*dejando la costura*). — Dejála pasar.

INÉS. — Buen día, Manuelita.

MANUELITA. — ¿Qué te pasa, m'hija?

INÉS. — ¡Vengo por ayuda!

MANUELITA. — Sentáte. (*Inés se sienta*). Aquí me tenés. ¿Acaso tu hermano?...

INÉS (*con vacilación*). — No, algo más.

MANUELITA (*extrañada*). — Pero, contá.

INÉS (*en voz baja*). — Ayer fueron los mazorqueros.

MANUELITA. — ¿Qué? (*disgustada*). ¿Adónde?

INÉS. — A la casa donde estaba mi hermano.

MANUELITA. — ¿Y él?

INÉS (*cada vez más despacio*). — Salió por el río.

MANUELITA. — ¿Entonces?...

(Inés baja la cabeza. Hay silencio en la habitación roja).

MANUELITA (*enérgica*). — ¿Quién fué el encubridor?

INÉS (*palideciendo*). — Don Pancho.

MANUELITA (*dudando*). — ¿Quién?

INÉS (*haciendo un esfuerzo*). — El mismo.

MANUELITA (*cambiando de voz, con firmeza*). — ¿A qué venís?

INÉS (*recobrando energías*). — Vengo por él.

MANUELITA (*sin contener su emoción*). — ¿Qué hay entre vos y él?

INÉS (*silabeando*). — Es...ta...mos...

MANUELITA (*domina un grito. Va no mira a su amiga*). — Te prometo.

(Inés se alegra, quiere agradecer y no puede).

MANUELITA. — Andá tranquila.

(Inés agradece sin palabras. Se va con rapidez).

(Manuelita oculta su cara. Entra el ama).

AMA. — ¿Qué pasa, niña?

MANUELITA (*dominándose*). — Nada.

AMA. — La niña llora (*con insistencia*).

MANUELITA. — No, si no es nada.

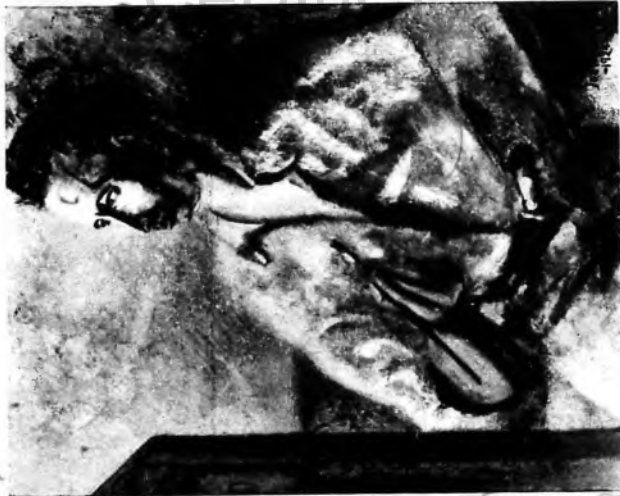
AMA. — ¿Por qué llora?



JUAN SUNYER: El Ermitaño.



JUAN SUYRAS: Puyas Malorquina.



JUAN SUYRAS: Retrato del pintor Sebastián Sanjaer.

MANUELITA (*coyendo sobre la mesa*). — Como para no llorar. El no podía querer a dos mujeres.

Telón

ESCENA III. — Palermo al fondo. Tarde. Pasa un piquete de soldados cantando y riendo:

Viola y violón
Viva la santa
Federación...

Se pierden las voces. Un cura camina despacio y reza entre los árboles.

Telón





LIBROS

ENRIQUE BUTTY, profesor suplente de las Universidades Nacionales de Buenos Aires y La Plata.—*Introducción Filosófica a las Teorías de la Relatividad*. — Buenos Aires. L. J. Rosso y Cia., Impresores. Belgrano 475. 1924.

El señor Butty ha planeado este trabajo como una introducción al estudio de la teoría de la Relatividad. La preocupación filosófica del autor, su examen de diversas cuestiones gnoseológicas relacionadas con la ciencia, son la primera manifestación entre nosotros de la vocación epistemológica de la época actual, que logra resultados tan sugestivos como los de Meyerson en Francia y los de Rickert y Köhler en Alemania.

El libro es en lo esencial una teoría del conocimiento científico. Lo nuevo del intento en el país, la competencia del señor Butty en su especialidad y la magnitud del esfuerzo realizado, son elementos de juicio que han de tenerse en cuenta para la apreciación de este trabajo; en general, y sin perjuicio de discrepar con él en muchos puntos de vista, sólo alabanzas merece. Y seguramente es un excelente auxiliar para quien desee comprender la teoría de Einstein.

Comienza el señor Butty planteándose el problema del conocimiento en su más amplia generalidad; titula esta parte *Ensayo de Teoría del conocimiento científico desde el punto de vista de los principios de relatividad*. Pero una teoría, aunque sea un ensayo de teoría, es algo más que el planteo del problema correspondiente — y el señor Butty apenas si se plantea el suyo.

Para él, la conciencia no es sino la totalidad "siempre cambiante" de lo que llama "símbolos de conciencia", es decir, de las "representaciones conscientes" de los objetos. A pesar de lo de "siempre cambiante", estamos en presencia de una interpretación singularmente pasiva y estática de la conciencia, donde se desconoce la función por excelencia del espíritu, la función sintética, que en lo gnoseológico determina la doctrina kantiana del conocimiento, y que se ha impuesto en psicología, sobre todo en los últimos años,

hasta revolucionar las ideas corrientes sobre los fenómenos intelectuales. La nueva psicología del pensamiento no acepta que las imágenes y en general los elementos representativos desempeñen un papel en el pensamiento como tal, y se opone resueltamente a las teorías asociacionistas o, como dicen, "atomistas" (atomismo psicológico), no en nombre de una suposición o deducción más o menos justificada, sino interpretando laboriosas experiencias efectuadas con la mayor minuciosidad. Ante estos resultados, son precisamente las teorías asociacionistas y atomistas las que se revelan como forjadas arbitrariamente, porque parecían "las más lógicas", "las más naturales", y no porque la experiencia saliera fiadora de ellas.

La conciencia, para el autor, es el conjunto ordenado de "símbolos de conciencia"; estos son las "representaciones conscientes" producidas por sensaciones y percepciones combinadas con juicios y conceptos que aquellas suscitan por semejanza y asociación. Los elementos representativos, pues, son casi todo; las relaciones, la ordenación, poca cosa. Profesa así un sensualismo a la manera de Condillac, sin intentar resolver el problema, sin preguntarse cómo se pasa de la mera receptividad al conocimiento. Y sin un conato de dar este paso, ni aun dentro del sensualismo más ortodoxo hay teoría del conocimiento. Vuelvo a mi afirmación de más arriba: El señor Butty apenas si se plantea sumariadamente la cuestión, y de ninguna manera procura resolverla. El problema para Locke, por ejemplo, era ver cómo en el "white paper void of all characters" se inscribía al fin la frase plena de sentido; para Condillac, mostrar cómo la estatua llegaba a convertirse en hombre. Ambos parten, como el señor Butty, de la pura receptividad, pero trataban de llegar a otra cosa, al conocer, a la espontaneidad espiritual, a la realidad actual de la conciencia; si llegaban o no, es otro asunto, y basta recordar a Hume, donde este empirismo halla juntamente su perfección y su disolución, para comprender lo errado del camino... por el cual el señor Butty parece dispuesto a emprender la marcha, pero sin moverse en realidad de su sitio.

La definición de "símbolo de conciencia" de pág. 28 la amplía el autor a pág. 64 en manera que constituye una definición nueva. Primero llama símbolos de conciencia a las "representaciones conscientes" de los objetos, a la forma en que los objetos aparecen en nosotros o se dan en la conciencia; después dice que comprende bajo esta denominación de símbolo de conciencia "toda la serie de elementos más o menos complejos que van desde la simple percepción sensible hasta el concepto". La misma impropiedad en la terminología y en la definición hallamos en la definición del juicio (pág. 43): "Una relación, una combinación" entre varias representaciones o símbolos de conciencia, donde la caracterización del hecho lógico fundamental es en extremo insuficiente pues se desconoce o se olvida lo propio y esencial en él, el momento afirmativo, la conciencia de la necesidad de la relación. Y sin esto puede haber relación, pero no juicio. Una combinación aritmética es una combinación, y no es un juicio. "Córdoba y Mendoza son provincias argentinas" es un juicio porque afirmo algo, porque tengo la conciencia de la necesidad de la relación entre los conceptos "Córdoba y Mendoza" y el ser provincias argentinas; pero "Córdoba y Mendoza" es también una relación, una combinación de conceptos, y no es juicio.

Sin desconocer el derecho de cada uno a plantearse las cuestiones como mejor le parezca, puede ahora ponerse un reparo a la concepción del libro. En rigor, una filosofía del conocimiento científico empieza donde termina la teoría general del conocimiento; puede, pues, prescindir de esta última, o por

lo menos de su problema global. Aquí el señor Butty ha querido dar más de lo necesario para la clara inteligencia de la doctrina einsteiniana, y ha caído en las dificultades gravísimas de todo intento gnoseológico. En cambio, el conocimiento científico tiene sus problemas propios, que no se tratan a fondo en el libro comentado, aunque este sea el propósito confesado de una de sus partes. El teórico del conocimiento científico debe decirnos qué es la ciencia, y es preciso comenzar por sentar si lo explicará lógicamente, diciendo normativamente "la ciencia debe ser...", o analizará las grandes construcciones dadas históricamente que son las ciencias particulares, y nos dirá después: "las ciencias son tal cosa". Debe enseñarnos qué son la causa y la ley; de qué métodos dispone y si agotan la realidad dada en sus esquemas, o aquella rebasa estos, y cómo se interpreta este hecho si existe. Etc. etc.

Es frecuente — y así lo hace el señor Butty — hablar de ciencia y pensar en una ciencia determinada, que suele ser la física teórica. Se trata así de una forma especial del saber científico que se generaliza como si fuera toda la ciencia; y nos encontramos al fin con que lo que se nos presentaba como la estructura de toda la ciencia sólo corresponde a una disciplina científica. Esta ciencia es lo que los alemanes llaman más propiamente ciencia natural exacta, dejando sitio y derecho a la vida para una ciencia natural no exacta y para una ciencia ni exacta ni natural. No es indispensable en una nota bibliográfica apurar los detalles, y anotada esta confusión original apenas quiero indicar alguna de sus consecuencias. Dice a pág. 44: "La verdad científica se caracteriza, en primer lugar, por ser una generalización, por constituir un puñado de verdades, constatadas y previstas, enunciado en una sola verdad". Cuidado. O estamos confundiendo la verdad científica con la ley natural, o estamos repitiendo sin más ni más el viejo aforismo aristotélico. Y la historia ¿no es ciencia? Esta pregunta tiene una única respuesta después del siglo de Mommsen, de Ranke, de Oliveira Martins, de Menéndez Pelayo. ¿Y la geografía? La descripción justa del curso de un río, de la forma de un continente ¿no son verdades científicas? Y sin embargo son algo único; ni son generalizaciones ni puñados de verdades. La ley es uno de los grandes resultados del trabajo científico, pero no excluye otros tan verdaderos como ella. La descripción si reúne ciertos requisitos, también es científica. Y no hay entre una y otra la diferencia que parece a primera vista. La estimación excesiva de la ley proviene de suponer que toda ley es causal; es decir, que enuncia una relación de causa a efecto, y por lo tanto que es *explicativa*, porque la explicación por excelencia de un fenómeno es el conocimiento de su causa. "El verdadero saber científico — dicen muchos todavía, siguiendo a Bacon — es conocimiento de causas". Pero uno de los aciertos de Mach ha sido precisar las ideas respecto a este punto, recordar el carácter metafísico de la relación causal y su carencia de sentido científico: tarea en que le precede Hume, con un análisis más riguroso, y le sigue Meyerson, con la ventaja sobre él de razonar el fundamento de esta noción encuadrándola dentro de una teoría general satisfactoria. Ahora, si la ley no es causal, no es tampoco explicativa, sino descriptiva, esto es, se circunscribe a consignar una relación (una función, decía Mach) constante entre determinados fenómenos: la ley es, pues, una manera de descripción. En el fondo de la cuestión hay un problema de valor o de interés. Se puede estudiar científicamente un pedazo determinado de mineral, o este o aquel ejemplar zoológico, considerándolos en su individualidad y sólo por ella; no lo hacemos así porque nuestro interés hacia ellos, el interés general de los hombres como productores de conocimiento científico, es un cierto *quantum* que no alcanza para todos los casos singulares, y ha de limitarse a estu-

diarlos en su generalidad, como clases o especies, no como individuos. Si todos los hombres nos interesaran por igual, la etología, la antropología, etc., agotarían nuestra curiosidad; pero Platón, Leonardo, Newton, reclaman también nuestro interés en cuanto individuos, y tenemos que estudiarlos científicamente para satisfacer este interés. Si todos los acontecimientos nos interesaran igualmente, nos bastarían las relaciones más generales y más constantes entre ellos, las leyes naturales. Pero nos tocan más de cerca ciertos procesos únicos, en su unicidad, no como casos de ninguna generalidad: las Cruzadas, el Renacimiento, la Independencia, y en sus notas y calidades propias los consideramos científicamente. El aforismo "no hay ciencia sino de lo general" ha de completarse agregando: "en aquello de lo cual sólo lo general nos interesa". Sabido es que para Rickert, el insigne teórico del conocimiento histórico, el dominio donde la ley natural no nos basta y necesitamos un procedimiento de conceptualización individualizadora que analice cada realidad particular por ella misma, es el dominio de la cultura, y por este motivo contrapone la ciencia cultural a la ciencia natural.

La verdad científica se distingue, "en segundo lugar, por la precisión, por su carácter cuantitativo, por enunciarse mediante números" (p. 44). El autor, tan desconfiado ante lo metafísico, acaso se sorprenda si se le señalan implicaciones metafísicas en esta proposición. Si la verdad científica es sólo la cuantitativa, es porque lo cuantitativo tiene preeminencia sobre los demás aspectos de la realidad, porque ante este imperio del número se anulan, desaparecen los restantes caracteres del fenómeno. Aunque rechace expresamente toda metafísica, hay en el señor Butty, como en tantos otros hombres de ciencia, una metafísica, esa metafísica del número sustitutiva de la superada metafísica materialista. Cosa explicable y aun necesaria, porque toda ciencia es ontológica por naturaleza, supone un ser, una realidad a cuyo análisis se aplica; cosa legítima dentro de sus límites — lo científico natural exacto —, pero ilegítima si se traspasa tales fronteras. No es lícito convertir un *método* — el matemático — en algo más que un método. Si no encontramos en la realidad más que relaciones cuantitativas, es porque sólo aplicamos procedimientos matemáticos; por otros caminos llegaríamos a otra parte. Desde luego, afirma el señor Butty (p. 90) que "únicamente tienen de la matemática, una aplicación directa, *a priori*, al mundo exterior, las primeras operaciones aritméticas, las que resultan de la composición y agregación de conjuntos, las operaciones con números enteros y con resultados constituidos, a su vez, por números enteros." Pero ni aún las operaciones matemáticas elementales coinciden con la realidad *sin residuo*. En la naturaleza no hay sumas, sino combinaciones; en química, en biología, el compuesto difiere de los componentes por notas cualitativas o funcionales que escapan a la determinación numérica y son sin embargo esenciales. El resultado es una cosa nueva, y lo sumado, en verdad, es una sola de sus notas, el peso, que por este don suyo de ajustarse a cálculo se convirtió en soporte de la idea de substancia, entidad ontológica. El método matemático es admirable, pero en cada una de sus aplicaciones sacrificamos un mundo de cosas — todo lo no cuantitativo, y si se olvida esta sencilla verdad, se deja de ver en él un *método* para convertirlo en el *método* y llegar luego insensiblemente a una metafísica pitagórica. Aparte de estas consideraciones de fondo, no sé dónde está la matemática cuando en zoolo- gía sistemática se enuncia: "Los coleópteros son insectos con aparatos bucales propios para la masticación y alas anteriores córneas (élitros); protórax libre y movable, y metamorfosis completa", o cuando se afirma en química que "el cloruro de bario no ejerce acción sobre los yoduros". La psicología es una ciencia natural, y no permite la aplicación del método matemático salvo en los extremos de su territorio, cuando no es aún propiamente psicología. La afirmación del señor Butty,

en consecuencia, hasta prescindiendo de las ciencias culturales o individualizadoras, solamente sería sostenible definiendo axiomáticamente la verdad científica como "una verdad que se expresa matemáticamente". A no ser que se piense, no en nuestra ciencia actual, sino en una ciencia posible o futura, una ciencia ideal, como cuando Goblott establece que toda ciencia será algún día deductiva, aunque todas han comenzado por ser de observación o experimentales. El porvenir previsto en estas anticipaciones es demasiado remoto, y la sombra de Hamlet podría presentársenos y decirnos que entre nuestra época y ese futuro tan distante habrá más cambios en la orientación, interpretación y metodología del saber de los que puede prever el naturalismo matemático.

Late en el libro la creencia en que la Relatividad concuerda o puede identificarse con un relativismo filosófico (gnoseológico), o se resuelve en él; no es oportuno prolongar esta nota, ya larga en exceso, discutiendo ese punto. La segunda parte está constituida por una exposición de nociones geométricas que ilustra eficazmente al lector poco versado en la matemática moderna. La parte tercera y última se intitula "Espacio, Tiempo e Intuición", y se desarrollan en ella las concepciones relativistas del espacio y el tiempo contrastándolas con las de Kant. Aun una observación. El señor Butty confunde alguna vez intuiciones puras, formas de la sensibilidad, etc., expresiones que usa Kant para designar y caracterizar el espacio y el tiempo, con juicios sintéticos a priori: "La intuición espacial constituye para Kant una intuición pura, un juicio sintético a priori, previo y anterior a toda experiencia; una "forma de nuestra sensibilidad que precede en nosotros a toda impresión real mediante la cual seamos afectados por los objetos" (p. 177). Lo que sostiene Kant es un poco diferente. Que los juicios de la matemática y de la ciencia natural exacta son sintéticos porque agregan algo a nuestro conocimiento, y son a priori porque se fundamentan en las formas puras de la sensibilidad, en las intuiciones a priori que son el espacio y el tiempo.

Todos los reparos anteriores, originados algunos por diferencia en los puntos de vista y otros, sin duda, por la escasa consistencia filosófica del trabajo del señor Butty, no impiden la estimación total del libro como esfuerzo considerable y digno del mayor encomio; la dificultad de la materia elegida por el autor para sus reflexiones y su entusiasmo por la ciencia bastan a atraerle las simpatías del estudioso. Sólo hay que desear que reincida, y que alguien le siga por este camino. Yo, por mi parte, le agradezco haberme proporcionado ocasión para la meditación y el comentario — y un poco también para la tradición (1). — FRANCISCO ROMERO.

(1) La bibliografía del conocimiento científico es, naturalmente, extensa. Puede encontrarse resumido lo esencial en los dos trabajos más recientes, *Philosophie der Mathematik und Naturwissenschaft*, del matemático relativista Hermann Weyl, y *Logik und Systematik der Geisteswissenschaften*, de Rothacker (ambos en el *Handbuch der Philosophie* de Baerwald y Schöber, en publicación). Los tratadistas franceses más instructivos son Meyerson y Goblott. Para las ciencias históricas son esenciales los trabajos de Rickert. (Precisamente se pronuncia Rickert en uno de sus libros principales, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, 3ra. edic., pág. XIV, contra las derivaciones y supuestas consecuencias de la teoría de la Relatividad en el sentido de un relativismo filosófico. Lo mismo Meyerson en *La Deducción relativista*, Cap. V).

RAFAEL ALBERTO ARRIETA. — *Ariel corpóreo*. — Buenos Aires, 1926.

Signo de madurez literaria, la aparición, en la Argentina, de tantos libros sobre letras extranjeras. El criollista intransigente lo tachará como signo de extranjerismo. Y lo sería si no se publicaran libros sobre letras argentinas. El libro de Arrieta lleva el subtítulo "Letras extranjeras": a medias lo justifica. Byron le atrae por la sombra que echó sobre nuestra literatura, más con su leyenda que con su canto. Rodenbach, por la fascinación que ejerció su poesía de ciudades muertas sobre nuestros cantores de ciudades tranquilas en América, desde Enrique González Martínez en los pueblos de Sinaloa hasta la "Escuela de La Plata." ¿Son extranjeros, para la Argentina, José Enrique Rodó y María Eugenia Vaz Ferreyra? Estoy con los que ponen mayor distancia entre Tucumán y Buenos Aires que entre Buenos Aires y Montevideo, orillas del "río como mar". Realidad de la tierra y realidad del espíritu. Chile, eso es otra cosa. Hay el espíritu que se vierte hacia el Pacífico y el espíritu que se vierte hacia el Atlántico. Alfonso Reyes explica a México como el país de las dos vertientes. Otra señal de madurez: los trabajos de Arrieta no van a "agotar la materia"; no se lo explican todo a todos, esclavitud a que nos creíamos atados por la ignorancia ambiente. Arrieta se dice: el que ignore, que se quede ignorando; hablo al que aprende, al que quiere, al que ama. A la libertad va prendida la originalidad de sus ensayos. En uno se habla de Shelley, pero no de su poesía, sino de su figura: Ariel encerrado en materia y bajo forma; en otro, del soneto de Keats a la estrella; en Lafcadio Hearn evoca sólo al maestro de literatura, augur de una revolución romántica, todavía en futuro, para el Japón; a Pedro Prado, lo construye con trechos de sus cartas; a María Eugenia, con anécdotas; Rodó es una voz entre la sombra. — PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

JULIO REY PASTOR. — *Los matemáticos españoles del siglo XVI*. — Sin lugar (¿Madrid?), 1926.

Cuando murió D. Marcelino Menéndez y Pelayo, dijo de él Ramiro de Maeztu que era uno de los autores involuntarios del pesimismo español. A lo largo del siglo XIX, se creía ingenuamente que España debía su atraso general a la falta de ciencia y de las aplicaciones prácticas del conocimiento científico: la explicación era satisfactoria, y el remedio posible. Pero Menéndez Pelayo, empujado por su devoción patriótica de español y su pasión apologetica de creyente, dedicó magno esfuerzo a probar que la España de los "siglos de oro", la España del "imperalismo católico", sí había producido ciencia; entonces, según Maeztu, la gente se convenció de que el mal de España era misterioso y no tenía remedio.

Los datos de Menéndez Pelayo, reforzados con los de Picatoste y Fernández Vallín, pasaron a los libros de historia, a las obras de divulgación. Pero no cumplieron fuera de España, y aun en España no convencieron a todos, a pesar de Maeztu. Si la ciencia española era eminente ¿cómo se la había olvidado? ¿Quién la olvidado a Galileo ni a Kepler? ¿A Descartes o a Newton? Ni se podría invocar la decadencia nacional de España como incitación al olvido: Polonia decayó hasta desaparecer como nación, y nadie olvidó a Copérnico. A veces nos dábamos cuenta del alcance de la ciencia española: llegó, en la primera mitad del siglo XVI, a esbozar teorías y descubrimientos, como Miguel Servet para la circulación de la

sangre (que observó, según parece, sólo parcialmente) y Hernán Pérez de Oliva para la corriente electromagnética (de la cual tuvo meros atisbos); raras veces pasó del esbozo. Hasta las noticias son casuales, como lo es, en el siglo siguiente, la observación de Tirso de Molina sobre el transformismo de las especies animales.

El problema de la ciencia española reclamaba nuevo planteo. En cuestión de matemáticas, viene por fin a darnos la solución definitiva el nuevo libro de Rey Pastor, sabio joven e ilustre. Es libro que debe señalarse a la atención de todos aquellos a quienes interese la historia de la cultura (al señalarlo, no he de invadir campos ajenos ni entrarme a caminos abstractos: no hay, por lo demás, mucho de complejo en la matemática española del siglo XVI, cuyos límites son, en el álgebra, la adopción de las ecuaciones cuadráticas, y, en la geometría, las traducciones de Euclides). Rey Pastor demuestra que las ilusiones de Menéndez Pelayo y sus secuaces tienen escaso fundamento: con pocas excepciones, los matemáticos españoles y portugueses fueron insignificantes o extravagantes. ¿Qué ha hecho para demostrarlo? Lo que olvidaron sus predecesores al esbozar la historia de la cultura española: leer los libros que se aducían como pruebas. Según Menéndez Pelayo, el *Curso de matemáticas* de Pedro Ciruelo "compite con los mejores de su clase dados a la estampa fuera de España en el siglo XVI"; según Fernández Vallín, es "el primer curso completo de estas ciencias" y crea "el sistema y disciplina" de ellas. Pero Rey Pastor demuestra que, si se omiten cuatro pequeñas innovaciones personales de método, el Maestro Ciruelo sólo había alcanzado el nivel de la matemática europea en el siglo XIV: no conoció las obras que representan los progresos del siglo XV, como la *Summa* de Lucas de Burgo (1494), u o, si las conoció, no quiso entrar por los nuevos cauces de la aritmética algebraica". Y hay personajes a quienes los apologistas atribuyeron méritos extraordinarios: leídas sus obras, resultan meros copistas, como Antich Rocha, o cuadradores del círculo y engendadores de delirios, como Jaime Falcó y Molina Cano.

Plan de la obra de Rey Pastor: después de rapidísimo y claro bosquejo de la historia de la matemática europea hasta el siglo XV, estudia a los matemáticos de la Península Ibérica en tres grupos: aritméticos, algebristas, geómetras. Los aritméticos: aparte de Ciruelo y Silíceo, discretos pero atrasados, sólo hay que señalar como talentos originales a Fray Juan de Ortega y al portugués Alvaro Tomás. ¿Por qué estaban atrasados Ciruelo, Silíceo, Lax? Porque perfeccionaron sus estudios en París, donde luego enseñaron: Francia, durante los albores del siglo XVI, se había retrasado gravemente respecto de Italia y Alemania (la *Tripartite* de Chuquet permaneció desconocida hasta 1520). De los españoles que viajaron por Italia, como Pérez de Oliva, no han quedado escritos sobre matemáticas, y se ignora si lograron "ponerse al día". Pero Ortega y Tomás fueron "dos hombres modestos... que aportaron... algunas ideas originales": el primero, sus aproximaciones para la extracción de raíces cuadradas; el segundo, su teoría cinemática, expuesta "con método aritmético puro". Los algebristas: España olvidó totalmente el álgebra de los árabes, a pesar de que allí estuvo "años y años Gerardo de Cremona, apropiándose con ardor la ciencia atesorada por aquella raza" para llevársela a Italia, "donde produce toda una revolución espiritual". En el siglo XVI, es el alemán Marco Aurel quien devuelve el álgebra a la tierra donde había florecido entre los infieles. Su mediocre libro, publicado en 1552, "ejerció gran influencia". Divulgador entusiasta, apóstol de la cultura científica, es el Bachiller Juan Pérez de Moya. Pero la única contribución original la da el portugués Pedro Núñez, *Nonnius*, "con ideas verdaderamente geniales, que lo colocan a una altura inmensa sobre los demás matemáticos españoles y portugueses de aquella época". Es lástima que Rey Pastor haya resuelto dejar para una monografía la exposición completa de las ideas de

Nonnius, porque su libro actual pierde, así, uno de los atractivos mayores que pudo tener. De paso se recuerda su invención del *nomio*, instrumento para medidas de precisión, y sus contribuciones a la astronomía y a la geometría, como el trascendental descubrimiento de la curva loxodrómica, esencial para la navegación moderna. Caso que es síntoma: Núñez no se sintió tentado (1564) a explicar las ecuaciones de tercer y de cuarto grado en su álgebra porque el trabajo era grande, y muy chico el loor (son sus palabras), y así "la resolución de la ecuación cúbica, como la bicuadrática, continuó desconocida para España y Portugal". Los geómetras: en geometría no hay nada sustancial. Uno de los pocos geómetras que aportan una que otra diminuta novedad es Juan de Porres Osorio, mexicano, jurista de profesión pero aficionado a la ciencia exacta. Hay inquietud de preguntar: ¿qué ocurre después del siglo XV? La Academia de Matemáticas, establecida en Salamanca, en 1590, para remediar el visible atraso, desaparece en 1624. De ahí en adelante, apenas se publica otra cosa que "libros de cuentas y geometrías de sastres". En el siglo XVII se tropieza con una excepción, Hugo de Omerique, consagrado a la geometría analítica: Rey Pastor le dedicará otra monografía. En el XVIII, nada. Después de mediados del XIX comienza las labores vulgarizadoras de Echezaray, a la cual siguen las revolucionarias de García de Galdcano y de Eduardo Torroja, el maestro de Rey Pastor, con quien ¡al fin! la matemática española adquiere fama universal. Y digo española, ahora, en sentido estrecho, porque Nonnius — única gloria universal de la Península en épocas anteriores — era portugués.

¿Cómo se explica el atraso de España en matemáticas? Quienes nos hemos planteado el problema del "espíritu moderno" en la España de los siglos áureos advertimos que, en todo cuanto significa cultura filosófica y científica, hay un momento de libertad y de inquietud lleno de luminosa promesa. Con una que otra cabal realización: la época de Carlos V, con los erasmistas. Juan de Valdés, Luis Vives, Francisco de Victoria, Domingo de Soto, Servet, Pérez de Oliva. Hacia mediados del siglo XVI, la luz se extingue: los impulsos modernos se adormecen, y se inicia la lóbrega estrechez que ha de caracterizar el reinado de Felipe II. En la historia de las matemáticas, Rey Pastor lo demuestra: los primeros años de la centuria son de actividad generosa, aunque desorientada por el influjo de la Sorbona. Los mejores trabajos llevan fechas de 1509 (Alvaro Tomás), 1534 (Ortega: es la fecha de sus reformas importantes; la primera edición de su *Tractado* es de 1512), y entre 1530 y 1535 (cuando dice Núñez haber escrito su *Algebra*, no publicada hasta 1564). Pero luego, cuando las ideas nuevas pasaban al dominio común en Italia, en Francia, en Inglaterra, "en este momento crítico, — dice Rey Pastor, — en que más necesitados estábamos de contacto con Europa, una disposición desdichada prohibió pasar los naturales de estos reinos a estudiar fuera de ellos, fundándose en que las Universidades españolas van de cada día en gran disminución y quiebra". Es pragmática de 22 de noviembre de 1550. Día nefasto. — PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

ALFONSO REYES. — Pausa. — París, 1926.

DIFFÍCIL cosa es razonar una admiración. La que los versos de don Alfonso Reyes ahora me exigen, no brotó de una sola vez: fué acabándose en intimidad gradual de lecturas.

Reyes es poeta habilísimo, es un *don doctor de trovar*, según la locución propuesta por el narbonense Riquier a otro Alfonso, al tocayo — nombre y sabiduría — de este mejicano. (Mejicano no, mexicano: la equis es rezago español y cómo no ortografiar como la gongorina Soror Juana Inés de la Cruz: *a cuyas plantas*

excelsas, del Aguila Mexicana son basas las dos cabezas). Tan habilidoso escritor es Reyes que cada poesía suya es muchos regalos. Hay quien es noticiero de hechos poéticos (Whitman cuando no está en el comité, Fernández Moreno); hay quien les añade un halago para al oído; hay quien mira a un solo ambiente con sus palabras y procura que un aire de familia las unifique (Carriego con las palabras caseras, Guido Spano con las endebles, Andrade con las agigantadas); hay quien opone adrede palabras de ambiente contradictorio (Laforgue, Chasterton, alguna vez Enrique Heine, siempre Cocteau); hay ¡por fin! quien hace esas muchas y todas cosas y encima, para que no nos molestemos en admirarlo, se hace el pobrecito y ese es Alfonso Reyes. Reyes — como los buenos novios — es armonía del pudor y de la pasión. Es el hombre de la confianza cortés.

No quiero mentir discordia en sus páginas, desnivelándolas con reparticiones escolares de buena, no tan buena, mejor. En cada una, acecha un aguinaldo distinto y para el avisado lector, todos los días (y aún todos los minutos) pueden ser de pascuas de navidad. Dicho sea con otras palabras: Siempre la voz de Reyes me gusta. En prosa o verso, hasta que las velas no ardan, que más quiero que ser su contertulio callado. El mismo Valle Inclán me es posible, si quien está aludiéndolo es Reyes.

Quiero mentar alguna composición. La elegía a la muerte de Amado Nervo (pág. 28) muestra una bondad inusitada en esa clase de lamentaciones rituales. No nos dice que el dueño de la elegía era una sublimidad, un todo en este mundo de los casi nadie, un énfasis de virtudes; nos insinúa que era un yo como tantos otros, mejorable, imperfecto, pero insustituible. Por eso puntualmente, por esa pérdida de algo idiosincrático y único, es única tragedia el morir. Copio la última estrofa:

CeDInCI
Epitafio

Eras cosa pequeñita:
vivías en una nuez.
Pero es tanta la malicia
de morirte de una vez,
que ya parece mentira
lo que nos faltas después.

Reyes (digo) es héroe de la maestría que se recata, del pudor sobre la pasión, de la alegría secreta que es como llevar un pájaro vivo adentro del saco. Es señor de toda la cortesía que rinde el mundo. Cortesía, flor de bondad. — JORGE LUIS BORGES.

RAÚL GONZALEZ TUÑÓN. — *El Violín del Diablo*. — Buenos Aires, 1926.

HACIA LO CASTIZO

HAY en los nuevos poetas porteños una violenta emulación por mostrarse en sus composiciones lo más hondamente compenetrados con lo característico de los tipos y paisajes de su ciudad y aspiran así a revelar el alma de la urbe proletrica, empresa noble y difícil, digna de hombres de letras del momento.

Hemos sostenido durante años, en todos nuestros escritos, la necesidad de que

nuestros escritores de imaginación no hagan cabalgar la suya sólo en Pegasos librescos sino en bravos potros criollos, si aspiran a perdurar y a contribuir a la formación de una verdadera literatura argentina por el fondo, la forma y el espíritu.

No basta para ser *gaucho*, — lo hemos dicho en una reciente encuesta — calzar la indumentaria con que se los caracteriza y sí alentar su espíritu — el espíritu que le han atribuido tirones y troyanos, que el verdadero es casi místico.

No basta tampoco que nuestros jóvenes poetas porteños *chamuyen* caló lufardo y quieran encarnar personalmente el compadrito de circo o sainete criollo en indumentaria, frecuentaciones y hasta radicaciones para que se les dé patente de castizos y sería inverosímil y absurdo que llegaran a encarnarlo espiritualmente para así poderse decir *más cerca de la tierra y de lo castizo*.

Para discernir con justicia ese tan ansiado título, hay que distinguir quién instintiva e intuitivamente se inspira en paisajes, anécdotas y la vida en conjunto característica de ciertos barrios y quién cerebralmente ejecuta el mismo acto por resolución de su voluntad.

Además, lo castizo no es sólo el barrio bajo, el arrabal, el compadrito y los sórdidos rincones teatro de su acción. En igual forma es castizo y nuestro todo cuanto significa vida dentro de la modalidad porteña — limitándonos al círculo de la capital platina.

No es necesario vivir una vida cualquiera para revelarla mejor. Lo indispensable es saber ver, comprender y amar. Blasco Ibáñez estuvo muy poco entre nosotros y sin embargo sostenemos que *El préstamo de la difunta* es el libro de cuentos con sabor y color criollo más exacto de cuantos hemos leído — y son casi todos los publicados sobre tales temas — hasta hoy.

Hemos presenciado discusiones curiosísimas, entre escritores jóvenes de ahora, en las que cada uno reivindicaba su mejor derecho a ostentar el título de poeta o novelista del suburbio. ¡Había algunos que hasta hubieran deseado tener algún crimen sobre su conciencia para alardear de él como timbre de gloria literaria (!). Y lo más curioso es que, de esos escritores, unos habían visto el suburbio a través de la literatura rusa, otros a través de la naturalista o de la romántica, es decir, todos con lentes prestados, ninguno con ojos avizores, a través de su propio temperamento emocionado por la contemplación.

Porque lo esencial en este caso es el grado de emoción, de amor, despertado por los seres o las cosas en el artista y la comprensión — obvio es decirlo, también amor — de ellas que revela...

Son tan falsas las composiciones de muchos de nuestros poetas de ahora sobre el arrabal porteño, vistas a través de lo libresco, como las de los poetas de hace veinte años sobre Versailles, París, las princesas y las infantas, etc., etc.

EN LA BUENA VÍA

¿Hemos de repetirlo? La buena vía es la observación personal y directa si a ella nos lleva una inclinación cuya fuerza es ciega y por consiguiente instintiva. Y la de la sinceridad.

Hace poco un escritor hispano-americano publicaba una novela que tenía por escenario nuestro gran mundo. Y al hablar de un trasatlántico de lujo citaba al Infanta Isabel en el que no viajan ni los buenos burgueses adinerados. Hablaba, pues, de oídas o juzgando a través de su viajecito en el viejo buque español. Su imaginación lo hacía viéndose en el Conte Verde o el Cap Polonio. Y aunque hubiera cambiado el nombre, lo mismo, juzgando por los hechos, se habría descubierto la superchería.

Este caso que citamos lo hemos visto reproducido varias veces en la literatura de nuestros poetas de hoy, cuando buscan el tema del arrabal para su inspiración. Una vez que se haya pasado este violento sarampión, o moda literaria, que a tales extremos lo lleva, se verá lo vano de semejantes empeños. Y quedará sólo aquello que tiene verdadera raíz en la entraña del pueblo. Quedará lo que anduvo por la buena vía.

Quedará, si no se malogra, Raúl González Tuñón, cuyo libro *El Violín del Diablo*, lo descubre como un heredero de Carriego, en cuanto a lo que a la emoción y la visión respecta, no en otros terrenos en que éste es inferior a aquél: por ejemplo cuando Tuñón ejercita su sentido cómico de la vida, su capacidad creadora y pone en evidencia su mayor dominio de la técnica y del lenguaje, lo cual le aleja considerablemente, en sentido de la altitud, del autor de *Misas Herejes*.

Además en Raúl González Tuñón hay un poeta satírico de rica y honda vena, en quien la crueldad, propia, casi en general de quienes manejan la sátira, se ha tornado piedad, conmiseración y, a veces, profundo dolor, que una sonrisa burlesca trata de disimular.

DE LO SATÍRICO

En la bacanal de confusiones en que se deshace el significado de las palabras de nuestro idioma, por múltiples causas cuya puntualización no nos interesa por el momento, el valor de *sátira*, *satírico* y derivados, ha tomado no sabemos qué equivocados caminos, llegando en muchos casos a ser empleados aquellos vocablos con acepciones extrañas o erróneas desde todo punto de vista.

Sátira no quiere decir solamente, censura o ridiculización o "discurso agudo, mordaz y picante dirigido a ese mismo fin".

El espíritu de lo satírico está también en quienes buscan los vicios, las lacras, las injusticias, las anomalías del destino, y las enseñan a los felices, que pasan por la vida creyendo que ésta es sólo un espléndido don del Creador, para invitarlos a la meditación y a buscar en lo hondo de sus placeres la ocasión de dejar caer una gota de piedad sobre el dolor de lo que sufren.

El *enano del Basar*, *A las tres Bolas*, *Descarga de Carbón* y así citaríamos muchas otras composiciones de *El violín del Diablo*, se inspiran en ese espíritu de lo satírico y "dicen amarguras mintiendo-carcajadas" como el poeta confiesa al abrir su libro.

Se puede no censurar ni ridiculizar y sí simplemente comparar vidas o acciones, poniendo en este acto riqueza de coloridos, de luces y sombras, y el espíritu de lo satírico abundar con exuberancia.

En el calor de un elogio, en la blandura de una concesión, en el simple relato de un suceso, puede albergarse el espíritu de lo satírico y vibrar con su afín carácterístico.

Presentar el lado negro de una sociedad, sus ridiculeces, sus defectos y añadir por todo comentario una sonrisa final, es hacer sátira irónica, que es la fina e incomprensible sátira, perdida en la bacanal del confusionismo y la ignorancia.

EL PRÓ Y EL CONTRA

La idea y la imagen, el lirismo encendido y el ritmo vario, musical y abundante, enriquecen *El violín del Diablo*, primer libro de un poeta que es poeta y no versificador.

Su visión es aguda, su sensibilidad despierta. La temperatura emocional, que es el primer elemento a considerar en un poeta tenido por tal, se mantiene siempre alta en González Tuñón.

Queremos señalar, así, sintéticamente, los valores que hay en este libro, para, de inmediato, añadir un reparo que debemos hacerle, diciendo que su inspiración no guarda el vigoroso personalismo con que el autor se presenta por lo que a lo demás respecta.

González Tuñón *ha visto*, ello es indudable, y ha sentido los temas de sus composiciones; pero sirviéndole de lentes aquellas lecturas dilectas sobre las cuales se ha estremecido su sensibilidad.

No es, a nuestro entender, falta grave en quien compone el libro de sus veinte años, mostrar la pauta de sus lecturas y de sus preferencias, cuando ello se hace con la sinceridad puesta de manifiesto por González Tuñón.

Siempre que no se reincida y que poco a poco se descubra la senda propia entre las que hollaron los demás, esa debilidad juvenil no pasa de ser como la mano de quien nos enseña a dar los primeros pasos: apoyo y guía. Más tarde, cuando echamos a caminar, ya ni nos acordamos del brazo fuerte y la mano acojedora.

Si así es, en este caso, no habremos sido exagerados, afirmando que González Tuñón está en la buena vía y quedará en nuestra lírica desvergonzada y caótica del momento. — E. SUÁREZ CALIMANO.

HORACIO QUIROGA. — *Los desterrados*
"Babel". Buenos Aires, MCMXXVII.
Segunda edición.

Los *desterrados* — ocho relatos, en total — renuevan, con su aparición, el asombro que sus vidas excéntricas provocan. Y al hablar así, no me refiero, únicamente, a los hombres — ex-hombres — cuyas existencias anormales hacen, en las páginas del libro, desconcertantes gestos; incluyó — ¡y cómo no! — a Anaconda, la desterrada máxima, hija del Trópico y las Aguas, especie de Unamuno cerril.

Ya conocíamos a Anaconda; su aeda nos había narrado — en períodos rectos y brillantes — cómo había destrozado, entre sus mandíbulas de hierro, el cráneo venenoso de una cobra real. La habíamos visto triunfante, llevando en las escamas la gloria del Paraná criollo. Pero lo que serpiente hindú — gringa, al fin — no pudo, lo consiguieron los hombres. No solamente los humosos penachos de sus barcos mancharon el cielo misionero, sino que "sucios de olor, sucios de machetes y de quemazones incesantes" llevaron a la selva su afán de codicia y de dominación, ensuciándola. Anaconda decidió, una vez por todas, exterminar al extraño. Y lanzó el trópico entero, cabalgando, a nueve millas por hora, sobre los lomos hinchados de lluvia del Paraná y del Paraguay. "Había llegado la hora. Ante los ojos de Anaconda, la zona al asalto desfiló. Victorias nacidas ayer, y viejos cocodritos rojizos; hormigas y tigres; camalotes y víboras; espumas, tortugas y fiebres, y el mismo clima diluviano, que descargaba otra vez — la selva pasó, aclamando al boa, hacia el abismo de las grandes crecidas". — A muerte! A muerte!

Pero he aquí que sobre un embalsado, entre los restos de su choza a la deriva, un pobre mensú se muere, hipando, con un tajo boqueante en la garganta. Anaconda lo descubre y, absurdamente, lo protege; es decir: lo deja morir, velándolo y arrojando las calumnias de las víboras. Y es que, aunque el boa no lo sabe,

intió que el mensú era otro vencido, como ella; más impotente aún porque, entre la selva y los patronos, no podía elegir amigos.

Continúa la selva su marcha reconquistadora hacia el sur; mas, poco a poco, los gérmenes vitales que lleva adentro, fermentan, diágregándola. Los camalotes se desenredan, ahogando la invasión. Y Anaconda muere con el cráneo roto de un balazo luego de haber puesto, junto al mensú que se pudre, "inmensos y arulados ahora, sus huevos que desbordaban del cobertizo y cubrían la balsa entera".

¿Qué son, ante este magnífico trozo de epopeya tropical, los otros relatos? Simples incidencias en que unos pocos hombres agotan la inutilidad de sus existencias. Simples incidencias, verdad; pero que la habilidad de Quiroga ha exaltado hasta la tragedia. De lo pintoresco Quiroga supo extraer el elemento lírico y forjar el drama. ¡Y qué drama! Sobre las espaldas de unos pobres individuos el trópico se aplastó, achatándolos. A Don Juan Brown, al químico Rivet, al biólogo Elise, a Van-Houten los perforó con su alcohol de 24°; al hombre anónimo le hundió en el vientre el machete compañero; a Orgar lo disuelve en una lucha casi ridícula por lo estéril, con un techo de incienso; al juez de paz — ladino y desconfiado — le prepara una tumba llena, en cuanto abierta, de hormigas grandotas; a Sen Joao Pedro y a Sen Tirafofo, — viejos, vencidos, fofos, — les brota en el alma el recuerdo de la patria brasileña, dulce como un fado y como la guayaba. Y se mueren, los pobres negros, frente a la tierra nativa, cuyos pinares y araucarias despeinaba el aire azul. "Durante largo tiempo Tirafofo quedó tendido contra el suelo mojado, removiendo de tarde en tarde los labios. Al fin abrió los ojos y sus facciones se agrandaron en una expresión de infantil alborozo —: Ya cheguei mamac!... O Joao Pedro tinha razão... ¡Vou con ele!"...

Horacio Quiroga nos da, pues, en sus *desterrados*, la esencia de la región misionera. Y nos la da con tal intensidad que, por momentos, sus creaciones lindan con el ensimiamamiento. Ya sabemos que el arte es puramente espiritual; que lo de *ofuera* sirve de pretexto para la surgencia de lo de *adentro*; pero, como en este caso, ante una naturaleza ubérrima en recursos anuladores de la personalidad, resistirla y contemplarla revela un fuerte temperamento artístico. Eso queríamos decir.

Y esto otro: Los que realizan, bellamente, esta literatura regional, realizan la única literatura posible, hoy por hoy, de América. Anaconda lanza su silbido estridente y el viento norte nos lo trae. Quizás el pampero le haya llevado el silbido que, llamando a la yegua madrina, modulaba Don Segundo Sombra.

★

A Babel: ¿Por qué tantas erratas? ¿Por qué 1927? El tiempo no existirá; pero sí, los fabricantes de almanaques. — C. M. O.



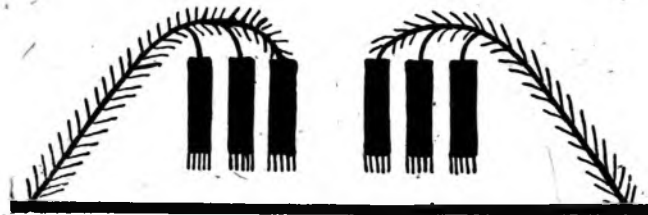
ARTURO BOYAS: *Castiño del Rey* (Mallorca)

(Linograbado)



AVILIO BOVERI: Castillo del Rey (Mallorca)

(Linograbado)



COMENTARIOS

BERNARD SHAW

Como homenaje a Bernard Shaw en su setenta aniversario reproducimos este discurso cuya transmisión radiotelefónica fué prohibida por el gobierno inglés.

DURANTE años el público, por todos los medios imaginables, se ha empeñado en hacer que me exhiba. Desde que han fracasado sus propósitos, ha dado en considerarme un gran hombre. Es terrible pasar por tan grave percance. Ahora una vez más se ha renovado el intento. Por esta razón no he de decir nada de mi septuagésimo aniversario. Pero el Partido Laborista, mis viejos amigos del Partido Laborista, me han llamado y ahora sí estoy contento; nosotros estamos en el secreto, sabemos que no hay grandes hombres, ni tampoco grandes naciones, ni grandes Estados.

Dejemos estos temas al siglo diecinueve. Bien saben ustedes que soy un hombre diestro en mi trabajo, pero la sensación de ser un gran hombre no la tengo; ustedes tampoco. Mi predecesor en el oficio, Shakespeare, trató con preferencia gentes de la clase media, salvo un amigo. Este era albañil. Cuando murió Shakespeare, la clase media empezó a alabarlo, entonó magníficos cantos a su memoria, e hizo una edición infélica de sus obras — lo que aún no me ha ocurrido, si bien no dudo que ya vendrá. — Es significativo que jamás en aquellos homenajes se mencione el tal albañil que se limitó a decir: Quiero al hombre con toda el alma, pero no, como los otros, con idolatría.

Ahora bien, espero que esté sentimiento prevalezca. Me fastidia la idolatría por un lado y el frenesí por otro. Apartémonos para continuar en las huellas del albañil, siempre opuestos a la idolatría y deseosos de librarnos de los grandes hombres.

Por este camino quizás nos libremos también de las grandes naciones y seremos felices. Abrigué la esperanza de dirigirme a un auditorio aun mayor que el presente, pero ustedes recordarán que a causa del éxito de las últimas elecciones generales, el Gobierno se inició con la cabeza trastornada, vuelta al revés. También recordarán que en su ofuscación se propuso dar un golpe maestro a fin de probar

su superioridad en el manejo de la política exterior sobre el entonces Primer Ministro y Secretario de Negocios extranjeros, Ramsay Mac Donald. Comenzó por querer extirpar el pueblo del Egipto, suprimiendo con represas en el Nilo su abastecimiento de agua. La empresa no prosperó y cuando por influencia de mi amiga la señora Bonfield, sus cabezas giraron en otro sentido, tuvieron la bella ocurrencia de querer suprimir en este país el abastecimiento de ideas.

Por cierto es admirable. Está bien, nosotros reunidos podemos reír amistosamente con buen humor, pero fuera de este recinto quizás haya otra risa. Esta risa posiblemente no me complazca tanto. Por ejemplo, en el otro extremo de Europa nuestro talentoso amigo Trotzki, pude resueltamente reírse de Mr. Winston Churchill, hasta reírse un poco de nosotros. Admiro mucho al señor Trotzki, pero su risa es demasiado sardónica.

Y después ahí está ese notable estadista, el signor Mussolini. Ignoro si el signor Mussolini se ha reído alguna vez. Nunca lo hemos visto risueño pero pienso que cuando la libertad de nuestra prensa liberal le reprochaba haber suprimido la libertad de la palabra, se ha de sonreír. Pienso que su mueca no será solamente para nosotros, los aquí reunidos, se ha de referir también a las tradiciones de Inglaterra, a Inglaterra misma.

El señor Trotzki, recordémoslo, nos ha dicho con sorna: "Hablaís de vuestras instituciones parlamentarias y de vuestra libertad de expresión, pero cuando las tomáis en serio, los dueños de la propiedad prescinden de tales instituciones y las disuelven".

Maravilloso es el gobierno actual. Hace cosas que no intenta hacer, las mismas que no haría si supiera que las hace. Quisiera decididamente creer que este acto se dirige única y personalmente contra mí. Quisiera creer que yo, Bernard Shaw, aquí presente, es la única persona capaz de aterrar al gobierno Británico; en realidad esto no es el caso, es imposible creerlo.

Si ustedes examinan y eliminan los cargos que me pueden hacer no hallarán ninguno, con la única excepción de ser conocido por prestar mi apoyo a su Majestad la Oposición. Luego quienes constituyen su Majestad el Gobierno, en la simpleza de sus almas, han pensado que cuantos apoyan a la Oposición han de ser suprimidos.

En mi caso, pues, han llegado a la grave resolución de negarme la libertad de la palabra y probablemente dentro de poco será negada a muchos otros. ¿Por qué? Pensemos en el pretexto. Se me insinuó que no discutiera ni controversiara ningún asunto público. Los autores de la proposición no advirtieron que era un insulto proponerme algo que ningún inglés puede hacer sin traicionar al país. Tocóle a un irlandés "quitarle la venda de los ojos al gobierno Británico". Ellos pensaron sin duda que yo me propondría "discutir" sobre algún asunto público. ¿En qué consiste el derecho de expresarme libremente? No es el derecho de hablar en público sobre si hay piedras u obstáculos en el camino de Dewar; no, es precisamente el derecho de "discutir". Eso es elemental en todo gobierno parlamentario, pero este gobierno ni eso siquiera sabrá. (Risas). A continuar así no sé lo que pasará.

Les ruego que se imaginen el cuadro de las próximas elecciones generales. Ahí estaremos nosotros, un puñado de hombres, cansados de viajar y perorar en público. Recorreremos el país apresurados, de un extremo a otro, hablaremos en sofocantes asambleas, ante una concurrencia que puede variar de sesenta o setenta hasta tres o cuatro mil personas y sabremos de antemano que el noventa por ciento de quienes nos escuchan simpatiza con nuestra causa. Pero las personas que deseamos ganar, que nos conviene ganar, nunca acuden a esas asambleas. El hablar y discutir en público ha adquirido una importancia desconocida a consecuencia del descubrimiento científico del radio.

Pensemos, pues, lo que serían esas elecciones. Nosotros, como ya he dicho, en viajes precipitados por el país, obligados a hablar en asambleas en las cuales sólo el cinco por ciento posee una noción exacta del tema. ¿Qué harán entretanto los miembros del gobierno? Sentados en sus confortables alojamientos en milludas butacas, ante un confortable micrófono, hablarán a millones de oyentes. Les contarán sus historias sobre el dinero y las cartas rusas (que aun hay más cartas en el sitio de donde vino aquélla). Dirán a su modo de gentes como nosotros, que aspiramos a destruir la sociedad, atacar a Inglaterra, hacer toda clase de atrocidades y que por último decretaremos la nacionalización de las mujeres. Esos auditores de mentalidad sencilla acabarán por convencerse que deben de votar en contra nuestro.

Ante tan serio problema me siento perplejo. Espero de todos los presentes que empleen todo su esfuerzo en hacer conocer esta situación y su gravedad y veremos luego si la opinión pública aprovecha otras elecciones para devolver el juicio a esta gente.

Al iniciarme en mi juventud, el Laborismo estaba unido al Liberalismo y al Radicalismo. El liberalismo conservaba aún sus tradiciones, las de 1649, 1798, 1848 y éstas todavía retozan en lo que se llama Partido Comunista. ¿Cuáles eran esas tradiciones? Pues las barricadas, la guerra civil, el regicidio: éstas son las tradiciones liberales genuinas (risas) y la razón de que han dejado de existir, es que el mismo Partido Liberal ha dejado de existir.

El Partido Radical era republicano y atea y su gran principio era su histórica frase "que no habría paz hasta que se ahorcara al último rey con las tripas del último fraile". Cuando se les exigía una explicación más concreta o que pusieran en práctica sus ideas, contestaban que el mundo estaba lleno de tribulación y de injusticias porque el Arzobispo de Canterbury percibía quince mil libras de salario y porque los descendientes de las queridas de Carlos II gozaban de pensiones perpetuas.

No obstante y apesar de todo esto hemos logrado constituir un Partido Constitucional. Lo hemos formado sobre bases socialistas. Mi querido amigo Sidney Webb, Mr. MacDonald y yo, dijimos desde el principio que el partido Socialista, había de ser una entidad constitucional a la cual todo hombre que tuviera temor de Dios y fuera honrado podría ingresar, sin comprometer en lo más mínimo sus ideas y su decoro. Para eso nos deshicimos de todas esas tradiciones. Y por eso es que en los días actuales el Gobierno nos teme más que a todos los radicales. Jorge Roger o Bradlaugh, en sus mejores días, jamás le inspiraron el temor que experimenta ante M. Mac Donald y el Partido Socialista.

Nuestra oposición es sencilla y tenemos la ventaja de darnos cuenta de ella. Oponemos el Socialismo al Capitalismo y la dificultad está en que los capitalistas no tienen idea alguna de lo que es capitalismo. A nuestro juicio es esto: que al conservar la propiedad y todas las fuentes de producción como propiedad privada, la producción marchará bien por sí misma y la distribución llegará a todos. Cada hombre en el país tendrá trabajo; No se afirma que sería un trabajo admirablemente remunerado; si eso llegara a ser el obrero ahorraría en una semana lo suficiente para dejar de trabajar en la siguiente y lo importante es mantenerlo en el trabajo con un salario que por una parte sea lo justo para su subsistencia y por otra permita apartar el provecho del capital, la riqueza.

Nos dicen que el capitalismo no sólo asegura esto al obrero, sino que al acumular una riqueza fabulosa en pocas manos, se ahorra forzosamente dinero y habrá necesidad de invertirlo. Eso es capitalismo y sin embargo este gobierno socava al capitalismo. En vez de darle a un hombre un trabajo remunerador o dejarlo morir de hambre, le dan una limosna después de comprobar primero que ha contri-

buido para tener derecho a ello. Dan subsidios capitalistas y hacen toda clase de reglamentos que desvirtúan su propio sistema. Nosotros les advertimos que se derriban y no quieren comprenderlo.

He aquí nuestra crítica: Ni un solo día desde que se estableció vuestro sistema ha cumplido sus promesas. Nuestra producción es ridícula. Producimos automóviles de sesenta caballos, cuando debiéramos construir más casas; los lujos más extravagantes se satisfacen cuando hay niños que se mueren de hambre. Ustedes han puesto la producción de cabeza; en lugar de las cosas más necesarias han hecho lo contrario. Afirmamos que la producción se ha vuelto ridícula hasta el extremo que de los 47.000.000 de personas que existen en el país, solamente hay dos que aprueben el sistema actual de la distribución, uno es el Duque de Nortumberland y el otro Lord Bambury. (Risas).

Nosotros nos oponemos a esta teoría. El Socialismo que es claro y sin aquívocos, afirma que ante todo hay que ocuparse de la distribución. Por ahí hemos de empezar y si la propiedad privada se somete a una buena distribución, ha de desaparecer.

Quien tenga una propiedad privada ha de hacerlo en las mismas condiciones con que yo uso mi bastón. No se me permite hacer con él lo que se me antoja y mucho menos pegarle a alguien en la cabeza. Agreguemos que si la distribución es mala, todo lo demás — religión, moral, gobierno — también andará mal y es por esto que debemos arreglar la distribución y encaminarnos a este fin.

Desgraciadamente se trata de medidas muy complicadas; es una ventaja del capitalismo ser un sistema automático. Quien disponga de propiedad privada y de la libertad de contratar, no se preocupará por cierto de la miseria, ni de la prostitución, ni de que alguien se muera de hambre. Todos los horrores de la civilización moderna seguirán su camino; hombres y mujeres conseguirán trabajo a costa de un trato envilecedor y el mundo continuará su derrotero.

Cuando lleguemos al poder en primer lugar hemos de inculcar nuestras ideas al hombre común; debemos recordar que éste no comprenderá el Socialismo mejor de lo que el Gobierno actual comprende el capitalismo. Habrá que disponer todas las cosas de modo que todo hombre, con tal de no ser un economista o un político, encuentre trabajo. Trabajo bien retribuido deberemos proporcionar a todo el mundo; si en esto fracasamos todo se perderá.

¿Entretanto qué hacemos? Pues algo muy significativo. Hemos estado en presencia de grandes imperios con arraigadas tradiciones, sin esperanzas de librarnos un día de ellos. Tres de estos imperios han sido barridos como el polvo por el viento y no es esto lo más triste sino que quedaron a la merced de cualquiera que hubiera sido capaz de manejarlos.

Tenemos a Italia, a España. El sistema capitalista en Italia había llegado a un caos, a un extremo tal, que a existir un Partido Laborista preparado, se habría apropiado del Gobierno con el gesto fácil con que se arranca una flor. Así lo ha hecho Mussolini y si el Partido Socialista se hubiera preocupado para todo evento, podría haberlo hecho de la misma manera.

Otro tanto pudo ocurrir en España. Alemania estuvo a nuestros pies. Esto es una gran lección y conviene aprovecharla. Nos demuestra que debemos dedicarnos seriamente a trabajar y adquirir una técnica de gobierno para estar prontos en el momento oportuno.

Mucho hay que hacer. Debemos aspirar a formar un servicio civil que tenga la devoción de un ejército y la lealtad de una orden religiosa. Todos sin excepción debemos integrar esta entidad. Confesemos la verdad. Esta gran máquina industrial y financiera de la cual depende la vida del país, es como un automóvil sin gobierno. Es evidente que nuestro gobierno no sabe manejarlo. No posee un principio que

le sirva de timón. Si dijera que tampoco el gobierno francés acierta a manejar el automóvil, le pegaría a un hombre que está en el suelo.

Es un hecho aterrador. Ahí está lo que se llama finanza internacional; también nos arrastra sin saber hacia dónde. Avanzamos, pensamos que el carro en que viajamos se endereza a un plácido valle, sólo cuando divisiésemos el abismo entonces gritáremos: Nos vamos a derrumbar.

En ese momento alguien saltará hasta el volante y tratará de manejarlo. En este país será Mr. Bottomby. (Risas). En Francia lo intentó hacer el señor Caillaux. Duró un día. ¿De los nuestros, quién lo hará? ¿Acaso Mr. Winston Churchill? (Risas). Ante el peligro, en realidad somos nosotros los obligados a afrontar el problema. Tendremos que asumir la dirección de las finanzas y de la renta y vigilar su distribución. Pero para llenar semejante misión necesitamos de una sólida técnica y esta técnica tenemos primero que crearla. Esto es lo que quería advertir a ustedes, este es el "gran trabajo" que nos espera.

Por suerte tenemos buenas intenciones. Pero no es suficiente. Tampoco conviene fiarse de los grandes hombres. El Socialismo ha producido un gran hombre: Carlos Marx. Otros dirán que éste produjo al Socialismo. Bien; he leído a Marx y no he encontrado en él nada referente al Socialismo. (Risas). Eso sí, realizó la empresa literaria más grande que cupo a hombre alguno. Marx cambió la mentalidad humana, repleta todavía del optimismo de la historia de Macaulay. Sin duda esta es la última obra que ha leído Mr. Winston Churchill. (Risas).

Lo repito, Marx obligó al mundo a pensar de otro modo y donde el Capitalismo se ostentaba orgulloso, confiado, risueñamente progresista — como ahora, siendo mucho decirlo, en América — las gentes se avergonzaron de él. Mr. Keynes nos dice que el "laissez-faire", el gran principio del Capitalismo, ha muerto. No le merece sino desprecio y repugnancia y a su juicio sólo puede ser tolerado porque no estamos preparados para otra cosa. En realidad debemos prepararnos para algo mejor.

Carlos Marx hizo de mí un hombre. (Aplausos). El Socialismo hizo de mí un hombre. A no ser así sería lo mismo que muchos de mis colegas literarios tan hábiles como yo. El Socialismo hizo un hombre de Mr. Wells y éste a su vez ha hecho algo. Contemplen en cambio el resto del mundo literario y comprenderán por qué me siento orgulloso de ser socialista. No doy ni un comino por mi eminencia literaria.

Después de leer a Marx y cambiar de pensamiento no alcancé la técnica del gobierno. Marx fué un extranjero que vivió en este país. A una sola persona debía pagarle salario y nunca tuvo salario que pagarle. ¿Qué obtuvo esta persona por cuidarlo? Ni siquiera salario; tuvo el honor de inscribir su nombre en la tumba de Marx.

La lectura de las obras de Marx obliga a suponer que jamás habló con un obrero, pero hizo el trabajo de uno. Ustedes han visto lo que aconteció en Rusia cuando Lenin y Trotzky, dueños del poder, pretendieron gobernar un gran estado de cierta manera. Muy pronto se dieron cuenta de su error e hicieron lo que ningún gobierno en nuestro país sería capaz de hacer: Reconocieron su error y lo confesaron, prescindiendo de su amor propio con la evidente intención de salvar al pueblo.

Yo pertenezco al período literario. Mi época ha pasado. (No! no!). Recuerdo mi vigorosa juventud; supieran ustedes cuán flojo siento el brazo cuando lo levanto. He pronunciado muchos discursos; mucho he discutido y también he escrito bastante; he trabajado por difundir ideas y alentar a la humanidad. Ese mismo trabajo lo hacemos todos, sabemos hacia dónde nos encaminamos. Tuvimos nuestro turno en el gobierno; aprendimos que no estábamos preparados.

Pero nosotros no nos jactamos diciendo como Mr. Churchill y sus amigos: Podemos gobernar. Ellos, en cambio, no abrigan la menor duda; creen tener la técnica y las ideas propias del gobierno. Nosotros no tuvimos esa presunción; lo que afirmamos fué "como quiera que sea, podemos hacerlo tan bien como ustedes". Y no ha de haber una sola persona que nos desmienta.

Las pasadas elecciones han demostrado que cuando mi amigo Mr. Mac Donald, fué primer ministro, el país gozó de relativo bienestar. No nos expusimos en el exterior a fatales equivocaciones. Con la ayuda de Mr. Zinoviev o de su fama, Mr. Baldwin y sus amigos, reemplazaron al Partido Laborista en el Gobierno. Desde entonces un desatino ha seguido a otro y sabe Dios lo que harán mañana.

Tuvimos después de la guerra la sensación de haber llegado a la paz; ahora parece que estamos cerca de la guerra. Pero tengo esperanzas de que a pesar de la supresión del brodcasting, las próximas elecciones generales me proporcionarán una alegría superior a todas las experimentadas en setenta años de mi vida. Con impaciencia espero la próxima batalla. Entre nosotros hay algunos remolones; otros sobran. No tengo empacho en decirlo, deshagámonos de los demasiado viejos. Eso por lo menos me ahorraría la molestia de faltar a alguna tarea.

He hablado con exceso. No importa; sé que a ustedes les place escuchar la vieja historia dicha en la vieja manera. Me siento feliz esta noche. Comprendo la intención de nuestro Chairman al decir en su "toast" que ustedes me tenían no sólo gran consideración sino también cierto aprecio personal. Sin ser un hombre muy sentimental no soy por eso insensible a estas manifestaciones, las valoro y ahora que he cumplido setenta años — cosa que no volverá a ocurrir y no mencionaré más — me complazco en poder decir muchas cosas que otros no pueden decir.

De joven tomé el camino que me llevó al Partido Laborista; sé ahora que tomé el camino verdadero.

HISPANOAMERICANISMO

Valoraciones acompaña con simpático interés todas las iniciativas destinadas a estrechar las relaciones recíprocas entre los pueblos hispano-americanos. Condiciones étnicas y geográficas peculiares, procesos históricos distintos empiezan a insinuar cierta diferenciación. Pero el origen y la lengua común, la analogía teórica de nuestras instituciones, políticas, la afinidad racial e intelectual se sobreponen a estos factores divergentes. A pesar de las distinciones regionales se mantiene vivo un sentimiento fraternal; pareciera afirmarse al través de todas las fronteras una gran unidad continental.

De vez en cuando nos cabe el placer de escuchar voceros de esta unidad persistente. En congresos, en fiestas, en banquetes, en actos públicos se pregona la solidaridad de los pueblos hermanos. Y no se excluye de estos amores a la madre patria, siempre dispuesta a su vez a retribuir con gesto hidalgo el afecto de sus vástagos emancipados.

Creemos en la sinceridad de estas expansiones líricas. No obs-

tante, también creemos servir a la causa de nuestro afecto si, a riesgo de herir algunos melindres, interrumpimos las efusiones retóricas para preguntar: ¿Tantas frases y palabras son de alguna utilidad?

Diremos lo que suele callarse. Cuando el conflicto fatal, inevitable, estalle, México contará con el apoyo platónico de la América española y se hallará solo, y ni siquiera unido, en el supremo trance. En el enjambre de las repúblicas pigmeas, los protagonistas de sus miserables querellas, reclaman de continuo la tutela extraña con olvido de la dignidad nacional.

En el Pacífico tres pueblos ofuscados por un asunto subalterno, antes que entenderse entré sí prefieren prestarse al juego de una diplomacia, insidiosa en sus medios pero clara en sus fines, empeñada en ahondar las divisiones, en envenenar el ánimo de unos y de otros y someterlos, al fin, a su hegemonía política y económica.

En Ginebra, en lugar de estrechar el desmedrado bloque hispano-americano, abandonado por España a su suerte, se traba una contienda sobre si ha de ser el Uruguay o el Salvador quien lo presente en el Consejo de la Liga. Entre Ecuador y Colombia media un entredicho. Un grupo de súbditos de Juan Vicente Gómez se complace en denigrar todo lo argentino y entre nosotros, de vez en cuando, un tilingo les hace caso. Con Chile tenemos una guerra de tarifas y una resistencia sorda a la construcción de los Trasandinos. Con nuestros hermanos de la otra banda, no podemos encontrarnos ni en una cancha de deportes, sin propinarnos mutuamente las pruebas más sensibles de nuestro afecto.

Hermoso espectáculo. Nos abrazamos todos con el cuchillo debajo del poncho. Pronto podremos invertir la célebre frase y decir: Todo nos separa nada nos une.

Nada de esto — como si no existiera — perturba el entusiasmo de los hispano-americanistas. Desde el primero y fracasado Congreso de Panamá hasta su reciente caricatura centenaria, se ha acopiado un rimero de lugares comunes que, en circunstancias oportunas o inoportunas, los acólitos del culto vuelven a aderezar, sin variante alguna, en toda la extensión del orbe hispano. No solamente en las regiones tropicales; también en nuestro clima irónico todavía el énfasis romántico suele encontrar los quince minutos propicios. Nos extrémecemos — a flor de piel; luego en el alacraneo íntimo nos curamos de la momentánea flaqueza.

Al señalar el contraste entre las palabras y los hechos no nos halaga el propósito de poner un dique al desborde verbalista. Nos resignamos. La ley histórica se ha de cumplir a pesar de sus des-

mañados servidores. No queremos herir tampoco con nuestra crítica la obra seria y fecunda de algunos hombres bien intencionados que no ignoramos. Citemos, como ejemplo, a García Monge, en Costa Rica. La lista no sería extensa.

Frente al problema hispano-americano nos interesa fijar nuestra propia actitud; en la casa ajena no nos toca opinar. Se nos reprocha "el egoísmo argentino". Tenemos títulos para escuchar sonrientes la despectiva insinuación. Mantengamos sin alarde la tradición de esos títulos. Cuidemos la sobriedad de la expresión y la seriedad en los actos. No nos apartemos de la tarea inmediata, ni confundamos las ilusiones con el ideal. Desarrollar nuestras fuerzas espirituales y económicas, evitar pependencias e intromisiones extrañas, acortar distancias materiales y morales, crear un centro de cultura nacional y autónoma, dignificar nuestro propio hogar — es la mejor manera de servir a la causa hispano-americana. Lo demás vendrá por añadidura. Y, a fuer de argentinos, conservemos, como valor entendido, un dejo de farolería. — L. R.

EXÁMENES

HA terminado la consuetudinaria campaña universitaria. El profesorado, como siempre, ha estado a la altura de sus antecedentes. Falta ahora el rabo por desollar: los exámenes. Los rutinarios exámenes, por materia y por curso. Tenemos exámenes al abrir las clases; los volvemos a tener a mediados del año y, en tres turnos, al clausurarlos.

Estas pruebas son en nuestro medio una institución intangible, casi hierática. No se concibe a la Universidad sin este ritual. Insinuarlo importaría atentar contra la integridad mental de nuestras lumbreras académicas. Semejante desvarío sólo podría nacer en un alma extraviada por el extremismo demagógico, disolvente de las tradiciones más sagradas. Sentimos en realidad ofender el sentimiento de vetustas eminencias si calificamos a los exámenes habituales como un resabio de épocas pretéritas, como una mentira convencional, como un anacronismo de nuestra cultura actual.

¿Pero acaso la Universidad tiene algo que ver con la cultura? Hemos abrigado alguna vez esta ilusión. Hemos imaginado a estos organismos anquilosados, movidos por un espíritu nuevo, marchar, no a la zaga, sino al frente de nuestra evolución ascendente. Ilusión ingénua. Las universidades como las academias son la cristalización del pasado. Son el asilo de las generaciones provecas incapaces de renovarse. Más aun; si se les incorporan fuerzas

nuevas, por acción del ambiente las ahogan y las esterilizan. En términos argentinos: para un verdadero universitario, de Caseros acá, aquí no ha ocurrido nada. Entretanto ha nacido, ha llegado a su apogeo y ha muerto un poderoso movimiento de ideas; surge un nuevo mundo intelectual; todos lo sabemos menos la Universidad. Hasta sus claustros no ha llegado la noticia.

No elevemos empero la cuestión hasta un plano inaccesible a las entendederas de la grey universitaria. Hablemosle en un lenguaje más adecuado.

En otro tiempo en las provincias no había letrados para proveer los puestos de la magistratura, no había médicos sino curanderos, no había ni maestros para una escuela elemental — ese tiempo fué. No obstante seguimos por inercia como si nada hubiera pasado.

Hoy tenemos abogados empleados de amanuenses, médicos obligados a industrializar el arte, ingenieros felices cuando logran una mensura, profesores postulantes, inscriptos en los comités electorales para tener probabilidades de obtener una cátedra — pero la Universidad imperturbable se ocupa de extender sus diplomas. Que pueda tener otra misión, ni en sueños se le ocurre. Examina y aprueba.

La Universidad es un mecanismo y mecánicamente desempeña su función. Expide títulos. Si algo lamentan los maestros de la juventud es no poder imponer la asistencia obligatoria, pasar lista y tomar la lección como en los buenos tiempos de antaño; cuando un estudiante no repetía con fidelidad el texto el profesor se apresuraba a decirle: no, amiguito, eso viene en la página siguiente.

Pero la viveza de los muchachos suple la deficiencia. Tienen para el caso toda una estrategia. No les engaña la sabiduría *ex cathedra*, se hacen presentes, fingen interés por las solemnes latas del dómone, le espían sus gestos, se familiarizan con sus giros predilectos, soportan el tedio de las horas estériles. Luego afrontan los diez minutos del examen e invocan la suerte simbolizada por el mísero trasto del bolillero.

Profesores y alumnos representan con seriedad la festiva comedia. Unos y otros no lo ignoran; el examen no es una prueba de suficiencia, es una formalidad, una ficción convencional, algunas veces una cuestión de suerte.

Se estudia para pasar. Saber la materia es otra cosa. Para eso se estudia en las casas, se quema las pestañas sobre el libro o se ocurre a una u otra aula donde el profesor no se entrega a un infantilismo excesivo. Hay quienes empiezan a estudiar después

de obtener el título. Estos son los mejores; los demás son los satisfechos.

No revelamos ningún secreto ni hemos descubierto una novedad. El examen anual es un pecado viejo, condenado por toda mente juiciosa. Exceptuamos naturalmente a nuestros pedagogos. Aun un espíritu tan conservador como Alfredo Palacios reclama con energía su supresión. "El examen implica la superficialidad, la ligereza, el sacrificio de las facultades superiores".

Y bien, dejemos las cosas quietas y en su lugar. Todos están contentos. En cuanto a los intereses superiores de la cultura, ya lo hemos convenido, ninguna atingencia tienen con el trajín universitario. La enseñanza técnica no está del todo mal, quien quiera aprovecharla lo hace y los otros también llegan. Precisamente para estos son los exámenes. La Universidad expide títulos. Proponemos reemplazar el título de doctor por el de ducho; es más castellano y más expresivo.

No faltará ante estas afirmaciones la pregunta de un alma ingenua y escandalizada. ¿Y sin los exámenes como se comprueba la idoneidad? Hombre, es un problema resuelto hace rato en todos los países civilizados. Hasta España puede incluirse en el número. Sepárese la función docente de la examinadora. Enseñar y expedir títulos son dos cosas distintas. Resérvese la cátedra para la enseñanza, no de programas casuísticos sino de la disciplina científica del caso. Complementen los trabajos prácticos del seminario y del laboratorio la información teórica. Organísense las pruebas de competencia por separado, a cargo de comisiones permanentes, según las modalidades de cada facultad, en ciclos más o menos amplios. La reglamentación sería fácil. Exigase de los candidatos no solamente la preparación puramente técnica; por ejemplo saber leer y escribir. Y, sobre todo, libertad de enseñar y de aprender.

De paso se podía corregir un error de la juventud estudiosa; la Universidad no es un refugio paternal destinado a tutelar los flacos y los incapaces. No es el puente de los asnos por donde pasa el rebaño. La escuela elemental es para todos, la Universidad para los fuertes. Muchos son los llamados y pocos los elegidos. Triunfe quien tenga el concepto cabal de su responsabilidad y de su personalidad. Sobran por otra parte ocupaciones proficuas.

Pero no se alarme nadie. Este es un mero ejercicio literario; no se le tome en serio. No habrá quien a paradoja tan extraña le lleve el apunte. Seguiremos apacibles por el trillado sendero. La Universidad examina y otorga títulos. La Universidad y la Cultura no son mellizas. — L. R.

MAESTROS DE LA JUVENTUD

*Gloria al Duca invitto,
gloria all' Uom fatale,
che spesso lo strale
d' acciaio delfin.*

*Eia, aiá! i
Eia, aiá! i*

EN el número anterior hemos transcrito de la prensa oficial de Italia un espécimen de los insultos con los cuales suele distinguir a la más alta intelectualidad de su país. Eran preludios. El cable nos ha informado del asalto a la casa de Benedetto Croce. La biblioteca del sabio ha sido entregada a las llamas; posible-mente también sus manuscritos. Personalmente ha sido objeto de vejámenes.

Día a día se nos comunican las nimiedades mas insignificantes: en este caso la censura — o la discreción de nuestros grandes diarios — ha silenciado las circunstancias del ignominioso hecho. Sabemos sin embargo que la mazorcada de Nápoles no ha sido sino una de las muchas destinadas a difundir el terror desde los Alpes al Mediodía.

No hemos de perder tiempo en calificar estos actos de barbaro y a sus autores. Tampoco nos interesa el histrion que los ordena. Nos ocupamos de asuntos nuestros. Y precisamente apenas nos llegó la noticia del atropello al gran filósofo italiano, a un profesor de la Universidad de La Plata se le ocurrió escribir un himno a Mussolini para ser cantado en las escuelas de este país.

Se supondrá que el inspirado poeta es un hombre de armas llevar, violento, apasionado, militante fervoroso. Nada de eso. Es el más invertebrado de los mortales. Es un hombre manso y pusilámne, incapáz de aplazar al más estulto de sus alumnos, habituado a soportar todas las insolencias de los díscolos y de los traviesos. Jamás ha tenido un razgo de entereza. Perpetuo hazmerreik, se ha mantenido y ha prosperado en su carrera de docente a fuerza de ductilidad. Enseñar, nunca ha enseñado nada. Antes de la Reforma, *durante la Reforma* y después de la Reforma, siempre se arrimó a quienes tenían la sartén por el mango. En su servilismo no concibe que alguien puede atreverse a disentir de quienes mandan.

Escribió su oda mussolinésca en un raptó de adulación; únjco impulso espontáneo de su desmedrado ánimo. Cuando se dió cuenta del traspíe ni un momento pensó en afrontar las consecuencias.

Afligido y compungido acudió a implorar la intercesión de Carloncho Sánchez Viamonte. En su tribulación hasta olvidó que semejante paso podía desagradar a la superioridad. Se desdijo, se retractó, se humilló; pidió por favor que no se diera trascendencia a su tilingüería. Bien pues, hagamosle la limosna de nuestro menosprecio. El adversario no nos cuadra; no nos interesa el individuo sino la especie. El caso psicológico se lo recomendamos al distinguido inventor del osmómetro para que ensaye el maravilloso trebejo. Solo extrañamos que los muchachos no le hayan propinado una dosis de aceite de ricino.

Nuestro tema es otro. ¿Cómo se ha de dignificar la enseñanza universitaria mientras gentes de esta laya dragonen de maestros de la juventud? Porque no se crea que este es el único lichitra. — L. R.

ANTROPOLOGÍA Y FILOLOGÍA

EN el tomo último de la *Revista del Museo de La Plata* ha tenido cabida, entre trabajos especializados de índole científica, un ensayo sobre la lengua de los oonas ante el cual hemos quedado algo perplejos. Se trata de un trabajo ameno; no dejará de proporcionar un momento de soláz a quien hojee el grave y un poco árido volumen. Pero este efecto humorístico no estaba en la intención del artículo; el autor escribe en serio. Trasladado a la Tierra del Fuego con el propósito de estudiar la fauna marina, aprovecha una circunstancia fortuita para dedicar también su atención a un grupo de indígenas. Hasta aquí vamos bien; esta parte de la misión científica, sin duda, se habrá llevado a cabo con acierto y competencia. Pero a poco andar, el distinguido ictiólogo de profesión y antropólogo ocasional, se lanza a demostrarnos "como la lengua de los oonas nos revela su remoto pasado y sus misteriosas migraciones".

El problema queda completamente aclarado: los oonas hablan un dialecto griego y son parientes de los helenos, apenas modificados por la influencia del clima austral. Debemos felicitarlos de contar con compatriotas de tan ilustre abolengo.

No es broma. El atrevido explorador descubre una belleza autóctona que lleva el eufónico nombre de Kioné y agrega: "du grec khiones, flocons de neige". Abunda en otros ejemplos. He aquí otra estupenda etimología: "Les oonas traduisent aussi, vivre par Vuar et sang par Vuar; ce sont des mots d'origine sanscrite: Bher, être; Bhug, manger; Bhuman, creature. Ils se rapprochent tous

du grec: Bios, vie. Le même mot Bios signifie le corp de l'arc. Au figuré se serait donc l'énergie, qui produit la trajectoire de l'existence".

El origen de los oonas no tiene nada de enigmático; proviene del centro de Asia. Traducimos: "El estudio de su vocabulario nos ha de probar que descienden de pueblos muy civilizados. Supongo que entre los antepasados de los oonas algunos han debido vivir en una comarca del poderoso reino de Elam, cuyo rey Koudourlamazor, según la tradición hebraica, mantenía relación con el patriarca Abraham y con Lot. Estuvieron en contacto con el Egipto y con Babilonia. Pasaron y vivieron mucho tiempo en la Bactriana, ocupada y colonizada 330 años a. J. C. por Alejandro Magno. Ellos, 250 años a. J. C. vivieron en ese reino bactriano helenico que fundó Theodoto y se extendió hasta la India. La existencia de las muy numerosas y poéticas raíces griegas que se hallan en su lengua, así se explica facilmente".

Estas cosas las imprime Coni y las paga el estado. ¿Cómo ha podido el director del Museo, el Dr. Luis María Torres, autorizar la publicación de semejantes puerilidades, sin recordar que han de circular en el extranjero donde se les tomará por una muestra ridícula de nuestro atraso científico? Y aun le debemos gratitud por no haber publicado una segunda parte que, a juzgar por una nota de la Dirección, "se refiere al vocabulario oona, a la formación de sus palabras por aglutinación de palabras griegas apocopadas y a la interpretación de algunas leyendas de origen al parecer semítico".

En materia filológica tenemos que acusarnos de una larga serie de pecados nacionales. Pero al fin suponíamos lejana la época del P. Mossi, de Leopoldo Lugones y de Lafone Quevedo. Nos duele comprobar que aun persiste. Ahora también nos explicamos porque la dirección del Instituto filológico de la Facultad de Filosofía y Letras se ha entregado a un distinguido antropólogo; quizás ha sido llamado a darnos un adefeso semejante al de su eximio colega. Para mayor gloria de la ciencia oficial. — L. R.

LOS COROS DE ALBERTO G. DEL CASTILLO

ALBERTO G. del Castillo, músico argentino, dirige en La Plata un coro de voces mixtas. La interesante iniciativa de la Comisión Provincial de Bellas Artes, coincide con el renacimiento del coro. Rehabilitamos a Bach. Los músicos modernos abandonan la instrumentación complicada y vuelven a la voz humana: *Bodas*.

En nuestro ambiente estéril Del Castillo reconoce el valor del coro. Nos libra de la sinfonía. Y cada uno de nosotros dará su ayuda a este músico generoso. — L. R.

REMINISCENCIAS

Con motivo de un proyecto de supresión de la Facultad de Filosofía y Letras

La concepción del materialismo histórico y su específica aplicación a las actuales luchas civiles, entre el proletariado y la burguesía, sólo ha sido posible mediante la dialéctica. Y si los maestros de la burguesía han ahogado la memoria de los grandes filósofos alemanes en el pantano chato del eclectismo, nosotros socialistas, obligados a invocar la moderna ciencia de la naturaleza como una comprobación continua de la realidad de la dialéctica, nos sentimos orgullosos de no descender de Saint-Simón, de Fourier o de Owen, sino de Kant, de Fichte y de Hegel. — ENGELS. — Prólogo de *La evolución del socialismo de la utopía a la ciencia*. 1882.

De la disolución de la Escuela Hegeliana surgió una otra corriente, la única que ha dado realmente frutos, y esta corriente se liga en sus fundamentos al nombre de Marx. — ENGELS. — *De la utopía a la ciencia*.

Según la concepción del materialismo histórico el factor decisivo en la historia es en última instancia la producción y reproducción de la vida material. Ni Marx ni yo hemos sostenido algo más. Si alguien ha entendido que el factor económico es el único decisivo, ha convertido aquella proposición en una frase abstracta, absurda, sin sentido. La situación económica es la base, pero los distintos elementos del edificio — la forma política de la lucha de clase y sus resultados, la constitución creada por la clase vencedora después de la victoria, las formas del derecho y luego el reflejo de todas estas luchas en la cabeza de los combatientes, teorías políticas, jurídicas, filosóficas, opiniones religiosas y su desarrollo ulterior en sistemas dogmáticos — todo ejerce también su influencia sobre el proceso histórico y, en ciertos casos, determina su forma. — ENGELS. — Carta, 1890.

La libertad consiste en el dominio sobre nosotros mismos y sobre la naturaleza externa, fundado en el conocimiento de la necesidad natural; es pues por fuerza un producto de la evolución histórica. Los primeros hombres que se distinguieron del reino animal, fueron personalmente tan poco libres como la misma bestia; pero todo progreso de la cultura debió ser un paso hacia la libertad.

En el umbral de la historia humana está el descubrimiento de la transformación del trabajo mecánico en calor: la producción del fuego por fricción. Al final de la evolución presente está el descubrimiento de la transformación del calor en movimiento mecánico: la máquina de vapor; y a pesar de la enorme revolución libertadora que la máquina a vapor realiza en el mundo social — no cumplida todavía — no cabe duda que la invención del fuego la supera por su acción libertadora

en el mundo. Porque el fuego dió por primera vez al hombre el dominio sobre una fuerza de la naturaleza y con ello lo separó definitivamente del reino animal. — ENGELS. — *Polémica contra Dühring*.

Kant afirma primero la libertad individual como fundamento del derecho. Es libre el hombre que debe y puede cumplir su deber y obedecer a los dictados de la ley moral. Es por la libertad que todos los hombres son iguales entre sí. La libertad y el deber distinguen al hombre de las cosas y constituyen su personalidad; de consiguiente nadie puede servirse del prójimo como una cosa; el hombre no es un instrumento, sino su propio fin. — JAURÉS. — *Los principios del socialismo alemán*.

Al leer a Kant y al meditarlo se le tomaría casi por un filósofo francés, lleno de espíritu revolucionario, preocupado únicamente de la libertad. — JAURÉS. — *Los principios del socialismo alemán*.

En cuanto a mí no tengo ningún prejuicio despectivo ni desdén hacia las grandes aspiraciones religiosas que como mitos, símbolos o dogmas han conmovido al espíritu humano. Tampoco me encierro, como tantos de nuestros predecesores en la República, en ese positivismo escueto de Littré, que no es más que una mediocre reducción del gran positivismo místico de Augusto Comte. Comprendo la impaciencia y el entusiasmo de las generaciones nuevas que tratan de conciliar la concepción naturalista y la concepción idealista del universo, mediante las grandes filosofías de Espinoza y Hegel. Y si no me someto a ese espiritualismo pueril y oficialista que Cousin impuso por un momento a la Universidad, no acepto tampoco como un evangelio definitivo ese materialismo superficial que pretende explicarlo todo por esa incógnita suprema que se llama la materia. Creo, señores, que algunas explicaciones racionalistas no agotan el sentido del universo y que la urdimbre de fórmulas algebraicas y de teoremas abstractos que arrojamos sobre el mundo deja pasar la realidad como las mallas de la red dejan pasar al río. — JAURÉS. — *Enseñanza laica y clerical*.

La democracia moderna no prohíbe al espíritu humano sus grandes impulsos, las grandes audacias de la especulación. Es fácil burlarse de la multiplicidad, de la aparente contradicción, del rápido derrumbe de los sistemas; pero digo que de todas estas síntesis, sean de la filosofía alemana, de la inglesa o de la francesa, siempre queda para el espíritu del hombre el hábito de las alturas. Son como esos senderos que encaminan hacia las cumbres y que si se borran a veces y detienen nuestro paso, alzan por lo menos nuestras miradas hacia las cimas. — JAURÉS. — *La iglesia, la escuela y el pensamiento moderno*.



CELULOIDE

VARIÉTÉ

EL cinematógrafo debe ser cinematográfico. No es retórica; he descubierto con los ojos el nuevo milagro. *Variété* ya está dentro de la fórmula.

Toda la aparatosidad teatral de los yanquis desaparece. Hay un encuentro del volumen y de la luz. Un lujo de perspectivas. Reconocemos imágenes dispersas dotadas de movimiento. Trozos de sensación que creíamos olvidados. Un ritmo acabado de aprender gobierna nuestras percepciones.

La agitación y el movimiento en la barraca. La campana llama a los espectadores. El charlatan vocifera. Una gran rueda hace maravillas de equilibrio en el aire. El *music-hall*, los bailarines, los malabaristas, el *jazz*, el trapecio marcando, cada vez, dos pausas en el aire. El vértigo, la calle, la ciudad.

Algunas escenas muy bien compuestas. Se descubre todo el valor de la fotografía. No hay deudas con la pintura. El espacio cinematográfico tiene cuatro dimensiones. La tercera dimensión es dada por el movimiento de los objetos. Perspectiva del movimiento. Y el espacio se proyecta en el tiempo.

No hay deudas con el teatro. Los personajes ocupan todos los planos. Y son vistos desde los cuatro puntos cardinales. Entre los yanquis el escenario es teatral todavía. Se ve desde uno solo o de dos lados.

La mímica burda aunque algo alejada de la retórica yanqui.

Se goza una emoción nueva, cinematográfica. Y la vida de las imágenes en la pantalla, se hace sensible. — A. S. R.



EMILIO SUAREZ CALIMANO

21 ENSAYOS

Jorge Luis Borges, Arturo Lagorio, Francisco López Merino, Eduardo Barrios, Francisco Contreras, Gabriela Mistral, María Monvel, Pedro Prado, A. Hernández Catá, Carlos Lowrie, Luis Arquistain, Alfonso Danvila, Alonso Quesada, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Alberto Hidalgo, Juana de Ibarbourou, R. Francisco Maszoni, Vicente A. Salazarri, R. Bianco Foubons, Versos de Mujeres.

Edición de "Nosotros" En venta

El mejor

ANTIBACTER

Desinfectante

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

ANÁLISIS de interés médico e industrial, sueros y vacunas terapéuticas, productos opo y órganos teráticos, tuberculosis humana y bovina para aplicaciones diagnósticas y terapéuticas en el hombre y en los animales, estudio de las epizootias.

SUERO - REACCION WASSERMANN
para la Sífilis, el Equinococo y la Tuberculosis
SUERO - REACCION TIFICA WIDAL

Director Científico: Dr. S. DESSY, Bacteriólogo y Anatómo Patólogo.
Consultor Científico: Prof. Dr. A. LUSTIG.
Director de la Sección de Biología Vegetal: Prof. Dr. C. SPEGAZZINI, Ingeniero Agrónomo.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

AVENIDA DE MAYO 1288

EDICIONES SAMET



NUEVAS CHACAYALERAS

POR MIGUEL A. CAMINO

2.^a ED. PARA BIBLIÓFILOS \$ 2.50

CeDInCi

ERRANTES

CUENTOS VIVIDOS

POR HECTOR L. EANDI \$ 2.50

*

HACIA AFUERA

POR HERNANDEZ DE ROSARIO

CON ILUSTRACIONES DE S. VANZO \$ 2.50

*

PIDA CATÁLOGO A J. SAMET AVENIDA DE MAYO 1242
CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA DE "VALORACIONES" EN B. AIRES